

LA LUZ DE ALEJANDRÍA

ÁLEX ROVIRA - FRANCESC MIRALLES



ESPA
PDF

Cuando la oscuridad se cierne sobre ti, es el momento de encontrar la luz que marque un nuevo camino. Tras una etapa de fracasos profesionales, Javier, guionista de radio y aventurero, decide tomarse un año sabático para replantearse su futuro. Pero justo antes de iniciarlo, se entera de una trágica noticia: Marcel Bellaiche, un viejo amigo de la universidad, ha aparecido sin vida en el faro de Finisterre.

Javier decide poner todos los

medios a su alcance para descifrar las extrañas circunstancias de la muerte, y así descubre que Bellaiche investigaba la existencia de un informe secreto que contenía las enseñanzas perdidas de los siete sabios más importantes de la Antigüedad. Un enigmático documento que se perdió durante la destrucción de la legendaria biblioteca de Alejandría, pero que podría haber reaparecido tras permanecer más de veinte siglos oculto. Junto a su compañera de aventuras, la enigmática profesora Sarah Brunet, Javier se embarca en

una peligrosa persecución por medio mundo tras un descubrimiento que podría sacar a la humanidad de las actuales tinieblas en las que se ve inmersa. Pero una sombra amenaza su investigación y la avivada relación entre ambos...



Álex Rovira & Francesc
Miralles

La luz de Alejandría

ePUB v1.0

Crubiera 28.01.13

más libros en espaebok.com

Título original: *La luz de Alejandría*
Álex Rovira & Francesc Miralles, 2012.
Diseño/retoque portada: Cover Kitchen

Editor original: Crubiera (v1.0)
ePub base v2.1

Unos discípulos buscaban la
iluminación, pero no sabían en qué
consistía ni cómo podía llegarse a
ella.

El maestro les dijo:
—No puede ser conquistada. No
podéis apoderaros de ella.
Pero, al ver el abatimiento de los
discípulos, el maestro añadió:
—No os aflijáis: tampoco podéis
perderla.

Todavía hoy los discípulos andan
buscando lo que ni puede ser
perdido
ni puede ser adquirido.

Tradicional Zen

PRIMERA PARTE

Herméticos

Caída libre

Un cielo extrañamente plumizo auguraba que el primer día de verano no traería nada bueno. Mientras daba gas a mi Vespa, comprobé que Barcelona estaba casi desierta aquel lunes por la mañana. Gracias a eso tardé diez minutos menos de lo habitual en llegar a los estudios de

radio.

Después de una accidentada investigación sobre una fórmula secreta de Einstein^[1], había recuperado mi trabajo de guionista *free-lance* en uno de los programas con menos audiencia de las ondas. *La Red* no lograba atrapar a más de treinta y cinco mil fieles en todo el país, pese a emitirse a una hora inmejorable de la noche: justo antes del magacín de fútbol.

El móvil empezó a vibrar en mi bolsillo, pero estaba tan preocupado por aquella reunión que no quise detenerme para contestar. En lugar de eso, seguí acelerando hacia un lugar donde sabía

que me esperaban malas noticias. Nunca me habían convocado un lunes y la anunciada presencia del gerente sólo podía significar dos cosas: o me fichaban en plantilla —algo insólito en época de recortes— o estaba a punto de perder el trabajo.

Faltaba un cuarto de hora para las diez cuando llegué a las puertas de la radio. Hernán, el conductor del programa, sostenía un cigarrillo con expresión amargada.

—No sabía que habías vuelto a fumar —le saludé.

—Pues ya ves. Fumarte un pitillo es lo menos que puedes hacer cuando todo

se hunde a tu alrededor. Debe de haber un gran agujero en la red, porque estamos en caída libre. Dirección dice que la ciencia divulgativa ha dejado de interesar. Al menos como programa diario.

Yvette, la productora del programa, salió a la calle y me desafió con su mirada penetrante.

—Haces cara de cordero degollado. ¿Por qué no aplicas el pensamiento positivo? —Se burló—. Si entras con ese careto en la reunión convencerás al gran jefe para que nos acabe de fulminar, aunque tengo buenas noticias...

—¿De verdad? —dijo Hernán

apagando la colilla contra la pared—. ¿Qué has oído?

—No se cargarán el programa. Todavía no.

Mientras yo respiraba aliviado, por la puerta de cristal asomó un barbudo con aspecto de hipertenso.

—Sólo tengo cinco minutos —dijo el gerente—. Entrad ya y acabemos con esto.

Hernán le siguió con expresión sumisa mientras la jefa de producción parecía divertirse con aquella situación. Quizás le traía sin cuidado que la echaran.

Tal como se había anunciado, la

reunión fue despachada en un santiamén. El programa se mantendría en septiembre, eso sí, pero de cinco días por semana pasaba a emitirse sólo el sábado y a una hora intempestiva: a las dos de la madrugada.

Hernán e Yvette, que tenían contrato indefinido en la casa, serían recolocados en informativos el resto de los días.

Por mi parte, de mileurista pasaría a cobrar 200 euros al mes. Y no tenía más colaboraciones aquel mes de junio.

Salí del despacho tocado de muerte. Busqué en la pantalla de mi móvil algún mensaje esperanzador que me

compensara de aquella hecatombe, pero sólo encontré la llamada que había recibido mientras me dirigía a la picota.

Era un número de móvil desconocido y no había ningún mensaje en el buzón de voz, así que me despreocupé.

Di gas a la moto para arrastrar el alma por el asfalto, camino de casa.

A mis cuarenta y dos años, había vivido suficiente para saber que los días que empiezan mal ya no se enderezan. Hay que dejarlos morir y esperar que el siguiente amanecer tenga un signo más

benévolo.

Mientras cargaba una cápsula de Vivalto en la Nespresso, algo me dijo que la cosa no terminaba allí. Miré con desconfianza el portátil sobre la mesa. Tras el palo que acababa de recibir, no tenía estómago para digerir una mala noticia más, así que dejé el correo electrónico para más tarde.

Con el café en la mano, me desplomé sobre el sofá y encendí el televisor para evadirme de aquel estrecho comedor para gnomos. Tenía en el reproductor de DVD *Vivir rodando*. Esta película de quien fuera director de fotografía de Jim Jarmusch narra la

filmación imposible de una escena. Con cada intento sucede algo distinto en el plató que impide llevarla a buen término.

Más o menos ésa era mi historia. Después de veinte años haciendo guiones para todo el mundo —ahora ya para casi nadie—, no tenía un guión para mi propia vida.

El teléfono vibró en mi bolsillo con la entrada de un mensaje. Comprobé con antipatía que era el mismo número desconocido de la mañana. Había enviado un SMS que me dejó perplejo:

Por favor.

Nada más.

Era como si la persona hubiera tenido que interrumpir, por algún motivo, el mensaje que pensaba teclear.

Volví a la película totalmente desconcentrado, aunque tampoco se podía decir que *Vivir rodando* tuviera un argumento.

El teléfono volvió a vibrar. Al mirar la pantalla, encontré otro mensaje del mismo remitente:

Usted no sabe quién soy, pero necesito que hablemos. ¿Ha visto mi correo?

«Malo», me dije mientras apagaba el

televisor.

Fui al portátil esperando el aviso de una antigua deuda o cualquier otra amenaza que acabara de dinamitar aquel lunes.

El correo, que tenía como remitente una combinación de nombres y números, sólo contenía el link a una noticia.

Al abrirla, sentí cómo se me erizaba la piel de la nuca. Supe que aquella breve nota de prensa traería consecuencias.

La noticia

UN HOMBRE ES HALLADO MUERTO BAJO
EL FARO DE FISTERRA

Lunes 21 de junio. Agencias

De acuerdo con un comunicado de la policía autonómica gallega, el cuerpo

descubierto ayer domingo bajo el faro de Fisterra, en la Costa da Morte, corresponde al historiador y arabista Marcel Bellaiche, de cuarenta y un años, natural de Barcelona.

El fallecido llevaba alojado tres días en el cercano hotel O Semáforo, donde el personal lo describió como un hombre taciturno pero exquisito en el trato. Según el gerente del establecimiento, el difunto afirmó estar realizando un estudio sobre faros emblemáticos.

Corroborando este particular, dos testimonios aseguran haber visto con anterioridad al muerto en la torre de Hércules, un faro del siglo I cercano a La Coruña.

Aunque la causa exacta de la muerte no ha sido aclarada, fuentes no oficiales

aseguran que no se trata de un suicidio, como se pensó inicialmente, ya que se ha hallado el rastro de un segundo hombre en el lugar donde se descubrió el cuerpo.

Hipnotizado por esta noticia, tuve que hacer un ejercicio de memoria para saber quién era aquel Marcel Bellaiche.

Recordé que en mis tiempos de estudiante, cuando el mundo parecía un lugar menos hostil, había conocido a alguien con ese nombre. Fue durante mis prácticas de periodismo. Yo había obtenido una plaza en la revista del CIDOB, un centro de estudios interculturales. La institución se hallaba

en un antiguo colegio de los agustinos, la Casa de la Misericordia, en pleno barrio chino de Barcelona.

Era divertido perder allí la mañana, con sus correspondientes pausas para tomar café en los bares frecuentados por las prostitutas. Podía dedicar toda una semana a redactar un artículo de una página que ahora escribiría en tres horas.

«Marcel Bellaiche...», me repetí.

Una vez trasladado el foco a esa época idílica, identifiqué bajo aquel nombre a un tipo con gafas de montura dorada que llevaba la agenda de la revista. No era un futuro periodista, sino

un estudiante de historia que parecía prematuramente envejecido.

Evoqué su rostro concentrado ante la pantalla del ordenador mientras fumaba un tabaco negro apestoso. El editor de la revista, un buenazo que nos concedía todos los caprichos, me había chivado que Marcel hacía prácticas allí gracias a un mecenas del centro. Al parecer, era hijo de una familia muy acaudalada, pero no tenía intención de dedicarse a nada productivo.

Su extraño fin en el faro corroboraba que había cumplido esos planes.

Abstraído por aquella arqueología de la memoria, recordé que en una

ocasión le había hablado de unas chicas que venían a menudo por la biblioteca del CIDOB. Me miró asustado, como si acabara de convocar al mismo diablo. Inmediatamente después, me habló de viajes remotos que tenía programados, así como de sus estudios de árabe en la Escuela Oficial de Idiomas.

Estaba fascinado con el hecho de que la lengua del Corán tuviera singular, dual y plural. Eso revelaba la importancia de la amistad para los árabes, había dicho.

Curiosamente, ésa fue la primera y la última vez que intercambiamos más de una frase.

Aquella noticia insólita y el flashback a mi época en el CIDOB me habían apartado de lo más urgente: el SMS del desconocido que necesitaba hablar conmigo.

Sintiéndome como en un sueño, marqué el número de móvil y esperé. Al cabo de pocos segundos, una gruesa voz de hombre respondió con un escueto «Sí...».

—¿Con quién hablo? —pregunté.

—Eso debería preguntarlo yo, puesto que he recibido su llamada. ¿Quién es usted?

—Soy alguien a quien han telefoneado hoy temprano desde este

número y que luego ha recibido dos SMS y un correo con una noticia de prensa. ¿Se puede saber qué quiere?

—Disculpe, señor Costa. —El tono de voz viró de la sequedad a una cortesía postiza—. Por algún motivo su número no está visible en mi pantalla. Es verdad que llevo buscándole desde esta mañana. Ahora ya conoce la noticia.

—Acabo de leerla, pero no entiendo qué tiene eso que ver conmigo. Quiero decir... conocí a Marcel superficialmente. Y de eso hace mucho tiempo. Por cierto, no me ha dicho quién es usted. ¿Hablo con la policía?

—Puede estar tranquilo, la policía

ya trabaja en el caso y no esperamos grandes resultados por su parte. Soy abogado y todos me llaman Simón. Aunque parece un nombre, es mi apellido. Represento los intereses de la familia Bellaiche.

—Encantado de conocerle —dije fatigado—. Puede dar mis condolencias a la familia, si lo desea, pero ya le digo que coincidí con el difunto hace dos décadas, y de forma accidental. De hecho, me gustaría saber quién le ha dado mi número.

El tal Simón respiró calmadamente. Pese al carácter invisible de las conversaciones telefónicas, visualicé

cómo sonreía antes de responder:

—Lo he obtenido en la radio donde trabaja. Marcel era un gran seguidor de su programa, ¿sabe? Le admiraba profundamente y de hecho tenía intención de ponerse en contacto con usted antes de... Bueno, ya ha leído la noticia —insistió.

—Sí, la he leído —repetí aturdido—. En fin, me parece muy bien que Marcel quisiera retomar el contacto conmigo si tanto le gustaba el programa. Pero puesto que no practico el espiritismo, ya no hay manera de que podamos comunicarnos. Tal vez en otra vida. Ahora tengo que dejarle.

—Por favor, no cuelgue. Se lo ruego.

El repentino tono de súplica me sorprendió. Miré mi reloj. Faltaban dos minutos para las dos del mediodía. Decidí darle ese tiempo antes de colgar.

—La familia me ha encargado que me reúna con usted. El difunto dejó un paquete a su nombre y mi obligación es entregárselo, además de ofrecerle cualquier apoyo que precise para este asunto. Por favor, necesito que me escuche.

—Le estoy escuchando hace rato — dije bajando la guardia—. Además de ese paquete, ¿de qué se trata el asunto?

—Me gustaría hablarlo

personalmente. Ya sabe lo que pasa con los teléfonos: nunca se sabe quién puede estar escuchando.

—Tendré que ir por mi agenda — dije sin ocultar mi fastidio—. Espere un momento.

—Tal vez no haga falta su agenda — me detuvo—. ¿No podríamos hablar ahora? Estoy cerca.

Estas dos últimas palabras me causaron inquietud. Demostraban que mi interlocutor había averiguado también dónde vivía. Aun así, hice un último esfuerzo por ser educado.

—¿Cómo de cerca?

—Estoy aquí abajo, en el portal de

su casa. ¿Puede abrirme?

Cuaderno de Alejandría

El aspecto del abogado Simón me pareció sombrío sin llegar a ser amenazador. Tendría más de sesenta años y era de constitución débil. Encogido en un opaco traje gris, me extendió su mano huesuda mientras me

estudiaba a través de unos gruesos cristales de miope.

—Como puede comprobar —dije cerrando la puerta tras él—, esta casa no fue hecha para recibir visitas. Incluso para una persona sola resulta pequeña.

—Son malos tiempos para los autónomos —comentó al tomar asiento junto a la mesa del ordenador—. Hoy en día, quien conserve un trabajo debe agarrarse a él con uñas y dientes. Y a usted no le van muy bien las cosas, por lo que tengo entendido. Suerte que su amigo está dispuesto a ayudarlo, incluso desde el otro lado de la vida.

«No puedo creer lo que estoy

oyendo», me dije mientras me preparaba otro expreso. Puesto que aquel ave de mal agüero se había instalado en mi apartamento, decidí pararle los pies antes de echarlo.

—Que las cosas me vayan bien o mal no es asunto suyo.

—Disculpe que me haya metido donde no me llaman. Debe de pensar que soy un insolente, pero estoy convencido de que mi visita le va a resultar beneficiosa. Providencial incluso. Acabo de leer en la página web de *La Red* que el programa pasa a emitirse sólo un día por semana.

—Está usted bien informado —dije

dejándome caer sobre el sofá.

—Simplemente es mi trabajo. Aunque sea abogado de profesión, me pagan para saber todo lo que incumbe a mi cliente. Imagino que ese cambio en la parrilla de programación va a resultar inconveniente para su bolsillo.

—Es una manera elegante de decirlo. Por cierto, ¿quiere un café?

—No, gracias. De hecho, le haré perder poco tiempo. ¿Sabía que Marcel Bellaiche se doctoró por la Sorbonne en codicología, con especialidad en manuscritos arábigos antiguos?

—¿Cómo iba a saberlo? —repuse mientras me preguntaba dónde quería ir

a parar—. Hace veinte años que no tenía noticias de él. Y tampoco entonces era un tipo hablador.

Simón sonrió mostrando una reluciente dentadura postiza. Se recostaba relajado en la silla, como si se sintiera totalmente a gusto en mi cochambroso apartamento. Suspiró antes de decir:

—Marcel tenía una rica vida interior, por eso puede parecer que el mundo le importaba poco. Aunque en realidad se movió bastante... Ya ha leído que tenía pasión por los faros.

Me limité a asentir en silencio para que terminara de una vez y se largara.

Simón captó la indirecta y sacó del bolsillo de su chaqueta un paquete envuelto en papel vegetal. Se puso en pie y me lo entregó con solemnidad mientras añadía:

—Por algún motivo, hace tiempo que el señor Bellaiche temía por su vida, ya que antes de partir hacia Galicia me entregó la copia de un testamento consignado por notario. En él le hace depositario a usted de esto. Cuando lo abra, podré ampliarle un poco esta información, aunque tampoco mucho. Lo cierto es que los últimos meses apenas tuve contacto con Marcel.

Sin entender por qué un antiguo

compañero de prácticas me había incluido en su testamento, despojé el paquete de su envoltorio. Era una libreta pequeña encuadernada con tapas de tela. Se veía antigua y en el centro tenía grabado un faro imponente. Sobre la cabina de la luz había una estatua armada con una lanza. Otras dos figuras escoltaban la base de la estructura, que se elevaba sobre una maciza construcción cuadrangular.

—Es el faro de Alejandría —precisó el abogado, satisfecho con mi atención—. Una de las siete maravillas de la Antigüedad. El señor Bellaiche tenía gran estima por esta libreta. De

hecho, era su bloc de notas personal. Lo llevaba a todas partes. ¿No quiere echarle un vistazo?

Para seguirle la corriente, pasé unas cuantas hojas de atrás hacia delante con la impresión de estar profanando algo que no debería hallarse en mis manos. La mayor parte del cuaderno estaba en blanco. Sólo en el primer tercio había anotaciones escritas con una letra pulcra y menuda. Parecían notas sueltas de un largo viaje.

Hice ademán de devolver la libreta a Simón, que dio un paso atrás mientras yo argumentaba:

—Debe de tratarse de un error. Este

diario personal tendría que estar en manos de su familia. Y ahora, si me disculpa...

—Marcel ha querido que lo conserve usted —replicó con firmeza—. Si quiere disipar sus dudas, vea lo que hay detrás del faro.

Incómodo con aquella situación absurda, miré por respeto detrás de la cubierta. Había un sobrecito pegado al cartón con cinta adhesiva. Levanté la solapa con cuidado y descubrí en el interior un papel grisáceo doblado en dos. Intrigado, lo extraje de su escondite y lo abrí.

Era un cheque a mi nombre por valor

de 18 000 euros. La cifra estaba escrita claramente con cifras y letras.

Me quedé mudo.

Simón estudiaba atentamente mi reacción a través de sus gruesas gafas. Su voz había cobrado una nueva autoridad.

—Me entregó este paquete hace una semana con la copia del testamento, justo antes de volar a La Coruña. La policía no tiene constancia de esta libreta ni del cheque, por lo que puede ingresarlo en su cuenta con total tranquilidad. Si necesita un justificante, puedo hacerle una factura desde la empresa de la familia. Ya pensaremos un

concepto para ese importe. ¿Comprende ahora lo que le decía? Marcel ya no está aquí, pero desde el otro mundo se ha convertido en el benefactor de un guionista al que admiraba.

Miré el cheque asombrado y a la vez inquieto. No olvidaba los peligros que había corrido la última vez que había aceptado un ingreso de procedencia extraña. Me había jugado el pellejo siguiendo la pista de una hija ilegítima de Einstein al lado de una mujer que al final me había partido el corazón.

Sin embargo, lo cierto era que necesitaba el dinero con urgencia. Lo guardé en mi bolsillo a la vez que

declaraba aturdido:

—Por mucho que le gustara el programa, es un regalo demasiado generoso por su parte. Siento no poderle dar las gracias.

—Para un Bellaiche, ésta es una cantidad pequeña —dijo el abogado, de pie, con las manos en los bolsillos—. En cualquier caso, existe una manera de corresponder al difunto por este regalo que ha traspasado las puertas de la vida y la muerte.

Había pronunciado esta última frase con la seguridad de quien lleva ensayado su discurso. Esa certeza hizo que mi entusiasmo se desinflara al

instante. El regalo de ultratumba tendría un precio, de eso no cabía duda.

—Soy todo oídos —dije a la defensiva.

—¿Podemos hablarlo mañana al mediodía? Es un asunto que requiere un poco de perspectiva. Por eso, antes me gustaría que examinara el cuaderno. Permítame que le invite a comer en el restaurante favorito de Marcel. Así de paso le rendiremos un discreto homenaje.

—Como quiera... Supongo que si no puedo corresponder a la generosidad del difunto tendré que devolver el cheque.

—En absoluto —repuso Simón

poniendo su mano arrugada en mi hombro—. Ese dinero ya es suyo. Puede ingresarlo hoy mismo si duda de que el cheque tiene fondos. Lo que venga a continuación es algo que merece ser negociado aparte.

Luces en la bruma

Tras aquella insólita visita, salí de casa en un intento de entender lo que acababa de ocurrir. Antes de nada ingresé el cheque en un cajero automático con la esperanza de que, tal como había prometido Simón, se convirtiera en dinero en pocos días.

Luego subí a la vieja Vespa para alejarme de mi propio barrio.

Saber que la familia de un hombre asesinado, cualesquiera que fueran las circunstancias, tenía controlado mi domicilio no era nada tranquilizador. Simón había anunciado que en el almuerzo negociaríamos otro «asunto», por si me interesaba. Sin embargo, el cheque que acababa de ingresar y el cuaderno en mi bolsillo me decían que ya no había vuelta atrás.

Mientras el motor torpedeaba el silencio de las calles de la Ribera, recordé una escena de la película *Wall Street*. En ella el bróker Gekko le dice a

Bud: «Si no estás dentro, estás fuera».

Yo no tenía ni idea sobre la naturaleza del asunto, pero algo me decía que ya «estaba dentro».

El Nus^[2] estaba lleno de jóvenes extranjeros que —supuse— habían llegado a aquella tasca a través de alguna guía más o menos alternativa. Yo había vuelto allí por nostalgia hacia mis tiempos de estudiante, y me sorprendió que no hubiera cambiado un ápice desde entonces.

Incluso el camarero era el mismo de mis años mozos. Un caso insólito de

estabilidad laboral.

Siguiendo un viejo ritual, ocupé una mesa del primer piso. Mientras esperaba a que me sirvieran un copazo de Bushmills, comprobé que en el techo continuaba la gran foto del primer dueño —un barbudo de expresión irónica— adornado con cuchillas de afeitar.

Di un primer trago al whisky irlandés a la salud del espantadizo becario del CIDOB que ahora estaba criando malvas. Me asombraba que, tantos años después, aquella alma solitaria hubiera seguido mis humildes guiones en la radio, hasta el punto de obsequiarme con aquel dinero y

confiarme su cuaderno personal.

Volví a mirar el grabado con el faro de Alejandría. Luego abrí la libreta con la sensación de que estaba metiendo el primer pie en la tumba.

Me serenó comprobar que las primeras páginas contenían sólo apuntes dispersos sobre tres faros emblemáticos, dos de antiguos y uno bastante moderno.

ALEJANDRÍA

La torre fue construida entre los años 285 y 247 antes de Cristo en la isla de Faro, delante de la célebre ciudad egipcia que daría nombre al término

«faro» en la mayoría de las lenguas románicas.

No sabemos la altura exacta que alcanzaba, pero todas las fuentes indican que superaba los cien metros de altura, llegando tal vez a los ciento cincuenta metros, lo cual significaría que en su tiempo era el edificio más alto del mundo, superando incluso la gran pirámide de Keops.

Sobre esta gigantesca torre, una hoguera encendida toda la noche, aumentada por un espejo metálico, guiaba a los navegantes desde una distancia de cincuenta kilómetros.

El faro de Alejandría quedó en ruinas a causa de los terremotos de 1303 y 1323. Los restos desaparecieron un siglo y medio después, cuando el sultán de Egipto se

llevó los bloques de piedra para levantar un fuerte.

Tras la pérdida de este icono, que tiene una réplica en la ciudad china de Changsha, de las siete maravillas del mundo antiguo sólo queda una: las pirámides de Gizeh.

El estilo de aquella especie de ficha era tan sencillo y didáctico que parecía sacado de Wikipedia, pensé mientras daba otro tiento al whisky. No era propio de un doctorado en la Sorbonne experto en codicología y textos arábigos.

«Tal vez se tratara de un resumen para dar clase a alumnos de primero de

carrera», supuse a medida que ojeaba los apuntes dedicados a los otros dos faros: justamente los que había visitado antes de que lo asesinaran.

Me sorprendió que la torre de Hércules, en La Coruña, datara del siglo I y fuera el único faro romano, además del más antiguo del mundo, que aún funcionaba. Más de dos mil años dando luz. Al parecer, había sido erigido para combatir el miedo que provocaba el mar que se extendía tras el *Finis Terrae*, el final de la Tierra.

Además de atribuir su construcción a Hércules, una leyenda local hablaba de la conquista de Irlanda por parte de los

celtas gallegos tras divisar la isla desde lo alto del faro.

En honor a los irlandeses pedí un segundo Bushmills mientras leía unos apuntes algo más caóticos sobre el faro de Fisterra, en la Costa da Morte. Construido en el siglo XIX, pese a su potente luz blanca, la niebla invernal de la zona obligó a instalar una sirena en 1888 para avisar a los navegantes. Ésta sería bautizada popularmente como «la vaca de Fisterra».

Bajo esta anécdota costumbrista había una maraña de fechas, navíos y muertos. Marcel Bellaiche había apuntado todos los naufragios ante la

Costa da Morte, empezando por el hundimiento de veinte bajeles de la Armada española en 1596 a causa de un temporal.

En un recuadro trazado a mano había anotado el teléfono del hotel O Semáforo, un albergue de cinco habitaciones situado junto al faro.

Tras apurar el whisky, me pregunté por qué interesarían tanto los faros a un experto en escrituras antiguas, y qué diablos hacía un hombre solo —si ése era el caso— en un hotelito en el fin del mundo para parejas enamoradas.

Mientras el sueño se iba apoderando de mí, consideré la posibilidad de que

hubiera muerto a manos de su enamorado, dado el desinterés que había mostrado por las chicas en su juventud. Una hipótesis era que hubiese huido a Galicia tras pelearse con su pareja y que el amante despechado le hubiera dado muerte en la costa con el nombre perfecto.

Sin embargo, dado que no sabía nada de la vida de aquel tipo, las posibilidades que se me ocurrieran serían sólo luces en la bruma mientras navegaba por un mar desconocido.

Torre de Altamar

Los extraños sucesos de aquel lunes convocaron fantasmas del pasado reciente, ya que pasé la noche soñando con Sarah Brunet. Un año antes había sido mi compañera de investigación y algo más que eso. En mi duermevela evoqué excitado la sensual elegancia de

su cuerpo, enfundado en vestidos ajustados que realzaban sus curvas.

Mientras me abrazaba a ella entre suspiros, recobré la palidez de su rostro y sus ojos de un azul casi imposible. Podía oler incluso el perfume jazminado de sus cabellos morenos.

Más allá de su belleza y de su voz aterciopelada, de Sarah me había cautivado su carácter dual. De cara a la galería era una distante académica que apenas dejaba entrever alguna emoción. En su habitación de hotel, sin embargo, siempre reinaba el caos, con una montaña de ropa en el suelo como centro del desorden.

Esa anarquía interior afloraba con la segunda copa de vino, cuando la hermética francesa se volvía provocadora y desconcertante.

Tras un mes dando tumbos por medio mundo, habíamos hecho el amor una sola vez. Luego ella se había desvanecido tal como había llegado, dejando un vacío en mi interior que aún me dolía a veces.

Al llegar a la dirección donde me había citado el abogado tuve que levantar la cabeza. La torre de Altamar se hallaba a setenta y cinco metros de altura, en una

atalaya por la que pasaba el teleférico hacia Montjuïc.

Mientras subía en ascensor por aquel vertiginoso mecano que recordaba lejanamente a la torre Eiffel, entendí por qué había sido el restaurante favorito de Marcel Bellaiche. Aquello debía de ser lo más parecido a comer en un faro en Barcelona.

Una vez arriba, di el nombre de Simón y fui conducido por un *maître* a través de un espacio acristalado con vistas asombrosas del puerto, la playa y el casco antiguo de la ciudad.

El hombre del traje gris ya estaba allí y ocupaba una mesa en un rincón

privilegiado del restaurante. Supuse que era la habitual de su difunto cliente. Tras saludarnos, un camarero nos entregó las cartas con premura para que eligiéramos.

Los precios eran de escándalo, pero puesto que para los Bellaiche 18 000 euros eran una bagatela, no tuve apuro en pedirme unos *rigattoni* rellenos de bogavante y un arroz cremoso con gambas de playa. El abogado completó el pedido con una botella de vino blanco de Borgoña.

—¿No come usted nada? —le pregunté mientras echaba una ojeada a la clientela; por el mal gusto en el vestir,

interpreté que eran turistas de los cruceros de lujo atracados en el muelle.

—Nunca tengo hambre cuando hablo de trabajo. Por eso le acompañaré con una copa de vino fresco mientras usted disfruta de la comida. ¿Ha podido mirar el cuaderno?

—Ayer estuve leyendo las primeras páginas —dije contento de que entráramos en materia sin más preámbulos—. Sólo hay apuntes sobre tres faros. Luego he visto notas sueltas de varios viajes que hizo Marcel antes de acabar en la Costa da Morte.

—Estuvo fuera mucho tiempo... — El abogado esperó a que el camarero

terminara de servir el vino para continuar—. Y la verdad es que no sabemos qué buscaba en esos viajes. El señor Bellaiche era parco en palabras incluso con los suyos.

—Tal vez sólo se buscara a sí mismo.

—¿De verdad cree eso?

—Es una posibilidad —dije mientras aspiraba el aroma frutal del Borgoña—. Yo también iría de aquí para allá si no tuviera estrecheces económicas. Ya sabe, lo bueno de viajar es que uno tiene la sensación de que va a algún sitio.

Simón se quitó las gafas y limpió los

gruesos cristales con una servilleta, como si estuviera sacando brillo a la lámpara de Aladino.

Entendí que mi interpretación de las últimas andanzas de su cliente no era de su agrado. Recuperé mi hipótesis del amante, esbozada la noche anterior, y pregunté:

—¿Acaso cree la familia que había algo más? Tal vez Marcel se mantenía en movimiento para huir de algo o de alguien.

—Ésa sería una explicación razonable, pero yo me inclino a pensar que buscaba algo especial en todos esos lugares. Marcel no era nada ocioso.

Todas sus decisiones y actos tenían un «para qué».

—Y eso es lo que espera de mí como compensación por la cantidad que he heredado del muerto —deduje en voz alta—. Quiere que averigüe ese «para qué».

—Ya le dije ayer que ese dinero es aparte. Puede dejarlo en su cuenta como reserva para cuando regrese de la investigación. Nos gustaría que siguiera la ruta que Marcel anotó en su cuaderno. En los lugares precisos donde estuvo tiene que haber, por fuerza, pistas que ayuden a esclarecer lo que ha sucedido.

—¿Se refiere al crimen? —Me

asusté ante lo que se revelaba como la auténtica misión: dar con el asesino—. Eso es trabajo de la policía.

—No confiamos en la policía —susurró muy serio mientras me llenaba la copa para mantener alejado al camarero—. No tienen medios para llevar a cabo una investigación en tres continentes. Para sacarse el muerto de encima, nunca mejor dicho, se han apresurado en sus conclusiones sobre el crimen. Ahora sólo falta que den con un desgraciado que vague por allí y cerrarán el caso en falso.

—¿Cuáles son esas conclusiones? —pregunté dispuesto a abandonar

cuanto antes aquel terreno pantanoso—. ¿Y cómo puede estar tan seguro de que son falsas?

Simón se echó un trago de vino al gaznate y chasqueó la lengua de forma desagradable antes de explicar:

—Hoy he usado mis influencias para hablar con el comisario que lleva el caso. Se basan en la desaparición de la cartera del difunto, así como de un valioso reloj que llevaba, para atribuir el asesinato a un maleante de la zona al que se le fue la mano. La autopsia ha revelado que Marcel murió de un golpe certero en la nuca. La policía cree que el arma fue una simple roca y que la muerte

fue accidental tras la resistencia de la víctima ante el atacante.

—Una explicación razonable.

—Es ideal para cerrar el caso, pero nosotros sabemos que no fue así. Marcel tenía reservadas dos semanas en el hotel del faro para elaborar la síntesis de aquello que había sido su objeto de estudio durante el viaje. La policía ha omitido detalles que demuestran que no fue un ataque fortuito. Por ejemplo, no se ha hallado ni rastro de su ordenador portátil. Eso me hace pensar que su ejecutor entró de madrugada en la habitación con sus propias llaves y se lo llevó junto con toda la documentación.

—¿Cómo puede estar tan seguro? — insistí mientras los *rigattoni* empezaban a enfriarse en mi plato.

—Según la declaración de la policía, en la habitación del hotel sólo había ropa y enseres personales. Marcel nunca viajaba sin libros y sin alguna libreta donde tomar notas. Puesto que dejó su cuaderno para usted, es de suponer que llevara un ordenador donde concluir su trabajo.

—En cualquier caso —dije empezando a comer sin hambre— todo eso ha desaparecido. Y yo no soy la persona adecuada para encontrar a un asesino que ajustició a un hombre para

que no divulgara un descubrimiento que ni siquiera sabemos. Porque es ésa la hipótesis, ¿verdad?

—Exacto. Veo que Marcel no se equivocó al elegirlo a usted como testigo de su obra. Por supuesto, no le pido que dé caza a ningún criminal. Sólo necesitamos saber cuáles fueron sus descubrimientos en el viaje que realizó antes de llegar al último faro. Si además nos aporta alguna información sobre la gente que conoció en el camino, con eso a nosotros nos bastará para mover hilos hasta dar con el verdugo.

No supe qué decir. Estaba claro que, si aceptaba, iba a meterme en un juego

tan peligroso como imprevisible. Por otra parte, era descortés darle una negativa inmediata. Mi instinto financiero de supervivencia me sugirió una solución algo tramposa pero necesaria: retrasaría mi respuesta hasta que el dinero del cheque estuviera en mi cuenta. No tenía la menor duda de que, si me retiraba antes, Simón correría a bloquear aquella cantidad, que era sólo el anzuelo para el asunto siniestro que quería endosarme.

Respiré hondo antes de interpretar mi papel.

—Deme un par de días y le daré una respuesta.

—Me gusta que no se eche atrás de entrada —dijo palmeando con la mano el mantel blanco—. Tenemos que hablar de honorarios. Además de cubrir todos los gastos del viaje, estamos dispuestos a pagar por su informe diez veces lo que ha recibido de Marcel.

Visualicé en mi cuenta los 180 000 euros sumados a lo que ya había percibido. En plena crisis, bastaba esa cantidad para comprar al contado un apartamento mejor del que alquilaba con tanta dificultad.

Aun así, supe que no debía aceptarlo. Si la hipótesis de Simón era correcta, cuando metiera las narices en

la supuesta investigación de Marcel correría la misma suerte que él. Definitivamente, me apropiaría de los 18 000 euros y luego renunciaría a una misión que se me antojaba mortal de necesidad.

—Además de eso —concluyó el abogado tras la llegada del segundo plato—, la familia pondrá todos los medios a su disposición, incluyendo sus influencias en el mundo académico y político, para que pueda seguir los pasos de Marcel y llegar hasta el fondo de esto.

Una imprevista conexión de mi cerebro me puso en bandeja la excusa

perfecta para librarme de aquel marrón y no quedar mal. Al recordar el sueño erótico de la noche anterior, declaré sin dudar:

—Me sería de mucha ayuda contar con una colaboradora que trabajó conmigo en el pasado. Aunque su apellido original es otro, se llama Sarah Brunet y es profesora de la Sorbonne. Tal vez incluso conociera a Marcel.

—Hay mil trescientos profesores e investigadores en esa institución, pero no es imposible que se conocieran —dijo repentinamente animado—. El azar es sabio y pone en contacto a aquellos que deben conocerse. ¿Puedo contar con

usted si logramos que la acompañe
madame Brunet?

Sarah vivía retirada en París y tenía dinero suficiente para varias existencias, así que di por sentado que jamás aceptaría meterse en un asunto turbio como aquél. Eso me llevó a dar una respuesta temeraria:

—Tiene mi palabra.

El saqueo

Durante la hora que siguió al almuerzo tuvieron lugar dos acontecimientos — uno positivo y otro negativo— que confirmaron que cualquier intento por mi parte de recuperar la normalidad sería en vano.

Recibí el primer aviso mientras

trataba de arrancar la moto, que se resistía a abandonar su lugar bajo la torre del teleférico. Cinco minutos antes me había despedido de Simón con el compromiso de hablar más adelante. En mi penúltimo intento con el pedal de arranque, una doble vibración en mi bolsillo anunció la entrada de un mensaje.

Mi banco me notificaba que habían abonado en la cuenta los 18 000 euros.

Cuando al fin logré poner en marcha la Vespa, me dije que aquello no tenía buena pinta. Mi experiencia con los cheques era que difícilmente antes de dos días se formalizaba un ingreso. Por

lo tanto, alguien había agilizado el trámite para que el dinero estuviera ya allí.

La frase de Gekko volvió a resonar en mi cabeza: «Si no estás dentro, estás fuera».

Apenas necesité veinte minutos, el tiempo de sortear el tráfico hasta casa aquel martes por la tarde, para acabar de convencerme de que estaba dentro. Y del todo.

Sólo abrir la puerta de mi apartamento me di cuenta de que habían entrado a robar. Y al parecer se trataba de alguien con experiencia en el saqueo, porque le habían bastado mis dos horas

fuera de casa para vaciar hasta el último cajón.

Allí donde pisaba habían esparcidos pedazos de mi vida, fuera en forma de ropa, de documentos o libros. Hasta el último volumen había sido arrancado de la estantería.

Instintivamente, me llevé la mano al bolsillo de la americana que me había enfundado para estar más presentable en la comida. El cuaderno de Alejandría estaba allí. Sin duda, era aquello lo que habían buscado sin éxito. Me estremecí al pensar que podía tratarse del mismo hombre que había dado muerte a Marcel junto al faro si la hipótesis de Simón era

correcta.

En medio de aquel naufragio en el que me encontraba sin haber subido a la nave, no se me ocurrió otra cosa que llamar al abogado. Al escuchar su voz me invadió la furia.

—Han entrado en mi casa. No deja de ser casual que hayan elegido justamente este mediodía, mientras almorzaba con usted.

—No tiene nada de casual. —La voz de Simón vaciló ligeramente—. Lo saben todo. Esto que acaba de suceder es la prueba.

—¿Lo saben...? —repetí indignado—. ¿Quiénes?

Se hizo un silencio asfixiante al otro lado de la línea, como si el abogado estuviera cavilando. Luego me ordenó:

—Deje su moto donde está, haga la maleta y tome un taxi ahora mismo. Le espero en el aeropuerto. No olvide su pasaporte. Nos encontraremos en la oficina de Austrian Airlines, en la T2.

—¿Cómo? —dije escandalizado—. No pienso ir a ningún sitio. Voy a avisar a la policía inmediatamente.

—No sea tan impulsivo y haga lo que le digo. Es por su bien. Barcelona ha dejado de ser un lugar seguro para usted, aunque vaya a hablar con la policía. Ellos le buscarán. Y cuando

obtengan lo que quieren, se desharán de usted, no tenga duda. Además, ¿cómo va a justificar el ingreso que acaba de recibir?

Cortó la llamada en este punto. Cuando volví a marcar su número, comunicaba.

Llegué a la T2 con una mezcla en el cuerpo de miedo, furia y confusión.

Mientras buscaba el mostrador de Austrian Airlines, me dije que si Simón pretendía mandarme a Viena mientras se enfriaba el asunto lo llevaba claro.

Sólo me preocupaba lo del cheque.

Había firmado el reverso antes de ingresarlo en el cajero. Esa prueba me hacía cómplice de cualquier trama que la familia de Bellaiche tuviera entre manos.

Aunque esa historia parecía difícil de explicar ante la policía, me dije que aún estaba a tiempo de salir de aquella espiral en la que me habían metido contra mi voluntad. Tendría que cambiar de piso y empezar de nuevo en otro lado, eso sí, lo cual no era factible sin la generosa cantidad que acababa de recibir.

Canalicé toda mi ira hacia la figura gris y menuda que me esperaba junto al

mostrador de las líneas aéreas austríacas.

Levantó la mano en son de paz al entender que era capaz de tumbarlo de un puñetazo allí mismo. Se anticipó a decir:

—Antes de nada quiero que sepa que es libre de hacer lo que desee, aunque lo recomendable es salir un tiempo de la circulación. Van a suceder muchas cosas y le conviene estar en movimiento. En un par de semanas todo se habrá resuelto y podrá volver a su vida tal como era antes. De hecho, será mucho mejor, ya que dispondrá de autonomía financiera.

—No voy a ir a ningún sitio —
declaré firme—, ya que me da esa
libertad.

—Usted mismo —repuso
encogiéndose de hombros—. Es una
lástima que falte usted a su palabra.
Seguro que Marcel no habría esperado
algo así de una persona tan admirada.

Agarré a aquel hombrecillo
insidioso por las solapas y le encaré.

—¿Se puede saber de qué palabra
está hablando?

—Usted ha prometido llevar
adelante el asunto si le conseguía la
colaboradora de su elección. Por fortuna
la familia está muy bien relacionada en

París y nos ha llevado poco más de una hora localizar a la señorita Brunet. Le interesa el caso. Las condiciones que le hemos planteado le gustan y va a secundar su investigación. Los Bellaiche están encantados de tener esta dupla de lujo para una misión tan delicada.

Me disponía a golpear a aquel embaucador, cuando me detuvo levantando su móvil.

—Compruébelo usted mismo. Busque el nombre de ella y llame para corroborar lo que le digo.

Totalmente superado por la situación, exploré su agenda de contactos hasta dar con Sarah B. Luego

llamé esperando cualquier engaño por parte de aquella gente a la que le habían bastado veinticuatro horas para arruinarme la vida.

Cuando surgió, al otro lado, la voz inconfundible de la mujer a la que había amado se me cortó el aliento.

—¿Javier? ¿Eres tú?

Yo me resistía a creer lo que estaba oyendo, así que le pregunté algo que sólo ella y yo podíamos saber.

—Soy yo. ¿Puedes hacerme memoria del hotel de Nuevo México donde nos acostamos?

—Veo que aún te recreas en ello — dijo tras una risita—. Era el Holiday Inn

de Socorro, Nuevo México. ¿Cómo iba a olvidarlo?

Simón cruzó los brazos, sonriente, mientras el corazón me latía muy rápido. Sabía que con aquel golpe de efecto acababa de ganarme la partida. Tuve que hacer acopio de serenidad para preguntarle:

—Dime que no es cierto que has aceptado seguir los pasos de este chiflado de los faros.

—¿Y por qué no? Conozco a esta familia y el padre de Marcel fue incluso profesor mío. El mundo académico es muy pequeño. Los Bellaiche son un poco liantes, eso sí, pero buena gente. Puesto

que ya he terminado el curso, no me importa seguir los caminos de la luz. Me lo tomo como unas vacaciones diferentes.

—No sé a qué te refieres con eso de los caminos de la luz, pero Marcel fue asesinado debido a su búsqueda, según dice su abogado. Y acaban de poner mi casa patas arriba.

—Razón de más para largarte. Yo me voy a morir de aburrimiento si me quedo un día más en París. Recuerda lo que decía Helen Keller: «La vida es una aventura atrevida o no es nada».

Casi toda la verdad

No fue hasta encontrarme en el avión a Viena cuando empecé a darme cuenta de lo que estaba haciendo. Mientras una mujer de enorme papada dormía a mi lado, hice un rápido análisis de lo sucedido en aquellas cuarenta y ocho horas de infarto.

Por algún extraño resorte del destino, todo lo que había sido mi vida hasta entonces se había hecho pedazos. Mi trabajo de guionista había quedado reducido a una tarea insignificante; algo que podía realizar, desde cualquier sitio, un par de tardes por semana. Un fantasma del pasado lejano había sido asesinado y un fantasma mucho más atractivo y reciente regresaba para acabar de complicarme la vida. Ambos compartiríamos una investigación después de que saquearan mi casa y tuviera que darme a la fuga.

Mientras la azafata me servía un *schnecken* con el café, tuve que darle la

razón al abogado: bajo aquellas circunstancias, lo mejor era estar en movimiento. Barcelona se había convertido los últimos días en un imán para las desgracias, así que trataría de despistarlas mientras aguardaba a la única mujer que había significado algo para mí en los últimos años.

Releí una vez más mi destino final en la tarjeta de embarque. Tras una escala en Viena, el siguiente vuelo de Austrian Airlines me llevaría a Larnaca, un aeropuerto en el que nunca hubiera esperado aterrizar.

Simón me había insistido en que las primeras anotaciones del viaje de

Marcel llevaban allí. Se había alojado en un hotel de la capital de Chipre y había permanecido en la ciudad varias semanas antes de volar a Beirut. Allí había vivido en un apartamento en la Corniche, el famoso paseo frente al mar.

No sabía cuál era la misión de Sarah, que había mencionado algo sobre la luz que yo no había llegado a comprender. La mía era recabar el máximo de información sobre las actividades del difunto en aquellas tierras, incluyendo a las personas que había conocido, así como los misteriosos descubrimientos que habían cavado su tumba.

Si lo lograba me habían prometido un cuantioso premio, aunque empezaba a sospechar que la verdadera recompensa sería llegar vivo al final de la odisea.

Deposité con precaución el cuaderno sobre mi regazo, como si fuera una bomba a punto de estallar. Pasé los dedos sobre las tapas de tela y fijé la mirada en el grabado de aquel faro desaparecido hace miles de años. El soldado armado con una lanza sobre la cabina y los otros dos en la base de la torre parecían custodiar el fuego que Prometeo había robado a los dioses.

Abrí el cuaderno en la hoja dedicada al primer viaje de Marcel. Cinco líneas

eran todo lo que tenía para empezar:

Nicosia

Del Tres Veces Grande a la luz de
los maulanas.

$7 \times 7 \times 7$

El primer faro ya está encendido.

Sólo faltan seis.

Bajo este galimatías había una dirección en la capital de Chipre, el hotel Asty, y la referencia de una página web: www.laluzdealejandria.com

Aunque llevaba conmigo el portátil, en pleno vuelo no podía consultar aquella web, que sospeché que era obra del mismo Marcel, pero aparte del

nombre del hotel no entendía un pimiento de aquellos apuntes que debían servirme de guía.

Sólo sabía que la ciudad chipriota daba nombre a una banda de dream folk compuesta mayormente por mujeres, y que aquélla era la última capital dividida del mundo. Por esta razón el aeropuerto de la República de Chipre se hallaba a cuarenta kilómetros de la capital.

Me entretuve revisando las distintas partes de aquel cuaderno por el que ahora estaba volando hacia el extremo sur del Mediterráneo. Tras los tres faros, las crípticas notas de viaje

llevaban de Nicosia a Beirut y de allí a Katmandú, Pekín, Shanghái, Hong Kong y una ciudad china que me sonaba lejanamente.

Pasar de Oriente Medio a Nepal y China parecía un salto caprichoso en aquella búsqueda que aún no sabía dónde tenía su foco.

Después de los apuntes de viaje, el dueño del cuaderno había dibujado con tinta negra un faro bastante esquemático. Justo detrás había una página llena de apuntes. Bajo el encabezamiento «1/7», encontré un minucioso resumen sobre un personaje que conocía muy vagamente: Hermes Trimegisto.

El artículo escrito a mano lo presentaba como un sabio iniciado en los misterios de las tradiciones sagradas del Antiguo Egipto, Israel y Grecia. Poseedor del secreto de la riqueza, al nombre de Hermes se le añadió el vocablo *Trimegisto*, que significa «tres veces grande».

Nacido en la época dorada del ocultismo en Egipto, algunas fuentes sostenían que era contemporáneo de Abraham, quien fue su maestro y le inició en los misterios de la magia. A su vez, el mismo Hermes según esta teoría instruyó a Moisés.

Autor del célebre *Kybalion*, este

enigmático maestro dio nacimiento al «hermetismo», una corriente espiritual que aún existe de forma soterrada en la actualidad, remarcaba el autor de las notas.

Hermes Trimegisto escribió cuarenta y dos libros —la mayoría se han perdido— donde legó a la humanidad toda su sabiduría. Al parecer, la biblioteca de Alejandría, antes de ser destruida, albergaba la colección completa repartida en seis bloques de siete libros, cada una con todos los conocimientos humanos: astronomía, matemáticas, música, arquitectura, medicina..., además de siete libros

reservados al sumo sacerdote, ya que en ellos se revelaba todo el saber divino.

Lucio Cecilio, un pionero romano del cristianismo, había llegado a decir en el siglo III: «No sé cómo lo hizo, pero Hermes descubrió casi toda la verdad».

Aquel breve escrito terminaba con una disquisición de Marcel sobre el verdadero origen de Hermes. Contra las fuentes hebreas que lo consideraban discípulo de Abraham y maestro de Moisés, otras aseguraban que el primer gran iluminado de la humanidad no fue una sola persona, sino muchas. Según esta visión, la «marca» de Hermes

Trimegisto recogió las enseñanzas del Antiguo Egipto y las de los filósofos de la Escuela Ecléctica de Alejandría.

Los pocos textos que se conservan de entre los cuarenta y dos volúmenes son, justamente, traducciones al griego de la época alejandrina, ya que los originales egipcios desaparecieron con el incendio de la biblioteca.

Terminé de leer cuando el avión iniciaba las maniobras de aterrizaje en el aeropuerto internacional de Viena.

En mi propio intento, en el sentido figurado, de tomar tierra medité sobre lo que acababa de leer. También sobre las notas crípticas que hacían referencia a

Nicosia. No tenía la menor idea de lo que eran los maulanas, pero ahora sabía que el primer faro se refería a Hermes Trimegisto, el cual «ya está encendido», pero faltaban otros seis.

Las ruedas del Airbus 318 ya rozaban el asfalto austriaco cuando entendí que el estudio de los faros era sólo una manera metafórica de describir la verdadera búsqueda.

Los faros que Marcel había visitado antes de su fin representaban la luz que orienta a los navegantes, en mares llenos de turbulencias, con la amenaza constante de la muerte. Siete faros, o iluminados, habían guiado a la

humanidad a través de la oscuridad. El primero era Hermes Trimegisto, pero había otros seis. ¿Qué había averiguado Bellaiche sobre aquellos maestros para ser asesinado por ello?

En medio de estas disquisiciones, el pasaje premió al piloto con un sonoro aplauso cuando la nave finalmente se agarró a la Tierra con suavidad.

Hermes

Faltaba una hora para el vuelo a Larnaca, el aeropuerto internacional de Chipre. Tras encontrar la puerta de embarque, lo primero que vi me hizo pensar en lo que se dice de las embarazadas.

Cuando una mujer queda encinta,

empieza a ver por todas partes a mujeres preñadas. Con toda seguridad, no es una novedad que haya embarazadas, pero no es hasta compartir aquel mismo estado que se vuelven visibles para ella.

De modo parecido, tras haber leído sobre el primer faro espiritual del difunto, me tropecé con una tienda de Hermés junto a la puerta de embarque. Aquella marca de lujo nunca había sido para mi bolsillo, ya que un par de mocasines pueden rondar los 600 euros, pero la coincidencia del nombre me empujó a entrar.

Tampoco tenía nada mejor que hacer. Pese a llevar ropa bastante raída, el

mero hecho de pasearme por ahí hizo que la rubia dependienta me mirara como un millonario excéntrico capaz de salir de casa con pijama y chanclas. Parecía del este de Europa y me recibió con una suave sonrisa.

Mientras yo contemplaba unas zapatillas deportivas en terciopelo de cabra, según rezaba la etiqueta, se situó a mi lado y me preguntó en un susurro:

—¿Puedo ayudarle en algo?

—Sólo estoy haciendo tiempo — confesé—. Mi avión sale en una hora.

—Tal vez quiera probar entonces nuestro nuevo perfume de hombre. Le informo que, esta semana, con cada

compra regalamos una entrada para el Museo Hermés, que normalmente no está abierto al público.

—¿Dónde está ese museo?

—En París. Allí puede ver alguna de las sillas de montar que nuestro fundador fabricaba para el zar de Rusia. También las primeras prendas de cuero con cremallera. ¿Sabe que fuimos los primeros en utilizar esta tecnología en Francia? Pero el objeto más singular de la colección es un arnés de carruaje con un agujero de bala. Sucedió mientras Alfonso XIII, el rey de España, desfilaba por las calles de París en visita oficial con el presidente francés

—dijo con la precisión de un alumno aplicado—. Corría el año 1905, una época de revueltas, y alguien disparó entre el gentío mientras iban en un carruaje descubierto, aunque sólo resultaron heridos los caballos. Mandaron los arneses rotos a Hermés y uno está en el museo. Se ve claramente el orificio de la bala. Al lado se exhibe una placa con la conversación que mantuvieron los dos jefes de Estado tras el disparo.

—¿Ah, sí? ¿Y qué dijeron? — pregunté con fingido interés.

—Cuando la bala atravesó los arneses, el presidente francés preguntó:

«Perdón, ¿era para usted o para mí?». Al parecer, el rey español, que tenía entonces diecinueve años, respondió con la misma frialdad: «Creo que era para mí».

Aquella anécdota sobre un atentado fallido, aunque fuera un siglo atrás, me inquietó. Recordé de repente que yo mismo estaba en el disparadero, aunque Sarah hubiera bautizado aquella extraña misión como «unas vacaciones diferentes». Ni siquiera había arañado la superficie de aquel asunto, pero en mi interior sabía que a la que levantara la costra me encontraría con cosas que hubiera sido mejor desconocer.

Me despedí de la empleada, que tenía junto a la caja un pequeño portátil con el Facebook de la marca.

Junto a la boca de embarque ya se arremolinaban una cuarentena de personas de rasgos marcadamente mediterráneos, junto con familias de aspecto británico que se dirigían a la isla de Afrodita, como también se conocía Chipre, buscando un verano anticipado.

«Al menos ellos saben por qué van», pensé mientras me sentaba en un banco con la maleta entre las piernas —había hecho un pequeño equipaje antes de saber incluso si iría a algún sitio— y el

cuaderno en el regazo.

Un joven aborigen de cabellos negros y mirada nerviosa decidió que había llegado el momento de hablarme. Utilizó un inglés más que correcto.

—¿Va usted a Limassol? Tal vez podemos compartir taxi.

—Lo siento, pero voy a la capital.

—Nicosia... —dijo sorprendido—.

Allí no hay mar. Es mejor que vaya a Limassol. Hay muchos más restaurantes y todo es diez veces mejor que en nuestra polvorienta capital.

En la revista *Austrian* había visto que, efectivamente, Nicosia se encontraba lejos de la costa. No dejaba

de ser curioso tratándose de una isla, así que pregunté:

—¿Por qué construyeron una capital lejos del mar?

—Bueno... —dijo el joven frunciendo el ceño—, antes del conflicto estaba mucho más cerca. Tenía la playa a veinte kilómetros, pero entonces vino la invasión turca y nos pusieron un muro entre nosotros y el norte de la isla, que es donde está Nicosia. Ahora el agua queda lejísimos.

—¿Y no pueden ir a la parte turca?

—Disculpe, parte ocupada. Hay que hablar con propiedad. A los chipriotas de la parte libre nos cuesta cruzar la

línea verde, aunque ahora se haya abierto, porque no nos gusta ver en qué se ha convertido aquello. No vamos a gastar nuestro dinero en los que robaron nuestras casas. Muchos ni siquiera han nacido en Chipre.

—Pero han constituido un país, ¿no es así? —pregunté dándome cuenta de que no sabía nada del lugar al que me dirigía.

El grecochipriota me dirigió una mirada encendida antes de preguntarme:

—¿Sabe cuántos países reconocen eso que ellos llaman República Turca del Norte de Chipre? Yo se lo diré... Aparte de ellos mismos, sólo uno:

Turquía.

Dicho esto, el joven se sumergió en la lectura de lo que parecía un diario deportivo en griego. Por la tensión en sus facciones, entendí que le irritaba haber tenido que dar aquellas lecciones básicas a un extranjero ignorante que viajaba a su país sin informarse.

Por mi parte, me di cuenta de que todo había ido tan rápido que ni siquiera tenía lectura para el largo viaje. Aquel mediodía, en la torre del funicular, no sospechaba aún que estaba a punto de abandonar el país. Y de hecho todavía no sabía para qué.

A falta de otro entretenimiento, abrí

de nuevo el cuaderno para mirar aquella nota: «Del Tres Veces Grande», es decir, de Hermes Trimegisto, «a la luz de los maulanas». Luego había tres sietes que no había comprendido, aunque tal vez hiciera referencia a los faros. El primero estaba encendido...

De repente, sentí curiosidad por saber qué diablos había puesto Marcel en aquella página web. No tenía ganas de sacar mi portátil de la maleta, así que me giré hacia la tienda de Hermés, que seguía vacía. Me dije que no encontraría un lugar mejor para echarle un vistazo a la web.

—¿Viene a por su entrada para el

museo? —Me sonrió la dependienta—. Tenemos una fragancia muy buena en la nueva colección.

—De hecho, vengo para algo tan insolente como ese balazo que guardan en el museo. ¿Me permite usar su internet un minuto?

La rubia reaccionó a la pregunta con expresión de asombro. Luego sus pupilas rastrearon la tienda vacía y la entrada, antes de responder:

—No me está permitido, pero si sólo es un instante...

Abrí una nueva ventana en el portátil y tecleé «www.laluzdealejandria.com» esperando encontrar una página web en

construcción. Para mi sorpresa, en la pantalla aparecieron siete faros encendidos contra un fondo negro. Cliqué sobre el primero y la llama bajó hasta descubrir una casilla donde debía escribir dos palabras.

No necesité recordar el nombre de la tienda para saber lo que tenía que teclear: Hermes Trimegisto.

El fuego virtual incendió este nombre y luego el faro entero junto con el resto de la pantalla de inicio. Admirado por este elaborado efecto, cuando las llamas se extinguieron asistí a la síntesis del primer iluminado.

EL PRIMER FARO

HERMES TRIMEGISTO



LOS SIETE PRINCIPIOS HERMÉTICOS DEL
KYBALION

Los principios de la verdad son
siete;
el que comprenda esto
perfectamente
poseerá la clave mágica
ante la cual todas las puertas del
Templo
se abrirán de par en par.
H. T.

I. Principio de mentalismo

Todo es mente, el universo es mental.

II. Principio de correspondencia

*Como arriba es abajo, como abajo es
arriba.*

III. Principio de vibración

Nada está inmóvil; todo se mueve; todo vibra.

IV. Principio de polaridad

Todo es doble; todo tiene dos polos; todo tiene su par de opuestos: los semejantes y los antagónicos son lo mismo; los opuestos son idénticos en naturaleza, pero diferentes en grado; los extremos se tocan; todas las verdades son semiverdades; todas las paradojas pueden reconciliarse.

V. Principio de ritmo

Todo fluye y refluye; todo tiene sus períodos de avance y retroceso; todo asciende y desciende; todo se mueve, como un péndulo; la medida de su movimiento hacia la derecha es la misma que la de su movimiento hacia la izquierda; el ritmo es la compensación.

VI. Principio de causa y efecto

Toda causa tiene su efecto; todo efecto tiene su causa; todo sucede de acuerdo con la Ley; la suerte no es más que el nombre que se le da a una ley no conocida; hay muchos planos de

casualidad, pero nada escapa a la Ley.

VII. Principio de generación

La generación existe por doquier; todo tiene sus principios masculino y femenino; la generación se manifiesta en todos los planos.

SEGUNDA PARTE

Mutaciones

Noche sobre Nicosia

Era medianoche cuando atravesé el minúsculo aeropuerto de Larnaca en dirección a la salida. Una ráfaga de aire caliente me recordó que me encontraba más cerca de las dunas de Egipto que de la Europa a la que pertenecía el pequeño país.

De forma inconsciente, aquel clima me puso en guardia contra los conductores ilegales, como los que acechan a los viajeros en los aeropuertos del Magreb. Sin embargo, en lugar de eso me encontré con una civilizada fila de taxis. El primero era un Mercedes tan reluciente que reflejaba la luna.

El chófer estaba durmiendo, así que tuve que golpear el cristal para llamar su atención.

—¿Adónde? —preguntó en inglés un joven rapado con una cadena de oro sobre la camisa blanca.

—Nicosia. Hotel Asty.

—Allá vamos.

Mientras me acomodaba en un asiento de cuero que olía a nuevo, el taxi maniobró hasta tomar una autopista casi desierta. En la radio sonaba una música de cuerdas que recordaba al laúd.

El conductor estuvo unos minutos en silencio, prestando atención a la pieza, hasta que pasamos junto a una mezquita iluminada. Entonces redujo la marcha y dijo:

—Es Umm Haram, uno de los lugares más sagrados del islam. Se construyó en honor a la nodriza de Mahoma. Dicen que está enterrada aquí. Es una lástima que pasemos de noche, ya

que está junto a un lago salado lleno de flamencos.

Le agradecí aquella información aunque, después de sufrir más sobresaltos de los que podía soportar en un solo día, sólo deseaba dormir. Sin embargo, el conductor ya se había animado y no pensaba callar.

—¿Viene por trabajo?

—Algo así.

—Chipre es un buen lugar para los negocios. Hay bancos de todo el mundo. Habíamos salido bastante bien parados de la crisis, hasta que estalló aquel arsenal y el país se quedó a oscuras. Gracias a Dios ya se ha solucionado.

—¿Un arsenal?

No tenía ni idea de lo que me estaba contando.

—Sí, hombre, ¿es que no sigue las noticias? El verano pasado una explosión destruyó la principal central eléctrica del país. El accidente fue para no creérselo. En el año 2009 se requisaron en un barco con destino a Siria varios contenedores de explosivos. Alguien decidió que se dejaran en una base naval que está al lado de donde se genera la mayor parte de la energía del país.

—No parece un lugar muy idóneo — dije para seguirle la conversación.

—Desde luego que no. Sobre todo teniendo en cuenta que los veranos en Chipre son un infierno. Esos contenedores estaban al rojo vivo y lo raro es que no estallaran antes. Al parecer, unos inspectores dijeron que no había ningún peligro siempre que el material fuera pulverizado con agua tres veces al día. Una solución estúpida. Finalmente, la base y la central eléctrica acabaron volando por los aires y doce personas perdieron la vida. Es la mayor tragedia ocurrida en el país desde la invasión en 1974 del tercio norte de la isla.

Tras escuchar aquella dramática

historia, me dije que era un síntoma del mundo en el que vivimos, donde la desidia puede ser la semilla de la desgracia. Sin duda, la indiferencia es el mayor riesgo que corremos los humanos y la consciencia, nuestra única vacuna.

No sabía qué decirle al conductor, ya que cualquier comentario por mi parte sonaría banal. Embebecido en estos pensamientos, me limité a mirar por la ventana sin decir nada más. De vez en cuando aparecía una villa o un restaurante mal iluminado.

El camino se me hizo eterno. No sólo el mar estaba lejos de Nicosia. También el aeropuerto se encontraba

extrañamente distante de la capital. Al preguntarle sobre eso, el taxista respondió:

—Es por culpa de los turcos. Cuando Nicosia quedó dividida después de la ocupación, nuestro aeropuerto quedó al otro lado. Ahora lo utilizan ellos para volar a Turquía, aunque también hay compañías inglesas sin escrúpulos que aterrizan ahí. No deberían hacerlo: son instalaciones robadas.

Para terminar aquella introducción al conflicto, cuando ya entrábamos en los arrabales de la capital, el conductor me señaló un monte. Estaba iluminado

con lo que parecía una enorme bandera turca bajo la cual había una inscripción en su idioma.

—¿Sabe lo que pone ahí? —dijo el taxista, indignado—: «Ser turco es lo mejor del mundo». Lo han puesto en esa elevación para que todos los grecochipriotas de Nicosia lo vean. ¿No es eso una provocación?

Llegué al hotel de madrugada totalmente agotado. Aunque no había hecho reserva, aquel martes de junio había habitaciones libres, tal como me confirmó un recepcionista entrado en

carnes que tomaba un *frappé*, la bebida más apreciada por los griegos.

Negocié una habitación individual por 45 euros que salieron del cheque de Bellaiche, con lo cual era como si su ADN económico hubiera regresado allí. No sólo los átomos forman otras cosas cuando uno ya no está para controlarlos. También nuestro dinero —si queda algo— fluye en direcciones imprevistas. Y a veces vuelve al lugar del crimen... si en Nicosia se había empezado a fraguar lo que acabaría con la vida del historiador.

Subí por la escalera a mi habitación, que era bastante pequeña y tenía vistas a una piscina iluminada.

Sin llegar a encender la luz, dejé la maleta junto a la puerta, me desnudé y me metí en la cama. Asombrado aún de haber terminado el día en aquella parte del mundo, una vibración en mi móvil me advirtió de la entrada de un mensaje.

Lo tomé del suelo con desconfianza. Al ver el remitente, una suave excitación me envolvió:

Estoy arreglando mis cosas para volar a Chipre en un par de días.

¿Tú cómo estás? Bss Sarah.

Tuve que pensar unos segundos para responder a esa pregunta:

Sólo sé que estoy en una ciudad dividida donde todo el mundo habla del conflicto y ni siquiera sé qué he venido a buscar.

Por cierto, ¿conoces a Hermes Trimegisto? Bss Javier.

La respuesta se hizo esperar sólo unos segundos:

No lo conozco en persona, murió ya hace un tiempo ;-)

Es el verdadero autor de la ley de la atracción, tan mal interpretada, por cierto. *Bonne nuit.*

343 maestros

La intensidad de la luz en el cuarto me hizo volver, aquel miércoles por la mañana, a mi nueva situación. Había cambiado la tibia y deprimida Barcelona por aquella ciudad de Oriente Medio donde debía iniciar mi investigación.

Aunque Sarah no había precisado el día exacto que llegaría a Nicosia, la perspectiva de volverla a ver me inundó de una felicidad irracional, dadas las circunstancias. Ya bajo la ducha, me sentí aliviado de estar lejos de casa, en una ciudad extraña, para luego saltar a otro país mientras aspiraba a reavivar la llama de un amor que yo creía extinguido.

Desayuné en el comedor del hotel pan con *halloumi*, un salado queso chipriota que había pasado por la parrilla. Luego inicié la investigación tal como lo habría hecho un detective de cuarta fila: preguntando en la recepción

del hotel.

Antes de tomar el vuelo a Viena me había descargado por internet una foto del difunto. El retrato para una conferencia que había dado Bellaiche no era muy bueno, pero serviría para que lo identificaran quienes le hubieran conocido.

El mismo orondo recepcionista de la noche seguía allí con expresión amargada. Tal vez por eso no se mostró muy colaborador y se limitó a decir:

—Me suena, pero no recuerdo su nombre.

—Se llama Marcel Bellaiche. —
Corregí en el último momento la

tentación de usar el pasado—. Es un viejo amigo. Hace tiempo que no sé de él y me gustaría saber sobre su viaje. ¿Recuerda haber hablado con él?

—Sólo hola y adiós. Pero seguro que habló con Haritos. El viejo le da coba a todo el mundo.

—¿Haritos? ¿Dónde está?

—Es el dueño del hotel. Ahora mismo estará desayunando en el Herodos, le gusta mucho ese sitio. —Liberó un bostezo antes de concluir—: Vaya allí y pregunte por él.

Empecé a buscar aquel lugar bajo un sol abrasador, no sin antes perderme unas cuantas veces por el laberinto de la

vieja Nicosia. Junto a la línea verde que separaba a griegos y turcos, la mayoría de las casas parecían abandonadas, como si la invasión se hubiera producido recientemente y no cuatro décadas atrás.

Me detuve fascinado ante el escaparate de una tienda cerrada. Los productos que exhibía eran de otra época, como un museo accidental de la vida cotidiana en 1974.

Tras callejear casi una hora, llegué a una bucólica plaza de altas palmeras. Desde allí podían verse los minaretes de la otra parte de Nicosia. El aire oriental traspasaba la línea verde, ya que allí

mismo había unos baños turcos impecablemente restaurados. Parecían estar en funcionamiento.

Justo al lado vi la agradable terraza de una taberna griega tradicional. Sin duda, aquél era el lugar que frecuentaba el tal Haritos.

Dar con él fue de lo más fácil. El camarero me señaló un anciano encorvado que tomaba un gran *frappé* ante un periódico desplegado. Al mozo le sorprendió que yo pidiera un café caliente antes de dirigirme hacia la mesa de aquel asiduo.

Tras presentarme muy torpemente, el dueño del Asty me invitó a sentarme y

me hizo varias preguntas sobre mi procedencia. También quiso saber si estaba enterado de la situación de Chipre. Banderé rápidamente esa cuestión para centrarme en lo que me había llevado hasta allí.

—Soy amigo de la familia de Bellaiche, que me ha encargado que dé con él. Hace tiempo que le hemos perdido la pista. Estuvo varias semanas alojado en su hotel y me pregunto si...

—Marcel, lo recuerdo. Era un cliente encantador, aunque el día de su partida me enfadé con él. ¿No ha vuelto a casa entonces? —preguntó preocupado, como si aquello le acabara

de confirmar alguna sospecha.

—Todavía no —dije sin concretar más—. ¿Puedo saber por qué se enfadaron?

Haritos clavó en mí sus ojos vidriosos. Aquella pregunta le había cogido por sorpresa. No obstante, pronto entendí que su afán de conversar podía más que cualquier discreción, ya que levantó la voz para declarar:

—Le recomendé que no viajara a la parte ocupada. Allí hay diez mil soldados turcos y más de tres mil policías. Le advertí que, no siendo musulmán, si metía las narices donde no debía iban a cogerlo preso.

Estaba teniendo la suerte del principiante, pensé. Ese primer contacto ya estaba arrojando datos con los que llenar aquel informe a precio de oro para la familia Bellaiche. Sin embargo, no esperaba la revelación que el anciano soltó a continuación:

—Además, ¿quién puede creer que el hombre más sabio del mundo vive en el norte de Chipre? Todo eso de los maulanas...

—¿Quiénes son los maulanas? — pregunté, excitado, al recordar el apunte en el cuaderno del muerto, bajo el que había un $7 \times 7 \times 7$.

—No entiendo mucho de eso, pero

se refiere a los maestros sufíes, algo que tiene que ver con los derviches. ¡Yo qué sé! Son místicos del islam con mucha tradición en Turquía. Tu amigo estaba muy interesado en conocer al jefe de todos ellos. Se fue tras él y ya nunca volvió, por lo que veo.

Las notas en el cuaderno, a no ser que consignaran viajes que no llegaron a hacerse, indicaban una ruta más allá de la República Turca del Norte de Chipre. Y, en cualquier caso, su muerte en el faro gallego era la prueba final de que había salido de aquella región de la isla que tan mal fatuo daba a los griegos.

—Entonces —recapitulé— el jefe

de los maulanas vive en el norte de Chipre. ¿Es el hombre más sabio del mundo?

—Eso dicen los suyos. Por lo que su amigo me contó, el Sheikh Nazim encabeza el linaje de los derviches naqshbandi. —El anciano sonrió orgulloso de haber recordado aquella palabra—. En esta misma taberna, Marcel me dibujó en una servilleta una pirámide con ese hombre en lo más alto. Aseguró que de él dependen siete maestros, cada uno de los cuales tiene a su vez siete discípulos, y bajo éstos hay otros siete maestros por barba de un rango inferior.

Un rápido cálculo mental me llevó a la cifra de trescientos cuarenta y tres maestros con el gran maulana, el Sheikh Nazim, en la cima. Me pregunté si aquel santo musulmán era uno de los siete faros de su estudio.

—¿Sabe si se puede conocer a ese sabio?

—Ni idea —gruñó Haritos, visiblemente cansado de aquella conversación—. Sólo sé que tu amigo fue en su busca pese a mis recomendaciones. Aunque no he estado allí, en mi opinión ése es un mundo reservado a los musulmanes. No creo que les guste que un infiel meta ahí las

narices. Eso es lo que le dije.

Me quedé un rato cavilando antes de lanzar una última pregunta:

—¿Le contó Marcel por qué tenía tanto interés en conocer al Sheikh Nazim? ¿Cuál es la misión de esos derviches?

—Búscalos por internet. ¿No es eso lo que hace todo el mundo hoy día? Aunque curiosamente yo le hice la misma pregunta a tu amigo justo antes de partir. Y su respuesta fue curiosa: «Su misión es salvaguardar la sabiduría y vigilar que el mundo no se vaya a la mierda».

Rumi

Estaba claro que tenía que seguir los pasos de Marcel más allá de la línea verde, así que, sin comunicar mis intenciones al hotelero, intenté hacer arreglos para el viaje aquella misma mañana.

Siguiendo la tónica que ya había

detectado sólo poner pie en la isla, ningún taxista aceptó pasar «al otro lado», como si allí se abriera un abismo parecido al que los romanos habían imaginado en el *Finis Terrae*. En las tiendas de alquiler de coches también me pusieron problemas porque el seguro no cubría lo que pudiera suceder en la parte ocupada. Finalmente decidí hacer lo más sencillo: cruzar la frontera a pie y ver qué ocurría.

Para ello sólo tuve que caminar por la comercial calle Ledra hasta llegar a un quiosco con un paso fronterizo bajo una bandera turca. Allí un adormecido policía miró mi pasaporte y agitó la

mano para que pasara.

En la otra Nicosia me encontré caminando entre tenderetes de ropa de marca —probablemente falsificaciones—, a precios reventados. De vez en cuando, algún inglés quemado por el sol husmeaba entre las camisetas y los tejanos o se atrevía incluso a iniciar un regateo.

Aparte de eso, el ambiente era aburridamente plácido, con grupos de viejos charlando en pequeñas terrazas al lado de los puestos. «Como una pequeña ciudad turca cualquiera», me dije. De momento no detectaba el peligro contra el que me habían prevenido los griegos.

Elegí un bar en la esquina más bulliciosa para refugiarme del sol. Sabía por experiencia que el café turco puede dejar la boca llena de marro, así que me pedí un té mientras observaba la parroquia local.

Todo eran hombres vestidos a la antigua —muchos con chaleco y gorra— que tomaban el té, fumaban y jugaban al ajedrez o a las damas.

Antes de cruzar la frontera había entrado en un cibercafé para localizar la población del hombre más sabio del mundo, según la tradición sufi. El Sheikh Nazim tenía su sede en Lefke, un pueblo a setenta y cinco kilómetros de Nicosia

junto a las monumentales montañas de Troodos.

Mientras me preguntaba cuánto dinero costaría hacerme llevar hasta allí, un taxi se detuvo delante del café. El conductor gritó algo en turco al camarero. Por la rapidez con la que el mozo procedió, entendí que el chófer tenía poco tiempo antes de volver al volante.

Cuando vi entrar a aquel hombre pequeño con enorme mostacho, decidí que negociaré con él mi viaje.

Al oír el destino, primero hizo aspavientos con los brazos mientras me decía que aquello estaba muy lejos, las

carreteras eran malas y él tenía poco tiempo. Tras darle las gracias y volver a mi mesa, el taxista recapacitó al entender que podía buscar otro que no fuera él. Un atropellado baile de números terminó en la cifra de 50 euros para llevarme al lugar donde Marcel había buscado al hombre más sabio del mundo.

El sol iniciaba ya su lento declinar sobre los tejados rojos de Lefke, donde el tiempo parecía haberse detenido mucho antes de 1974. Después de atravesar varios campos de limoneros,

el viejo taxi se metió por las polvorientas calles de la pequeña ciudad.

—¿Va a dormir en el Dergah, sir? — preguntó el hombre del mostacho.

—¿Qué es el Dergah?

—El albergue para los peregrinos que vienen a ver al Maulana. Es preciso llevar el saco de dormir.

Por primera vez, me di cuenta de que había emprendido aquel viaje sin nada. En el macuto sólo llevaba el cuaderno de Alejandría y mi ordenador portátil.

—Pensaba ver ahora al Maulana y luego volver a Nicosia.

—Eso será imposible, sir —dijo

asombrado el taxista—. De hecho, considérese un hombre afortunado si le recibe unos minutos mañana bien temprano. ¿Quiere que le lleve a un hostel?

No había llegado hasta allí para dar vuelta atrás sin explorar aquella pista, así que acepté la propuesta.

El taxista me condujo hasta un establecimiento donde sin duda tendría comisión. Un hombre escuálido con gorra me saludó levantando sus ojos acusadamente azules. Luego me abrió la puerta de una casa donde se alquilaban habitaciones.

No fue necesario regatear. Pactamos

20 euros por un cuarto con el baño fuera y fui a despedirme del conductor, que me dijo en voz baja:

—Levántese con el sol y vaya a casa del Sheikh. Si Dios ha decidido que vea al Maulana, éste le abrirá las puertas sin dudar.

Una vez en la habitación, me sentí agotado por el calor y el trajín. Aunque no llevaba ropa para cambiarme, me refresqué en el baño y me senté en la cama de muelles con el portátil en mi regazo.

Mientras lo conectaba a una señal de internet que no estaba protegida, supuse que Marcel Bellaiche había actuado de

una forma parecidamente solitaria. La única diferencia era que él debía de saber qué buscaba en el Maulana, mientras que la sabiduría que yo reclamaba de él tenía que ver con algo tan terrenal como una muerte inexplicada.

En todo caso, apelé a la buena voluntad del derviche para arrojar algo de luz sobre aquella odisea que no había hecho más que empezar.

Volví a entrar en la página web de la luz de Alejandría y escribí en los diferentes faros el nombre del maestro sufí, pero nada sucedió. Asumiendo que el estudio de Bellaiche se centraba en

iluminados más antiguos, volví a interesarme por Hermes Trimegisto.

Tras releer las leyes del *Kybalion*, que como Sarah había apuntado parecían asombrosamente modernas, busqué en la red documentación sobre los derviches naqshbandi. Había anotado aquel nombre mencionado por el viejo Haritos.

Por lo visto, era el único linaje sufi que hunde sus raíces en el entorno del profeta, ya que su jefe espiritual desciende de Abu Bakr, compañero de Mahoma y primer califa. Explorando los inicios del sufismo fui a parar a Rumi, el poeta y místico más conocido de aquella

corriente del islam. Sus versos resonaron profundamente en mi interior mientras sentía cómo los ojos se me cerraban.

*Cada cual ha sido creado para hacer algo en particular
y esa misión late dentro de cada corazón.*

Hay algo que despliega nuestras alas.

Algo que hace desaparecer el aburrimiento y el dolor.

Alguien llena la copa delante nuestro, aunque no lo veamos.

El sabor es lo sagrado.

No te lamentes.

*Aquello que crees haber perdido
volverá a ti de otra forma.*

El hombre más sabio del mundo

Dormí como una roca doce horas seguidas, algo que no hacía desde el bachillerato. El repetido canto de un gallo me hablaba de un paraíso alejado del trasiego mundano.

Tras asearme lo mejor que pude,

teniendo en cuenta que había dejado Nicosia con lo puesto, salí a las calles de Lefke con una inesperada paz de espíritu. Quizás fuera la lejanía de la civilización lo que me hacía sentir a salvo de los peligros pasados, e incluso de mí mismo.

Una sensación nueva de lentitud y desapego se había apoderado de mí.

Me detuve en una panadería regentada por una anciana con la cabeza cubierta por un pañuelo morado. Señalé un panecillo dorado que tenía un aspecto muy apetitoso. La mujer lo envolvió en un pedazo de papel y me lo entregó con una sonrisa casi imperceptible.

Después de cobrarme 20 céntimos de euro, me preguntó en un inglés muy correcto:

—¿Vas a ver al Maulana?

—Lo intentaré. ¿Cómo lo sabe?

—Todos vienen a verle. Es un hombre santo que tiene las palabras que necesita cada uno. Dale esto de mi parte, hijo. Al Sheikh Nazim le gustan los regalos humildes si están aderezados con mucho corazón.

Dicho esto, envolvió un fino rosco con semillas de sésamo.

—Si me recibe, espero entender sus palabras, puesto que no sé turco —confesé—. ¿Cómo es que usted habla

inglés?

—Nací aquí. Soy turcochipriota de pura cepa, y este país fue una colonia inglesa hasta 1960. Todos los de mi generación aprendieron el idioma. El Maulana también lo habla. —La anciana me miró como a un niño pequeño antes de añadir—: Debes besarle la mano en cuanto te lleven ante su presencia. Y al despedirte agárrate a su bastón. Con ello te llevarás su *baraka*, la bendición, allí donde vayas.

El hogar del Sheikh Nazim era una idílica casa llena de flores donde se

respiraba serenidad y desapego de las
cuitas mundanas.

Entre los fieles que hacían guardia
en el jardín, esperando ser recibidos por
el santo sufí, destacaba un joven vestido
con una chilaba blanca que entendí que
era su secretario. Su tez era oscura, lo
que me llevó a pensar que podía ser
egipcio.

Su mirada de carbón se posó en mí
inmediatamente, dado que el resto de
peregrinos vestían a la manera
tradicional y parecían turcos.
Comprendí que aquella mañana yo era el
único extranjero. Eso podía facilitar mi
acceso a la máxima autoridad de aquel

linaje de maestros, me dije.

El joven de la chilaba blanca hizo un ademán brusco con la mano para que me acercara. Antes de hablarme, me alargó un gorrito de punto blanco para que me cubriera la cabeza.

—¿Por qué vienes a molestar al maestro? —me interpeló en un inglés básico—. Ni siquiera eres musulmán.

—Necesito su consejo —me limité a decir—. Estoy dispuesto a esperar el tiempo que haga falta para que me reciba. No tengo prisa.

Aquella actitud pareció gustar al guardián, ya que se metió en el interior de la casa para salir pocos minutos

después. Ignorando la multitud que le rodeaba y le hacía consultas en turco, me indicó que podía entrar tras él.

Le seguí obedientemente hasta una sencilla sala de espera donde había una silla y un estante con ejemplares del Corán en varios idiomas. Tomé uno en inglés y lo abrí por una de las primeras páginas. Al traducir mentalmente aquellos versículos sentí que me embargaba una misteriosa calma.

Allah es la Luz del cielo y de la tierra.

Su luz es como una hornacina en la que hay una lámpara encendida.

*Esta lámpara está en un recipiente
de vidrio*

que es como una estrella, radiante.

*Se enciende de un árbol bendito,
un olivo que no es de Oriente ni de
Occidente,*

*y cuyo aceite casi brillaría por sí
mismo,*

aunque no lo tocara el fuego.

Luz sobre luz.

*Allah guía hacia su luz a quien él
quiere.*

*Y Allah expone alegorías a los
hombres porque*

*Allah es el Conocedor de todas las
cosas.*

En aquel momento, el secretario me

susurró al oído que podía seguirle. El encuentro se produciría de forma inminente.

Devolví el libro sagrado a su estantería y caminé tras él, mientras me sentía usurpador de un lugar reservado a los devotos de su religión. Me acompañó hasta un pequeño salón con vistas al jardín. Allí había un hombre con un turbante verde, el cual parecía muy atento a unas sencillas flores que se descolgaban por un muro.

Al girarse hacia mí supe que su edad era muy avanzada, aunque sus ojos claros tenían la viveza de un niño.

Impresionado por aquel hombre de

barbas bíblicas, le besé la mano tal como me había recomendado la panadera. Luego aguardé cohibido. Según el sufismo me encontraba ante el hombre más sabio del mundo, ante la punta de la pirámide del conocimiento. Y desconocía qué protocolo había que seguir.

El Maulana disipó mis dudas hablando con naturalidad:

—Vienes de lejos.

—Del otro extremo del Mediterráneo, maestro —no sabía si aquel tratamiento era adecuado.

—No me refiero a eso. —Sonrió mientras sus ojos casi transparentes se

iluminaban—. Vienes de más lejos. Andas perdido. Mira esa flor que crece en el muro... ¿puedes verla?

Conmovido por la sencillez de sus palabras, me asomé a la ventana hasta distinguir una minúscula flor blanca que crecía al margen de sus compañeras, que se arracimaban a varios metros de allí.

El Maulana habló a mi espalda con voz clara:

—El Gran Sheikh me contó una vez sobre una flor de la India que sólo crece en los lugares más inaccesibles y que, además, suele estar rodeada de serpientes. Esa flor desprende una fragancia tan deliciosa que quien tome

unas gotas de su esencia será amado para siempre por todos. Yo le dije al Gran Sheikh que fuéramos entonces en busca de esa flor, aunque estuviera en un país tan lejano como la India. ¿Y sabes qué contestó mi maestro?

Negué con la cabeza mientras del perfumado jardín me llegaba el canto de un ave que no había escuchado jamás. El Maulana siguió:

—Dijo que no había necesidad alguna de ir allí. Si buscaba a Allah después de medianoche, él me concedería un atractivo setenta veces más poderoso que el de esa flor. Para que el milagro tuviera lugar bastaba con

levantarme de noche, mientras todos duermen, y ni siquiera tenía que rezar.

—Entonces a Dios, Allah —repuse—, le gusta que se dirijan a él de madrugada.

—Todas las horas son buenas, pero el último tercio de la noche es cuando podrás sentirle más cerca. Aunque te encuentres en medio de terribles acontecimientos, si llamas a Dios y permaneces a su lado, aunque sólo sean cinco minutos, gozarás de su amistad y estarás protegido durante toda la jornada.

La llegada del guardián me indicó que la cita había terminado. Me agarré

al bastón del Maulana, para obtener su bendición, sin haberme atrevido a preguntarle lo que me había llevado hasta allí. Sin embargo, aún quedaba una oportunidad.

Tras entregar mi humilde obsequio al joven de la chilaba, le pregunté:

—¿Llevas mucho tiempo aquí?

El secretario me interrogó con la mirada mientras me conducía fuera de la casa. No entendía aquella pregunta o le parecía fuera de lugar, así que me apresuré a concretar:

—Un amigo de mi país vino a ver al Maulana hace sólo unos meses. Estoy siguiendo su rastro y me gustaría saber

si le recuerdas.

Antes de que pudiera echarme, le mostré en mi móvil el rostro del historiador.

Los ojos del joven se encendieron con sorpresa.

—Estuvo aquí, lo recuerdo. Dejó muchos regalos para el Sheikh Nazim y la comunidad.

—Mi amigo es un hombre generoso —añadí.

—También olvidó un sobre. Lo dejó sobre la silla, en la sala de espera, y no se acordó de recogerlo. Pero yo lo he guardado en un cajón.

Mientras el secretario volvía a la

casa, me dije que los regalos de Marcel debían de haber sido muy apreciados para que ahora me tratara con aquella cortesía.

—Buen viaje de regreso —dijo tras entregarme un sobre marrón.

Con aquello daba a entender también que había sido mi primera y última entrevista con el Maulana.

Sorprendido por haber recuperado en aquel rincón de mundo algo que había pertenecido al difunto, abrí el sobre allí mismo. Contenía cinco páginas grapadas y mecanografiadas por el mismo Marcel.

¿Qué sucedió con la biblioteca de Alejandría?

La biblioteca. Dícese de una institución cuya finalidad consiste en la adquisición, conservación, estudio y exposición de libros y documentos. Ese

lugar silencioso, repleto de sabiduría con ese olor tan característico. Sin embargo, en Alejandría, la antigua capital del Mediterráneo, el concepto de biblioteca iba más allá de lo que conocemos hoy en día.

El sueño de Alejandro Magno, fundador de la ciudad, era almacenar todo el mundo griego en Egipto, un propósito que el rey Ptolomeo I asumió en su ascenso al poder con la intención de acumular todo el conocimiento y la sabiduría en un solo lugar. Bajo esta premisa construyó el Museo, un lugar para cultivar la investigación en las diferentes ramas de la ciencia. Como es

lógico, los estudiosos que pasaron sus días viviendo y estudiando en el Museo precisaban de una biblioteca para consultar lo escrito hasta la fecha. Fue entonces, a principios del siglo III a.C., cuando se construyó la biblioteca más grande del mundo. Tal fue la importancia que adquirió con el paso de los años que Ptolomeo III tuvo que construir un anexo, la llamada biblioteca-hija del Serapeo.

«Uno de los campos de competición del momento era la cultura, y Ptolomeo quería que su ciudad fuese no sólo la capital de un poderoso país, sino un centro de ilustración, conocimiento y

aprendizaje», apunta el profesor emérito de civilización clásica de la Universidad de Alejandría Mostafa el-Abbadi.

Además de las grandes cantidades de dinero que se destinaron para hacerse con ejemplares de diferentes culturas, no había barco que llegara al puerto de Alejandría que no fuera inspeccionado en busca de nuevos textos. Cuando encontraban uno lo confiscaban, lo llevaban a la biblioteca y allí se copiaba, antes de devolver el original o bien la copia recién realizada. De esta forma, la Gran Biblioteca llegó a disponer de todos los libros que existían

en el mundo antiguo, según se dice. Pero una enorme tragedia estaba a punto de comenzar.

Muchos han sido los intentos de explicar qué sucedió realmente con ese templo de la cultura y el saber antiguo. Sin embargo, es un tema cargado de misterio, contradicciones e incongruencias que hacen más difícil todavía definir cuál de las versiones es la verídica.

Más de mil seiscientos años después siguen sin resolverse diferentes cuestiones respecto a la Gran Biblioteca, como, por ejemplo, cuál era su enclave exacto y la fecha de su

construcción, el número de ejemplares que contenía, las salas que albergaba...

Gracias a los escritos que se han recuperado y recopilado a lo largo de los años, podemos saber que en ese templo de la sabiduría había diez grandes salas, un observatorio astronómico, salas de disecciones, jardines botánicos e incluso un zoológico. Grandes mentes de la humanidad como Euclides resolvieron allí numerosos enigmas, llevando a cabo enormes descubrimientos en trigonometría o gramática.

Y lo cierto es que los Ptolomeos apostaron fuerte por la investigación

para obtener nuevos conocimientos. Les interesaba, por ejemplo, saber el tamaño de la Tierra o la vida y la muerte de las estrellas. Toda una serie de descubrimientos que no se transmitieron en su momento a causa de la destrucción de la biblioteca más importante del mundo.

¿Cómo hubiera evolucionado el mundo si se hubieran conocido esos avances en su día? Según el divulgador científico Carl Sagan, de los ciento veintitrés dramas escritos por Sófocles sólo sobrevivieron siete. «En Alejandría estaban las semillas del mundo moderno», apuntó. Según el mismo

científico y divulgador, se perdieron tres cuartas partes del material depositado entre la Gran Biblioteca y la biblioteca-hija; de no haber sido así, Sagan aseguró que hoy día tendríamos colonias en Marte y estaríamos explorando otros planetas.

Los eruditos que acumulaban saber en la Gran Biblioteca comían juntos para seguir discutiendo sus teorías entre ellos. Durante el Imperio romano, se introdujeron una serie de mejoras como, por ejemplo, sistemas de calefacción para mantener secos los libros ubicados en el subterráneo, llegando a acumular cerca de un millón de ejemplares entre

la Gran Biblioteca y el anexo.

Sin embargo, el ser humano no tiene límites, al igual que la estupidez.

La primera gran destrucción de la biblioteca de Alejandría se atribuye al año 47 o 48 a. C., cuando Julio César participó en la guerra civil de la capital del Mediterráneo a favor de Cleopatra VII para que ocupara el trono de Egipto en contraposición a su hermano, Ptolomeo XIII. Puesto que Julio César no podía luchar contra la preparada flota de Ptolomeo, prendió fuego a los barcos enemigos apostados en el mar y en el puerto.

Aparecen aquí las primeras

contradicciones. Mientras algunos autores aseguran que la Gran Biblioteca apenas sufrió daños tras el incendio provocado, otros tantos afirman que las llamas se propagaron hasta los depósitos de libros de la Gran Biblioteca, ubicada cerca del puerto.

Una muestra más de la existencia de la biblioteca son los testimonios de Paolo Orosio, quien en el siglo V redactó lo siguiente: «Al invadir las llamas parte de la ciudad, consumieron cuarenta mil libros depositados por casualidad en los edificios (...) Hay templos hoy día que nosotros hemos visto, cuyos estantes para libros han

sido vaciados por nuestros hombres. Y ésta es una cuestión que no admite ninguna duda», así como el de Dión Casio, quien aseguró que los almacenes quemados del puerto contenían rollos.

Por su parte, Julio César apuntó que la ciudad apenas se vio afectada por el fuego, mientras que Tito Livio resumió que cerca de cuarenta mil libros fueron quemados en los depósitos del puerto, pendientes de catalogación, y Plutarco escribió que el incendio provocó la quema de toda la biblioteca de Alejandría de manera accidental.

¿Qué sucedió en realidad?

Tito Livio añadió que la biblioteca

de Alejandría era uno de los lugares más bellos que había visto, con salas repletas de estanterías cargadas de libros y otras habitaciones en las que, para no ser molestados, sólo estaban los copistas, que cobraban por cada línea copiada. El geógrafo Estrabón, que supuestamente visitó la ciudad a finales del siglo I a.C., describió el Museo como una obra circular al descubierto, con asientos adheridos a la parte interior de la curva, así como una gran sala en la que comían los sabios y una gran biblioteca.

Muchas informaciones apuntan a que, tras la muerte de Julio César y el

ascenso de Augusto, Cleopatra recibió doscientos mil ejemplares procedentes de la biblioteca de Pérgamo que se incluyeron en la de Alejandría, lo que significa que la biblioteca todavía debía de existir. Pero a lo largo de los siglos III y IV d.C. una serie de guerras, rebeliones, revueltas, saqueos y terremotos acabaron definitivamente con la Gran Biblioteca y el anexo.

Los más escépticos se empeñan en defender que el paraíso del conocimiento que estamos intentando describir era un mito, jamás existió, puesto que no se han encontrado ruinas del Museo donde se situaba el templo

del saber más antiguo del mundo, capaz de albergar a catorce mil estudiantes.

Aun así, en el siglo XIX se hallaron miles de papiros —alguno incluso hablaba de la biblioteca— en la zona de Alejandría, y el equipo de Franck Goddio del Instituto Europeo de Arqueología Submarina halló restos de objetos y pedazos de columnas en el fondo del puerto que demuestran que parte de la ciudad, aproximadamente un veinte por ciento del total, se hundió en el agua como consecuencia de las invasiones y los terremotos, incluyendo el lugar donde se supone que estaba situada la biblioteca.

Como última prueba, una inscripción dedicada a Tiberio Claudio Balbilo descubierta a principios del siglo XX confirma la existencia de tal institución. Dice así: «Supra Museum et ab Alexandrina bibliotheca», puesto que Balbilo fue director del Museo y de la biblioteca.

Otras versiones apuntan a que los fanatismos religiosos fueron los causantes de la desaparición de la biblioteca-hija del Serapeo. Fue en el siglo IV cuando una horda de cristianos mandados por el obispo de Alejandría, Teófilo, destruyó casi por accidente los volúmenes allí guardados tras atacar el

Serapeo, el templo pagano, lo cual tuvo como consecuencia la desaparición de la biblioteca anexa tal y como explicó Orosio: «Los estantes para libros habían sido vaciados».

Tampoco parece descartable la hipótesis de que fueron los árabes los que saquearon los ejemplares que habían sobrevivido hasta el momento. El cronista árabe Ibn al-Kifti relató que Omar I mandó destruir los libros guardados ya que «si contenían la misma doctrina del Corán, no servían para nada porque se repetían, y si no, no tenía caso conservarlos». El historiador William MacDonald asegura que «la destrucción

real llegó cuando el gran ejército musulmán saqueó la ciudad».

Por si fuera poco, otros estudiosos argumentan que la expoliación del templo de sabiduría anexo, que todavía acumulaba cuarenta mil rollos, llegó tras la muerte de Hypatia, la primera filósofa de la historia, en el año 415. Al parecer, esta maestra griega, que nunca quiso bautizarse, fue tomada, golpeada y arrastrada por toda la ciudad hasta el crematorio donde fue quemada por un grupo de cristianos que luchaban contra lo pagano.

Desapareciera de una forma u otra, se cree que las obras completas de

Aristóteles se conservaban en la Gran Biblioteca, así como veinte versiones distintas de la *Odisea*. Por no hablar de los libros atribuidos a Hermes Trimegisto, que lamentablemente se perdieron.

Quizás la teoría más sencilla sea la acertada: puede que la institución muriera lentamente como consecuencia de la falta de financiación, la revolución cristiana, la invasión musulmana o el clima húmedo de la costa de Alejandría, de la misma forma que si algún manuscrito sobrevivió a todas estas causas, simplemente se desintegró. «Los libros se pudren», apunta Roger Bagnall,

historiador de la Universidad de Columbia.

Sea como fuere, todavía quedan muchos interrogantes por resolver y cientos de incógnitas en el aire sobre cómo se produjo esa pérdida incalculable de sabiduría que nos pertenece a todos y que no hemos sabido encontrar.

¿Seguirán esos tesoros en forma de rollo de papel escondidos en algún lugar de Alejandría? ¿Existe alguna especie de complot que impide que los seres humanos nos enriquezcamos con esos hallazgos? ¿Estarán las ruinas de la Gran Biblioteca en el fondo del mar? ¿O

simplemente... nunca existió?

Los fantasmas de Famagusta

Antes de que el sol alcanzara el ecuador del día me hice llevar por un taxi ilegal de vuelta a Nicosia. Esta vez el conductor era un joven del pueblo, mucho más dicharachero que el chófer del mostacho que me había conducido

hasta Lefke.

Calculé que tendría poco más de veinte años. Aunque era más bien enjuto, sus brazos musculosos denotaban que estaba acostumbrado al trabajo físico. Enseguida demostraría que la lengua tampoco era un músculo que tuviera desentrenado.

—¿Adónde te llevo, amigo? —dijo en correcto inglés—. Me conozco las mejores playas del norte de Chipre.

—Gracias, pero quiero volver a la capital cuanto antes. He dejado toda mi ropa allí y necesito cambiarme.

—Como quieras, amigo. Pero podemos hacer una parada en

Famagusta, la ciudad fantasma. A los extranjeros les gusta visitarla, aunque tampoco está permitido pasearse por ahí. Pero tú tranquilo, sé desde dónde podemos ver el paseo marítimo y todo eso.

—Pero... ¿de qué me estás hablando? —dije ante la charlatanería de aquel liante—. ¿Una ciudad fantasma?

—Eso mismo, amigo. Famagusta. Antes de la guerra era una ciudad de cuarenta y cinco mil habitantes, además de los miles de turistas que llenaban los hoteles a pie de playa. Ahora la ONU prohíbe que nadie viva allí. ¡Están

locos! Por eso se ha convertido en una ciudad fantasma. Desde 1974 los edificios, las tiendas, las calles... todo está desierto. Es como si hubiera caído una bomba de neutrones. Todo sigue igual que entonces, pero no hay nadie.

De repente me interesó conocer la visión del otro lado de aquel conflicto, que tenía muchas más aristas de las que había imaginado. Abrí del todo la ventanilla —aquel coche no tenía aire acondicionado—, antes de preguntar al joven taxista:

—¿Y adónde se fueron?

—Al otro lado de la línea verde, por supuesto. La mayoría eran griegos. Ellos

expulsaron a los turcos del sur, aunque eso no lo dicen nunca, y nosotros hicimos lo mismo con ellos. Cada cual en su casa.

—¿Y dices que la ONU obliga a que la ciudad esté vacía?

—Sí, una resolución de la época dice que en Famagusta no puede haber nadie a excepción de los habitantes originales de la ciudad. Por lo tanto, hace casi cuarenta años que no hay nadie. Todo está vacío como un museo. Habiendo tanta gente que no tiene un techo digno... ¡es estúpido!

No me atreví a opinar sobre aquello. El chófer respetó mi silencio apenas un

par de minutos. Luego me miró de reojo y me preguntó con voz alegre:

—¿Te ha gustado Lefke?

—La verdad es que no he visto mucho —dije sorprendido de que sacara ahora el tema—. Sólo quería conocer al Sheikh Nazim.

—Un hombre santo.

—Eso he oído decir.

—El sufismo es una casa hospitalaria donde todos están invitados —dijo repentinamente serio—. Deberías quedarte un poco más por aquí. Conozco un café, en una aldea cercana a Famagusta, donde hay un viejo que sabe contar más de trescientas historias de

Nasrudín. Sólo habla turco, pero yo puedo hacer de intérprete. Barato, amigo.

Me pareció entrañable la insistencia de aquel chaval, así que traté de no parecer tajante.

—Tal vez en otra ocasión. ¿Quién es Nasrudín?

—¿No lo conoces? —preguntó asombrado—. Es un personaje que aparece en muchos relatos tradicionales de nuestra cultura. Lo llaman «el sabio tonto» porque parece simplón, pero siempre acaba dando una lección a quien se acerca a él. ¿De verdad que no has oído hablar de Nasrudín?

Negué con la cabeza mientras reconocía ya la silueta de la gran mezquita de Nicosia, dos imponentes minaretes contruidos sobre algo parecido a una catedral.

—Una de estas historias cuenta que Nasrudín acompañaba una procesión fúnebre y varias personas temerosas de Dios se acercaron a preguntarle: «En estos casos, ¿dónde es más conveniente ir: al frente, en la parte trasera o al lado?».

»Nasrudín se los quedó mirando y les respondió: “¡No importa dónde, mientras no vayas dentro del ataúd!”.

El joven taxista estalló a reír

mientras conducía el vehículo por una de las calles que llevaban al centro. Desde allí, me bastarían veinte minutos a pie para volver a mi hotel, al otro lado de la línea verde. Tan cerca y tan lejos.

—¿En qué piensas, amigo? ¿Vamos a Famagusta? No se tarda tanto.

—Otra vez será. Ahora quiero ir a mi hotel.

—Okey, entonces págame.

Saqué de mi cartera dos billetes de 20 euros, el precio que había pactado con él para el viaje. Cuando el dinero estuvo en su mano, abrió los ojos con sorpresa.

—Cuarenta por haberte traído hasta

aquí, pero ahora tienes que pagarme el viaje de vuelta, amigo. Son otros cuarenta.

—No hemos hablado en ningún momento de pagar la vuelta —dije muy firme.

Lamentablemente para mí, aquel jovenzuelo había aprendido mucha retórica, lingüística y mental, de los cuentos de Nasrudín. No sería fácil doblegarle.

—Que no hayamos hablado de la vuelta no significa que no tenga que volver, amigo. Eso se sobreentiende. A no ser que me quieras pagar un hotel aquí en Nicosia para que me quede de

vacaciones. Soy de Lefke, ¿lo has olvidado? Y la gasolina cuesta una pasta. ¿Quién me paga la vuelta?

En aquel momento mi teléfono móvil vibró dos veces en mi bolsillo. Consciente de que en aquella discusión tenía todas las de perder, levanté la mano para que me dejara un momento en paz y miré la pantalla.

Sarah Brunet había escrito. Pese al calor y al sablazo que estaba a punto de pagar, me dije que no podía recibir una noticia mejor:

Ya estoy en Nicosia. Voy a relajarme un rato en los baños turcos. ¿Me quieres acompañar? Las parejas pueden

entrar juntas.

Antes de hacer al taxista una contraoferta de 20 euros por la vuelta, algo que sabía que no iba a aceptar, respondí rápidamente:

¿Baños turcos? ¿En qué parte de Nicosia estás?

La respuesta no tardó ni cinco segundos en llegar:

Está claro, ¿no? Si estuviera en la parte ocupada, simplemente lo llamarían «baños».

La ley de la atracción

Sólo cruzar la línea verde, había recordado que los «baños turcos» se encontraban justo al lado del Herodos, la taberna frecuentada por el propietario de mi hotel.

Mientras me preguntaba dónde se habría alojado la bella francesa, me dije

que el lugar de la cita no podía ser más adecuado. Después de un día y medio en el polvoriento norte de la isla, si algo necesitaba urgentemente era un baño.

El Hamam Omerye resultó datar del siglo XIV, según constaba en una placa en la entrada de los baños. Al parecer, originalmente había sido una iglesia de los agustinos hasta que, en 1571, fue convertido en mezquita al creerse que el profeta Omar había elegido ese lugar para descansar en su visita a Nicosia.

En el siglo XXI, tras una impecable restauración, había pasado a ser un spa de lujo donde podían acudir hombres y mujeres por separado o en parejas, tal

como había dicho Sarah por SMS.

Una elegante recepcionista me dijo que mi entrada ya estaba pagada y que mi compañera me esperaba en un reservado, en el salón previo a los baños. Acto seguido, me sirvió una humeante taza de té verde y me condujo hasta un entarimado elevado con una gruesa cortina.

Había media docena de reservados como aquél, todos ellos con las cortinas echadas. Supuse que estaban llenos de parejas que, mientras tomaban una infusión, se preparaban para la sauna, aunque seguro que ninguna era tan insólita como la nuestra.

Después de haber hecho el amor una sola vez y de un par de besos de propina, no había vuelto a saber de Sarah Brunet. Hacía ya más de un año. No había contestado a mis llamadas ni a los correos electrónicos. Sin embargo, ahora me esperaba en aquel lujoso spa robado a los turcos.

Un delgado brazo enfundado en un albornoz asomó entre las cortinas y me ayudó a subir. Tuve que esforzarme para que el té ardiendo no acabara en el suelo. Luego la francesa volvió a cerrar el pequeño espacio.

Asombrado de encontrarme allí con ella, fui incapaz de saludarla ni siquiera

con dos besos en las mejillas. Me limité a mirarla anonadado, mientras esperaba a que dijera algo.

Sarah se había dejado crecer el pelo, ésa era la única diferencia. Sus ojos de un azul imposible seguían brillando en la piel blanca como dos lagunas profundas en medio de la nieve. Mi mirada se trasladó a sus largas piernas, que había doblado en tijera para acomodarse en aquel pequeño nido.

No tuve inconveniente en sacarme la ropa sudada delante de ella para enfundarme mi propio albornoz. Sarah me contemplaba con una sonrisa apenas esbozada que podía significar cualquier

cosa. Tal vez yo aún le gustara un poco, o bien se estaba riendo de mí, aunque también podían ser ambas cosas a la vez.

Una vez cubierto como ella, decidí romper el hielo.

—Se me hace extraño encontrarte en un *hamam* después de tanto tiempo sin saber de ti.

—Tal vez no había nada que saber —dijo sosteniendo con delicadeza la taza de té—. Hay meses y años que son como si no hubieran existido.

—Dímelo a mí. Al final casi tendré que dar las gracias a Marcel Bellaiche por dejarse matar junto al faro.

—No seas cínico —repuso mientras me daba una suave patada con el pie desnudo—. Le debes un respeto, aunque sólo sea porque has llegado hasta aquí con su dinero.

—Eso es cierto. Pero ahora voy a bajar a los baños turcos. ¿Sabes si hay que entrar desnudo?

Para mi decepción, el funcionamiento del *hamam* resultó ser distinto del de una sauna. Tras pasar por duchas separadas, cada miembro de la pareja tenía que envolverse en una toalla grande para acceder a la joya de la

corona: la piedra caliente.

Se trataba de una elevación marmórea de forma octogonal en el centro de una sauna de vapor. En aquel momento no había nadie, así que aproveché para tenderme boca abajo mientras Sarah hacía lo mismo a mi lado.

La relajante sensación de fundirme sobre aquella piedra empezó a hacerse insoportable —al menos para mí— al cabo de un par de minutos. Mientras la francesa parecía adormecida en aquel infierno húmedo, tuve que levantarme a buscar agua fresca para remojar me.

Tras tumbarme otra vez boca arriba,

pensé que no me apetecía hablar todavía de Marcel y de aquellos malditos faros. Me limité a preguntarle:

—¿Desde cuándo lees a Rhonda Byrne?

—No la he leído nunca —dijo dándose la vuelta con suavidad.

—Pero en tu mensaje me dijiste que Hermes Trimegisto ya explicaba la ley de la atracción miles de años antes.

—Y es así. No he leído *El Secreto*, pero sé lo que la gente ha extraído de allí. Y me da pena constatar que crean en un mensaje tan simplificado y banal. Han reducido las siete leyes del universo de Hermes, que explican el

poder de la mente, a una sola: la ley de la atracción. Ese libro ha extendido la creencia de que todo lo que nos sucede lo atraemos a través de lo que pensamos, ya que cada persona es un gran imán.

—Dicho de otro modo, todo es mental —empecé a formular—. Lo que proyectamos en la mente es lo que nos acaba sucediendo. Por lo tanto, si me convengo de que me va a tocar la lotería, el número que he comprado tendrá que salir por narices.

—Ojalá fuera así —sonrió Sarah—, pero es imposible que la ley de la atracción funcione en este tipo de cosas.

—Pues son estas cosas las que la gente quiere atraer. ¿Por qué dices que es imposible?

—Porque implica deseos que se anulan entre sí. Si tú compras un número de lotería y te conjuras para que te toque el gordo y yo hago lo mismo con un número distinto, ¿a quién sonreirá la suerte?

—A nadie —dije llegando al límite del calor que podía soportar.

—Ajá. Lo mismo sucede en los campos de fútbol del sur de Europa. Si te fijas, en muchos partidos, jugadores de ambos equipos se santiguan al entrar en el campo. ¿A quién ayudará Dios? Si

asiste a unos para la victoria, está provocando la derrota de otros que se han encomendado a él con el mismo derecho.

—No ayudará a nadie.

—Eso es. Dios pasa de los partidos de fútbol y de los décimos de lotería.

«Y de tantas otras cosas», estuve a punto de decir, en cambio me levanté a remojar me de nuevo con agua fresca. Aquella sauna empezaba a resultarme insoportable.

Para mi sorpresa, al regresar a la piedra caliente, Sarah ya no estaba allí. Imaginé que se había ido directa a la ducha para luego volver al reservado e

hidratarse con otra taza de té.

Pasé bajo el chorro de agua fría antes de salir del *hamam* con una mezcla de calma y contenida excitación.

Efectivamente, Sarah estaba en el reservado y tomaba su té ya vestida con el albornoz. Tras correr las cortinas para que nadie nos viera, mis ojos volvieron a posarse en aquellas piernas que hubiera deseado acariciar, así como en su cuello blanco y tentador. Tal vez porque el calor había alterado mis sentidos, me atreví a decir:

—La ley de la atracción no funciona en la lotería ni en los campos de fútbol, pero ¿qué sucedería si ahora deseara

con todas mis fuerzas que entre nosotros vuelva a suceder lo que vivimos en Nuevo México?

Sarah me lanzó una mirada enigmática antes de responder:

—Pues tal vez te salieras con la tuya si no fuera porque en dos horas sale nuestro vuelo hacia Beirut. No hay tiempo para otra cosa que no sea vestirnos y salir pitando.

El libro de las mutaciones

Una hora más tarde nos encontrábamos ya en un taxi hacia el aeropuerto de Larnaca. Sólo había pasado dos noches en la isla de Afrodita, pero tenía la sensación de llevar una eternidad allí. No me dolía en prendas abandonarla.

—¿No será peligroso Beirut? —dije a mi compañera de viaje, que hablaba un castellano perfecto.

—Depende. Si te encuentras en el lugar equivocado en el momento equivocado, puede ser mortal. Pero ya sabes lo que dicen en las guerras: a no ser que haya una bala que lleve tu nombre, estarás a salvo.

Además de nuestra seguridad, me preocupaban las pocas notas que había sobre la capital de Líbano en el cuaderno de Marcel. Sólo había una dirección en la Corniche.

—¿Qué buscamos allí? En Chipre vive el hombre más sabio del mundo,

pero no sé qué clase de iluminación buscaba Marcel en Beirut. Nunca he estado allí, pero de entrada no parece un remanso de paz espiritual.

—Eso seguro que no —repuso Sarah—. Entre los barrios controlados por Hezbollah y las noches locas en la zona cristiana no creo que fuera un lugar para él. Pero, gracias a un contacto en la Sorbonne, he descubierto que Marcel encontró en esa ciudad más de lo que esperaba.

—¿Qué quieres decir?

—Por extraño que parezca, en la Corniche fue alojado por un chino especialista en el *I Ching* que imparte

clases en la Universidad Americana de Beirut. Se llama Liwei. Tenemos que lograr que nos cuente qué diablos hacía Marcel en Líbano.

Me quedé un rato pensativo mientras el taxi avanzaba mansamente hacia Larnaca. De repente me invadió un golpe de sinceridad y confesé a Sarah:

—Yo me he metido en esto casi exclusivamente por dinero. Las cosas en la radio van de capa caída y lo cierto es que no tengo donde caerme muerto.

Sarah se alisó la falda hasta casi cubrir sus rodillas perfectamente formadas. Rehuí la atracción que ella ejercía sobre mí dirigiendo toda mi

atención sobre la mezquita de los flamencos, que tampoco esta vez eran visibles desde la carretera.

—Eso es lo que tú crees —dijo Sarah—, pero el dinero es en realidad una excusa. Tú estás en esto por otro motivo.

—No será por lealtad a Marcel, ya que apenas tuve contacto con él cuando éramos jóvenes. Tal vez te lo ha contado Simón.

—Hemos hablado de otras cosas —repuso enigmática—. Pero no te escaquees, tú buscas algo más que dinero en esta investigación.

—Tal vez te busque a ti —dije

dejando caer mi mano sobre su rodilla —. Lo cierto es que cuando puse como condición que tú estuvieras en esto no esperaba que fueras a aceptar.

Para mi sorpresa, Sarah no hizo ningún gesto de apartar mi mano de su rodilla. Sus ojos azules parecieron escanear la luz abrasadora de la tarde, antes de decir:

—El dinero y el sexo son sólo válvulas de escape para la verdadera búsqueda.

—¿Qué quieres decir? ¿Y qué te hace pensar que sólo quiero sexo contigo?

—No me conoces —dijo Sarah—.

Hicimos el amor en una ciudad extraña de Nuevo México, y estuvo bien, pero no sabes casi nada de mí. En el fondo buscas la luz, como yo, por eso te has metido en esto.

—¿La luz? ¿Qué luz? —repliqué molesto—. Lamento que te hayas vuelto mística. Te pegaba mucho más el rol de *femme fatale*.

La francesa apretó los labios, sin soltar palabra, mientras el taxi estacionaba frente al aeropuerto de Larnaca. Antes de bajar del coche, para reconciliarme con ella, me sinceré:

—Mientras esperaba a ser recibido por el Maulana descubrí que tal vez soy

un poco como Marcel. Busco algo, pero no sé qué es.

Nuestro vuelo con Middle East Airlines salía en una hora. Durante la espera para el embarque, puse en común con mi compañera de investigación lo que había averiguado hasta el momento. La muerte de Marcel junto a un faro donde debía escribir sus conclusiones tras su periplo por medio mundo. El poco informativo cuaderno de Alejandría. La visita al Maulana de Lefke. Aquel artículo sobre la biblioteca de Alejandría.

—¿Me lo muestras? —me pidió.

Pasé a Sarah las cinco páginas mecanografiadas que, en mi caso, habían arrojado poca o ninguna luz sobre aquel viaje espiritual que ahora replicábamos.

Tras una lectura rápida, me lo devolvió con el comentario:

—Parece un patchwork de informaciones que encontré aquí y allí antes de que su investigación cambiara de rumbo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Toda esa fijación por Alejandría, los faros y la biblioteca desaparecida...

—divagó pensativa—, sospecho que fue sólo el preámbulo de la verdadera búsqueda de Marcel.

—Algo que tiene que ver con siete iluminados... y el primero es Hermes Trimegisto. ¿Has visto esa página web?

Sarah negó con la cabeza mientras me miraba expectante.

—Bueno, ya tendrás tiempo de verla, igual que el cuaderno. Acabo de darme cuenta de algo que nos puede ser más útil.

—Vamos, suelta... —insistió la francesa mientras me inundaba con su mirada azul.

—Los siete faros que contienen la revelación que causó la muerte a Marcel son siete grandes guías espirituales. El primero, Hermes, parece ser el más

antiguo. Si seguimos avanzando en el tiempo, el siguiente iluminado fue...

—No conocemos su nombre —dijo Sarah con autoridad— o, mejor dicho, sus nombres. Porque el *I Ching* se escribió en China a lo largo de más de dos mil años.

Relacioné de inmediato aquel oráculo ancestral con el tal Liwei y el apartamento en Beirut donde había vivido Bellaiche.

—El *I Ching*... —murmuré—. El libro de las mutaciones. ¿Es ése el segundo faro espiritual tras Hermes Trimegisto?

—Para algunos sería incluso el

primero. Según la tradición, su autor fue un emperador chino que nació casi tres mil años antes de Cristo. Y la técnica de adivinación de estos oráculos sería dos mil años anterior: del 5000 antes de Cristo.

—Veo que te has documentado a conciencia —respondí admirado—. Pero aparte de un oráculo, es también un faro espiritual. Me gustaría comprobar en la página web de Marcel si sintetizó la filosofía del *I Ching*, ya que de alguna manera se conecta con nuestra próxima etapa.

Sarah extrajo de su bolso de cuero rojo un Galaxy Note y me lo ofreció.

—Míralo tú mismo. Aquí tienes internet.

Segundos después entraba en la página web creada por Bellaiche y escribía en el segundo faro el nombre chino del «libro de las mutaciones». Un nuevo incendio virtual en la pantalla confirmó que habíamos dado en el clavo.

EL SEGUNDO FARO

I CHING



DIEZ INSPIRACIONES DEL LIBRO DE LAS
MUTACIONES

El arte de vivir consiste, únicamente, en proceder con sencillez.

II

El hombre superior persevera siempre en el camino, se adapta a los tiempos, pero permanece firme en su dirección y corrige sus objetivos.

III

Hay que evitar los extremos, ya que son causa de todas las desventuras.

IV

Nunca hay que provocar una acción si no estamos seguros de dominar sus consecuencias.

V

La perseverancia por sí sola no asegura el éxito. Por mucho que estés al acecho, no cazarás nada en el campo donde no hay presa.

VI

El cambio es seguro. A la calma siguen las dificultades; a la partida de los hombres malvados sigue su retorno. Aprende a ser feliz en el intervalo.

VII

El que posee la fuente de entusiasmo logra grandes cosas. El que duda no. Y el entusiasta reunirá amigos a su

alrededor como un broche recoge el pelo.

VIII

Antes de que empiece el gran esplendor, debe haber el caos. Antes de que la persona brillante empiece algo grande, parecerá estúpida ante las masas.

IX

El hombre tranquilo y solitario tiene acceso a lo inescrutable.

X

Cuando el camino llega a su final, entonces cambia. Cuando cambia, puedes atravesarlo.

TERCERA PARTE

La era axial

Deep Light

Las películas y los noticieros con un Beirut en guerra contrastaban con el lujoso aeropuerto Rafic Hariri. Bautizado así en honor al presidente asesinado en 2005, la elegancia de los pasajeros y las boutiques evocaban los tiempos en los que Líbano había sido la

Suiza de Oriente Medio.

—¿Has contactado con Liwei? — pregunté a mi acompañante—. Puesto que es nuestro único vínculo con Marcel, sin él sería absurdo dar vueltas por la ciudad.

—¿Tienes miedo? —preguntó Sarah mientras se levantaba las gafas de sol.

—Sólo soy prudente. Seguro que Beirut es fascinante, pero no debe de ser el mejor lugar para perderse o mear fuera del tiesto.

Aquella expresión vulgar pareció disgustar a la francesa, que apretó el paso mientras arrastraba su maleta Mandarina Duck. Mis ojos se desviaron

un instante hacia su trasero respingón bajo la falda de raso. Dado que la cultura francesa impregnaba las clases altas de la capital libanesa, según había leído, Sarah encajaría a la perfección en los círculos intelectuales que tal vez conoceríamos.

Quizás, porque estaba todo por ver.

Al subir al taxi —una berlina Audi—, me dije que no tenía ni idea de lo que me esperaba en aquella ciudad.

Pocos kilómetros después, Beirut empezó a perfilarse a ambos lados de la autopista. Lujosos bloques de apartamentos limitaban con barrios miserables que habían sufrido los

estragos de la guerra civil y su posterior abandono. Espectaculares deportivos zumbaban entre calles en pendiente donde, pese a la hora avanzada de la noche, las chilabas y los velos integrales se mezclaban con provocativas jóvenes en minifalda.

—Por cierto —comenté—, ¿adónde vamos?

—He reservado dos habitaciones en el Intercontinental Fenicia. Está bien situado, en lo alto de la ciudad. Desde allí llamaré a Liwei. He intercambiado un par de correos con él y está al corriente de nuestra llegada, puedes estar tranquilo. Por el tono de sus

mensajes, además, creo que tiene un espíritu colaborador.

Suspiré mientras el taxi aceleraba de forma temeraria. Me inquietaba no saber prácticamente nada del asunto en el que estaba metido. Para mi mayor frustración, Sarah parecía estar siempre un paso por delante en aquella misión y me trataba como a un subalterno. Su tono, además, manifestaba un interés hacia mí cercano al cero. Algo duro de sobrellevar para quien ha tenido a la persona amada en sus brazos.

Cuando el taxi estacionó bajo el flamante rascacielos de nuestro hotel, me invadió otra clase de preocupación.

—¿No podrías haber reservado un lugar más barato? En el Fenicia este nos van a dejar las tarjetas de crédito más limpias que el suelo de una mezquita.

—Deja de decir bobadas —me reprendió mientras entrábamos en un espectacular vestíbulo—. La familia Bellaiche corre con todos los gastos del viaje. Puedo abonarte incluso los gastos que has tenido en Chipre, si te quedas más tranquilo.

Harto de aquel tono gélido, dejé en sus manos el *check-in* ante un joven impecablemente trajeado. Tras rellenar las fichas para la policía, recibimos sendas llaves y nos encaminamos hacia

uno de los relucientes ascensores.

Eran las once de la noche y prefería estar a solas a ser tratado con aquella condescendencia.

Al llegar a la décima planta, donde nuestros caminos se separaban, Sarah me sorprendió con un furtivo beso en la frente.

—Que sueñes con los angelitos.

—Voy a ilustrarme un poco en esto del *I Ching* —fue mi réplica.

—No es necesario —dijo mientras abría la puerta de la habitación contigua —. Liwei lo sabe todo. *Bonne nuit*.

Después de dos horas contemplando la encendida noche de Beirut, me sentí incapaz de dormir y bajé en ascensor al *lounge bar* animado por un calvo pianista. En aquel momento tocaba *My Favourite Things*.

Nada más desplomarme en un sillón de aspecto colonial, un escuálido camarero me ofreció la carta de whiskies y licores.

Pese a la categoría del local, se había agotado el Bushmills, así que tuve que conformarme con un malta Glenrothes de sabor muy especiado. El

precio era un disparate, pero lo cargaría a cuenta de la familia del muerto.

Ya no venía de aquí.

Mientras me echaba lentamente en el gaznate aquel licor acaramelado, me fijé en la clientela del bar a aquella hora de la madrugada. Entre algunos ejecutivos de aspecto melancólico, varias parejas de árabes cristianos bebían y fumaban como si aquélla fuera la última noche del mundo.

Me llamó la atención una mujer de unos sesenta años que llevaba un collar de perlas grises. Después de cada calada estiraba desmayadamente el brazo, echando la cabeza hacia atrás.

Había algo de belle époque en aquellos clientes noctámbulos, que parecían disfrutar los placeres de forma absoluta. Un talento sólo al alcance de los que viven al límite porque saben que su vida puede terminar en cualquier momento.

Mientras los efluvios del whisky enturbiaban agradablemente mis sentidos, un doble pitido en mi bolsillo anunció la entrada de un mensaje.

Era un WhatsApp —mi smartphone se había conectado a la red del hotel— de un número de teléfono que no tenía en mis contactos. Firmaba como Deep Light y leí varias veces el mensaje sin

entender nada:

Apenas él le amalaba el noema,
a ella se le agolpaba el clémiso
y caían en hidromurias, en salvajes
ambonios, en sustalos exasperantes.

Cada vez que él procuraba relamar
las incopelusas, se enredaba en un
grimado quejumbroso y tenía que
envulsionarse de cara al nóvalo...

Pedí un segundo whisky de malta y
me dije que el emisor de este mensaje o
bien estaba más borracho que yo, o bien
era boicoteado por un corrector
ortográfico fuera de madre.

Aunque tenía que tratarse de un

error, no pude evitar escribir:

¿Quién eres?

Un globito del WhatsApp me indicó que el emisor había leído el mensaje. Sin embargo, no contestó.

Una mentira para siete maestros

Dos fuertes golpes perforaron la niebla de un sueño que había conciliado bien entrada la madrugada. Antes de que volvieran a llamar, vi en el móvil que eran casi las diez de la mañana.

Avergonzado, salté de la cama en

calzoncillos y estuve a punto de perder el equilibrio camino de la puerta. Aún no había abierto cuando surgió la voz impaciente de Sarah:

—¿Qué diablos estás haciendo?

¿Tienes una chica en la habitación?

—Estoy solo —dije entreabriendo la puerta.

—Y borracho. Liwei está en la recepción. Hace un cuarto de hora que espera. ¿Estás sordo o qué? Llevo un buen rato llamando.

—Salgo en cinco minutos.

Después de una brevísima ducha de agua fría, me puse un pantalón de hilo y una camisa bastante decente. Luego me

calcé y abandoné la habitación con una tormenta de truenos dentro de mi cabeza.

El profesor de la Universidad Americana que había alojado a Bellaiche era un doble casi perfecto de Lang Lang, el pianista de moda en China y en el mundo entero, sólo que más corpulento.

Llevaba el mismo pelo crespado y vestía una fina chaqueta a cuadros sobre camisa negra. Su mirada bajo las cejas pobladas demostraban un carácter decidido.

Mientras le daba la mano y le

presentaba mis disculpas por el retraso, observé de reojo la admiración de Sarah. Sin duda, no se esperaba que el experto en *I Ching* fuera tan alto y sofisticado. Tampoco que fuera tan joven. Aparentaba diez años menos que Marcel y que yo mismo; quizás incluso menos.

Una vez en su coche, nos explicó en perfecto inglés que había nacido en Shanghái pero se había doctorado en Cambridge en sinología y algo más que no entendí.

—Soy menos joven de lo que parezco —dijo, como si me hubiera leído el pensamiento, mientras

arrancaba un VW Beetle poco cuidado —. Voy para los cuarenta.

Aquella noticia activó un femenino resorte en Sarah que, desde el asiento del copiloto, encontró espacio para cruzar sus piernas interminables y dirigirle una mirada coqueta.

Pese a que nuestro cicerone giraba todo el rato la cabeza para incluirme en la conversación, sentí el aguijón de celos.

—¿Queréis que os dé una vuelta por Beirut antes de ir a casa?

—En realidad, hemos venido para otra cosa —dije antes de que la francesa me cortara.

—Queremos ver la ciudad, por supuesto.

Liwei pisó el acelerador y empezamos a bajar de nuestra exclusiva atalaya hacia los barrios más populosos del centro.

Tras cruzar una plaza donde se levantaban varios edificios antiguos reconstruidos, nuestro chófer dio un volantazo para meterse por callejuelas tomadas por el abandono y la degradación. Por todas partes colgaban fotografías de líderes religiosos con barba.

—Éste es uno de los barrios controlados por Hezbollah —explicó el

doble de Lang Lang maniobrando con pericia—. Aunque no se vea, hay una frontera que los separa de los barrios cristianos, donde se consume alcohol sin parar y las chicas no se diferencian en nada de las de Londres o París, aunque son igualmente árabes. Esta noche os enseñaré algunos clubs.

—¿Ibas allí con Marcel? —le pregunté en un viraje hacia el tema que nos había llevado hasta allí.

El dandi chino levantó una ceja, sorprendido, antes de declarar:

—Jamás. No le gustaban esa clase de diversiones. Para sacarlo a cenar había que engañarlo con alguna

revelación sobre el estudio que llevaba entre manos.

—¿Y cuál era ese estudio?

Mis esperanzas de sacar algo en claro de aquel viaje de repente habían remontado. Liwei sonrió tenuemente antes de explicar:

—Sólo compartí el apartamento un par de meses con él. Justo cuando le daba vueltas a una teoría estimulante, pero que no le llevó a ningún sitio. Partía de la idea de que la destrucción de la biblioteca de Alejandría no fue completa, ya que su pieza más codiciada, un disco de plomo con las últimas revelaciones de los siete

grandes iluminados, fue rescatada durante el incendio... por la misma persona que lo provocó.

—Desde luego, es una hipótesis atractiva —intervino Sarah mientras el Beetle desembocaba en el mítico paseo marítimo: la Corniche—. Sigue, por favor.

—Esta pieza con la esencia de la sabiduría humana constituiría un «faro espiritual» que permanece oculto en un centro de poder del planeta. Según fuentes esotéricas, está custodiado en un lugar recóndito por el último superviviente de una civilización desaparecida milenios atrás en la Edad

de Oro: los Hijos de la Luz.

—Suena de fábula —dije—.

Demasiado bien, incluso.

—Una estupidez de las revistas y las páginas web new age —sentenció Liwei—. Tras rascar un poco en los datos históricos, Marcel enseguida se dio cuenta de que nunca existió algo así en la biblioteca de Alejandría. Es ideal para una película de Indiana Jones, pero ese disco de plomo estaba por crearse. Y de algún modo se puso a ello.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, excitado, mientras el chino aparcaba ante un blanco bloque de apartamentos.

—El mito del disco le convenció de

la necesidad de unificar la filosofía de los siete grandes maestros de la Antigüedad, lo que al parecer implicaba desentrañar una mentira que ha caído sobre todos ellos.

—Esto es más que interesante — repuso Sarah mientras salía del coche con su ceñida minifalda—. ¿De qué mentira se trata?

—Marcel nunca me lo dijo. Bueno, de hecho, desapareció de un día para otro. Por cierto, ¿dónde está ahora?

Sarah y yo cruzamos una mirada de complicidad. Nos bastó un segundo para acordar que era mejor que el anfitrión de Bellaiche no supiera nada sobre su

final. En una hora de paseo en coche había soltado mucho más de lo que esperábamos descubrir en Beirut.

El ático de Liwei resultó ser un remanso de calma y buen gusto en medio del caos de la ciudad. Diseñado como un loft, en las paredes blancas había cuadros de artistas figurativos nada convencionales. A lo largo de aquel espacio diáfano había sillones de cuero, una gran mesa de trabajo y una cama doble separada del conjunto por un biombo.

Mientras Sarah y el anfitrión se dirigían a la terraza, me pregunté dónde habría dormido Bellaiche en aquel piso

con una sola cama.

Al apoyarme sobre la baranda, no me pasó desapercibido el detalle de que Sarah había tomado la mano de Liwei, que en aquel momento dijo:

—La Corniche... El paseo marítimo de Beirut es el único lugar que reúne a musulmanes y cristianos. Cada noche terminan todos aquí. Unos beben alcohol ilegalmente en las terrazas mientras los cachorros de Hezbollah pasean con motos y disparan sus pistolas al aire.

—¿De verdad? —preguntó una Sarah cada vez más atraída por nuestro anfitrión.

—Aquí eso no tiene nada de raro. Lo

único extraño es este mar inmenso que nos une a todos.

El oráculo del pozo

Pasamos un rato contemplando el mar y las destartaladas terrazas de la costa, animadas aquel mediodía por familias y grupos de amigos.

—Cada noche hay un follón insoportable —explicó el chino—. Además del ambiente de los bares, a los

libaneses les gusta montarse la fiesta en el coche. Aparcan en plena Corniche y abren las puertas para que todo el mundo escuche su música. Canciones disco árabes. Algunos incluso ponen sillas en plena acera para apalancarse con los suyos. Por cierto, ¿os apetece una cerveza?

La mano de Sarah se despegó de Liwei al entrar en el loft, que quedó aislado del barullo exterior por un doble cristal.

Con un minúsculo mando a distancia, el anfitrión puso una pieza ligera a piano y bajo. Antes de que pudiera preguntarle de qué se trataba, sonrió serenamente y

dijo:

—Es una melodía popular sueca, *Estrellas claras*, versionada por Jan Johansson. Era un pianista de jazz que curiosamente compuso la canción de Pippi Langstrump. Murió en 1968.

—No sólo te pareces a Lang Lang — me atreví a decir—, sino que también entiendes de música.

Sin perder el hilo de lo que le estaba diciendo, el profesor de la Universidad Americana fue a buscar tres cervezas Almaza. Las dejó sobre una mesa de cristal de forma caprichosamente irregular. Nos sentamos a su alrededor en pufs elevados.

—Entiendo sólo de aquello que me gusta. —Sonrió—. Aparte del *I Ching*, claro.

El tercer faro en la página web de Bellaiche volvió a iluminarse en mi mente. No dudé en disparar un par de preguntas que me vendrían bien para el informe, junto a lo que pudiera contar sobre Liwei.

—¿Quién fue el autor del libro de las mutaciones? ¿Es cierto eso de que es el libro más antiguo de la humanidad?

—Eso creemos los chinos, aunque puede haber libros anteriores que no hayan sobrevivido al paso del tiempo. Por cada obra que nos llega de esa

época remota, cientos de joyas se han perdido para siempre —dijo con la pasión de un joven docente—. Si el *I Ching* ha sobrevivido es porque, de generación en generación, lo han consultado un montón de personajes prominentes.

—El mismo Mao Tse-Tung, tengo entendido —añadió Sarah.

—Entre muchísimos otros. Ha servido de guía incluso a John Cage para crear música aleatoria, o al coreógrafo Cunningham. Allí por donde lo abras, este libro siempre dice aquello que necesitas saber.

Liwei dio un buen tiento a su

cerveza directamente de la botella. Parecía satisfecho de poder hablar de un tema que dominaba al dedillo.

—Por lo que respecta a la datación —siguió—, fuentes populares dicen que fue escrito por el «emperador amarillo», Fu Hsi, casi tres mil años antes de Cristo. Algunos estudiosos se remontan más atrás y afirman que el libro deriva de un ancestral método de adivinación del 5000 antes de Cristo, nada menos. ¿Queréis probar?

Nuestro anfitrión se llevó la mano al bolsillo y sacó seis monedas con un cuadrado perforado en el centro. Se las entregó a Sarah, que las vertió una tras

otra sobre la mesa.

—Según sale un lado u otro de la moneda dibujamos cada vez una línea continúa o cortada —explicó Liwei garabateando sobre un papel que apoyaba en un grueso libro de tapas negras—. Empezamos por la línea de abajo y vamos subiendo hasta el sexto nivel. El resultado final es lo que llamamos hexagrama. Ya lo tenemos... el oráculo no se equivoca.

Mientras sus dedos de pianista buscaban en el libro la combinación de líneas seguidas y partidas en dos, prosiguió con tono didáctico:

—Los textos del *I Ching* son lo

suficientemente abiertos para que cualquier consultante, también hoy en día, extraiga provecho. Sin embargo, el libro se fue completando con comentarios posteriores sobre estos oráculos. Hay dos autores del siglo IX e incluso algunos apuntes de Confucio, que dijo lo siguiente al final de su vida...

Antes de recitar de memoria, Liwei nos dirigió una sonrisa enigmática. Apuré mi cerveza de un trago y la dejé caer sobre la mesa. El agotamiento del viaje empezaba a pasarme factura.

El chino suspendió la mano en el aire con dramatismo mientras repetía las

palabras de Confucio:

—«Si el cielo me pudiera dar otros cincuenta años de vida, los dedicaría al estudio del *I Ching* y quizás entonces aprendería a mantenerme alejado de los problemas».

Mientras Sarah contenía de manera torpe un bostezo, lamenté todo el tiempo que había pasado sin leer ese libro. Tal vez de haberlo hecho, como decía el sabio, habría evitado meterme en líos como el que nos había llevado a Oriente Medio.

—Aquí está el hexagrama. Podéis leerlo por vosotros mismos.

Me pasó el libro, editado por

Richard Wilhelm, que para mi sorpresa estaba escrito en castellano.

—Lo tengo en media docena de idiomas. La edición de Wilhelm está considerada la mejor y más completa para el gran público. ¿No quieres leer el destino?

Hundí la mirada en aquella combinación de palitos y en el oráculo.

I Ching / El pozo de agua

Dictamen:

El pozo.

Puede cambiarse de ciudad,
más no puede cambiarse de pozo.

Éste no disminuye y no aumenta.

Ellos vienen y van y recogen del pozo.

Cuando casi se ha alcanzado el agua del pozo

pero todavía no se llegó abajo con la cuerda

o se rompe el cántaro, eso trae desventura.

Estuve un rato barajando interpretaciones para el dictamen que habían elegido azarosamente las monedas.

El pozo podía hacer referencia a la madre de todos los embrollos en los que me había metido: el faro junto al que había muerto Bellaiche. A fin de

cuentas, había agua debajo. «El pozo».

La enseñanza de los siguientes dos versos estaba clara: «Puede cambiarse de ciudad, mas no puede cambiarse de pozo». Que me hubiera alejado del lugar del crimen —y de mi piso desvalijado — no significaba que el peligro hubiera dejado de existir. Si seguía tras los pasos de Marcel, antes o después toparía con el ejecutor.

«Éste no disminuye y no aumenta. Ellos vienen y van y recogen del pozo». El peligro era constante. «Ellos» seguían buscando lo que había descubierto el difunto. ¿Sería alguna clave contenida en el cuaderno de

Alejandría? Parecía claro que Marcel había extraído algo del pozo, es decir, había sacado algo a la luz.

Entretenido por este juego de significados en el que las piezas parecían encajar, atacué la parte final del dictamen: «Cuando casi se ha alcanzado el agua del pozo pero todavía no se llegó abajo con la cuerda o se rompe el cántaro, eso trae desventura».

Esa advertencia me apuntaba como una flecha afilada. ¿Sería castigado con la desventura máxima y apartado del tablero de juego?

Respiré hondo.

—¿Os dice alguna cosa? —preguntó

Liwei, impaciente—. Seguro que ha resonado algo en relación con algún hecho reciente. Vamos, ahora os toca a vosotros desentrañar el mensaje.

—¿Puedo tumbarme un momento en esa cama? —dijo Sarah como respuesta, para mi sorpresa.

Era la primera vez que la veía abandonar su porte distante delante de extraños, a fin de cuentas sólo había bebido una cerveza. Tampoco entendía que hubiera cogido la mano a Liwei una hora después de conocerle.

Mientras Sarah se tumbaba sobre el futón sin siquiera descalzarse, me dije que desconocía más cosas de las que

había supuesto.

—Yo ahora tengo claustro —se disculpó el chino—, pero disponed de la casa como si fuera vuestra. Volveré más tarde para salir a cenar.

Antes de que pudiera pensar nada más, el profesor se apresuró hacia la salida y cerró la puerta dejando dentro un pozo de preguntas y fatalidad.

Sesenta y cuatro situaciones existenciales

Un repentino sopor me hizo sospechar que hubiese algo más que cerveza en aquellos botellines. Sin embargo, pronto comprendí que sólo se trataba del calor

de Beirut a finales de junio y de un aire acondicionado en modo *off*.

El doble cristal había convertido el loft en un horno.

Tras buscar infructuosamente el mando a distancia, abrí el ventanal para dejar paso a la brisa marina y al barullo in crescendo de aquel viernes por la tarde.

Al pasar junto al futón donde Sarah ya dormía, vi que era lo suficiente ancho para acomodarme a su lado, así que me descalcé y estiré las piernas con la espalda recostada contra la pared.

Desde aquella perspectiva, la francesa se me antojaba la mujer más

atractiva del mundo. Sus largas piernas escapaban de la minifalda en una semiflexión que le procuraba un sólido apoyo. Mis ojos viajaron desde la curva perfecta de sus pantorrillas a los muslos firmes. Luego contemplé la franja de vientre, blanco y liso, que había quedado al descubierto bajo su blusa, que se había levantado ella al quedarse dormida de inmediato.

Un doble pitido en mi móvil detuvo aquí mi exploración visual.

Era un WhatsApp. Nuevamente de Deep Light:

¡Evohé! ¡Evohé! Volposados en la

cresta

del murelio, se sentían balpamar,
perlinos

y márulos. Temblaba el troc, se
vencían

las marioplumas, y todo se
resolviraba

en un profundo pínice, en niolamas
de argutendidas gasas, en carinias
casi crueles que los ordopenaban
hasta el límite de las gunfias.

En comparación con esto, me dije, el
I Ching era un dechado de claridad.

Al preguntar la noche pasada quién
era el autor del mensaje, no había
obtenido respuesta, así que en mi
segundo intento cambié la fórmula:

¿Qué diablos significa esto?

La respuesta no se hizo esperar esta vez:

Es gílgico, imbécil.

Ofendido y sin entender nada, desconecté el internet del móvil, que además me estaba costando una fortuna al hallarme en un país extranjero.

Justo entonces la bella durmiente a mi lado hizo algo inesperado. Sin abrir los ojos, deslizó su falda piernas abajo y luego se deshizo de la blusa con un par de movimientos hasta quedar en sujetador.

En su duermevela, la mujer ahora en ropa interior —un conjunto de encaje negro— no era consciente de que hubiera nadie a su lado. Suspiró un par de veces y resopló con más fuerza antes de volver a un sueño más profundo.

Contemplé aturdido a mi compañera de investigación. Yo seguía fatalmente atraído por ella, y aquella intimidad inesperada no ayudaba a remediar mi mal. Sentí un temblor al observar cómo sus pechos, contendidos con dificultad en el sujetador, subían y bajaban con cada respiración.

«Vamos con el *I Ching*», me dije tomando del suelo el tocho de Wilhelm.

«Por cierto, ¿qué debe de ser el gígllico?».

En la introducción a la obra se explicaba que el libro de las mutaciones parte de la base de que el universo funciona a partir de los polos opuestos, materia y antimateria, ying y yang. Así como Heráclito había dicho que «todo fluye», los autores del *I Ching* analizaban un mundo en constante movimiento.

Considerado a la par un libro de filosofía y una obra de adivinación, los adictos al oráculo decían que este libro es «una forma de entender e incluso controlar eventos futuros».

A continuación, leí un texto escrito en 1945 por Carl Gustav Jung como prólogo al libro de Wilhelm:

La manera en que el *I Ching* tiende a contemplar la realidad parece desaprobarnos nuestros procedimientos causalistas. El momento concretamente observado se presenta a la antigua visión china más bien como un acaecimiento fortuito que como el resultado claramente definido de procesos en cadena concurrentes y causales. La cuestión que interesa parece ser la configuración formada por los hechos casuales en el momento de observación, y de ningún modo las razones hipotéticas que aparentemente justifican la coincidencia. En tanto que,

cuidadosamente, la mente occidental tamiza, pesa, selecciona, clasifica, separa, la representación china del momento lo abarca todo, hasta el minúsculo y absurdo detalle, porque todos los ingredientes componen el momento observado.

En otra parte del prólogo, se decía que «los sesenta y cuatro hexagramas del *I Ching* son el instrumento mediante el cual puede determinarse el significado de sesenta y cuatro situaciones diferentes, y por otra parte típicas». Una de ellas era sin duda el pozo en el que había caído sin quererlo ni buscarlo.

En lugar de ilustrarme sobre las otras sesenta y tres situaciones, salté de la cama y salí al balcón sobre una Corniche cada vez más concurrida.

Tal como había predicho Liwei, gracias al oráculo de la observación cotidiana, algunos coches ya habían aparcado frente a las terrazas y abrían sus puertas, convertidos en cabinas de DJ con ruedas. Frente a los autos se desplegaban sillas ocupadas por amantes de los distintos «chumba chumba» que en ese momento se entremezclaban.

El mar se veía ahora de un azul profundo y una bandada de aves

dibujaba caprichosas formas sobre el cielo de la tarde. Desde mi atalaya podía contemplar incluso las famosas Rocas de las Palomas, unos arcos naturales de piedra que se adentraban en el caldo marino.

Pese a la música estridente, la belleza de aquella ciudad atormentada, sumada a la de la mujer que dormía en el apartamento, proclamaba que la vida podría ser un sitio recomendable si no la hiciéramos tan complicada.

Cuando me harté de recibir la brisa marina en la cara, volví al loft con la sensación de estar perdiendo el tiempo de la mejor manera.

La mujer en ropa interior ya no estaba en el futón, comprobé mientras me llegaba el rumor del agua canalizada. Se estaba duchando. Otra escena agradablemente cotidiana si no fuera porque algo me decía que aquél era el último remanso de calma antes de que estallara el caos.

El hacedor de lluvia

El anfitrión regresó a las nueve, cuando el despliegue de ociosos en la Corniche empezaba a ser un escándalo. Para entonces Sarah ya se había vestido y acicalado en el baño.

Mientras bajábamos hasta el coche mal aparcado de Liwei, me pregunté por

qué diablos habíamos pasado toda la tarde en el apartamento de un forastero ausente, teniendo dos habitaciones en un carísimo hotel.

La única explicación era que, cuando uno abandona el último atisbo de normalidad, ya cualquier cosa puede suceder.

—Pararemos en un restaurante bastante decente antes de ir a la calle de los bares —anunció el chino, repentinamente animado, antes de pisar el acelerador—. Creo que la noche de Beirut os sorprenderá.

Dicho esto, salió disparado por el carril de la Corniche que nos

reintegraba al casco antiguo de la capital. Durante el frenético trayecto, el clon de Lang Lang tuvo tiempo de adelantar dos camiones, saltarse varios semáforos en rojo e incluso entrar en una calle en contradirección.

—Aquí hay que conducir con un estilo deportivo —se justificó mientras aparcaba frente a un restaurante de cocina libanesa.

Sarah miró irritada a nuestro cicerone mientras ocupábamos una mesa de mármol con una fuente de fruta y un candil encendido. La música chillout armonizaba con una ecléctica decoración a base de cortinas

estampadas, telón de una larga ristra de Budas dorados entre columnas de yeso que emulaban las de la antigua Roma.

Tras pedir el inevitable *hummus*, *shawarmas* y vino del valle de Bekaa, eché una mirada circular a aquel local postizo y falsamente cosmopolita.

—Me pregunto por qué se utiliza tanto a Buda para adornar los sitios más cutres —comenté sin ambages.

Liwei llenó las copas de vino tinto y repuso:

—Supongo que vende mucho más que poner a Cristo crucificado.

—Es posible, pero ¿qué pensarán los budistas de eso? Debe de resultarles

chocante encontrar a su guía espiritual en tiendas de decoración, restaurantes y bazares chinos, con todo mi respeto.

—No creo que les importe —dijo Liwei—. Quizás incluso les guste que el mensaje básico de Buda llegue incluso a esta clase de lugares.

—¿Cuál es ese mensaje básico? —intervino Sarah.

El profesor la miró con cariño y dijo:

—«Ante todo, mucha calma».

—Es un buen consejo —añadí notando enseguida el efecto del fuerte vino—, sobre todo en tiempos convulsos como los actuales. Por cierto, ¿tú eres

budista?

—En China conviven tres religiones: el budismo, el confucianismo y el taoísmo. De hecho, muchas personas en mi país participan de conceptos de las tres. Pero yo me remonto más atrás y me guío por el *I Ching*, como Richard Wilhelm, aunque no tuve que deslomarme a estudiar para leer el original. —De repente su expresión se iluminó, como si acabara de encontrar un objeto precioso en su memoria—. ¿Conocéis la historia del hacedor de lluvia?

Sarah y yo negamos con la cabeza, a la vez que nos dejábamos servir más

vino.

—Es una vieja historia que le contó Wilhelm a Jung, que también se interesaba por el libro de las mutaciones. Al parecer, el traductor del *I Ching* al alemán vivió en un territorio de China muy afectado por la sequía. Hacía meses que no caía una gota de lluvia y se avecinaba la catástrofe. Los católicos organizaron procesiones, los protestantes recitaban plegarias y los chinos quemaron incienso y dispararon sus fusiles para espantar a los demonios de la sequía. Hasta que finalmente alguien dijo que había que buscar al hacedor de lluvia.

—¿Era un espíritu de la tierra o algo parecido? —intervino Sarah, súbitamente interesada por aquella historia.

—No, era un hombre anciano y enjuto que vino de una aldea de provincias. —Sonrió Liwei—. Dijo que sólo necesitaba que pusiesen a su disposición una cabaña tranquila. Se la dieron y se encerró allí tres días.

—¿Y qué sucedió? —pregunté.

—Al cuarto día, las nubes se amontonaron y cayó una gran nevada, en una época del año poco propicia para ello. Asombrado por el milagro del hacedor de lluvia, al parecer Wilhelm

fue a conocerlo y le preguntó cómo lo había hecho. ¿Y sabéis qué le respondió este hombre humilde? Dijo: «Yo no hice la nieve, no soy responsable de ello». A lo que el alemán preguntó: «Entonces, ¿qué ha hecho usted durante estos tres días?». El hacedor de lluvia se explicó así: «En mi país las cosas son lo que deben ser, algo que en Occidente habíais perdido. Así, lo único que he tenido que hacer es aguardar tres días hasta que el Tao naturalmente ha hecho la nieve».

—No entiendo la moraleja de esta historia —reconocí.

—Es que no tiene moraleja alguna. Se trata de dejar que las cosas sucedan,

eso es todo.

Aquella historia me recordó una noticia curiosa que había leído un tiempo atrás. Al parecer, se había organizado un encuentro internacional de intelectuales de toda clase de disciplinas para acordar una máxima que nadie pudiera discutir. Durante un fin de semana entero les dieron vueltas a muchas creencias, que siempre eran desmontadas por uno u otro participante.

Finalmente, después de discusiones sin fin, lograron establecer una sola verdad universal y fue: *Things happen*. Las cosas pasan. Eso era todo.

Mi duda, sobre esto, era que si las

cosas pasan, hagamos lo que hagamos, como en la historia del hacedor de lluvia, ¿qué sentido tiene luchar por nada?

Sarah me distrajo de estos pensamientos tras apurar su copa.

—¿Y ahora qué? ¿Adónde vamos?

—Os quiero enseñar un par de lugares de la calle Gemmayzeh. Podemos ir a pie desde aquí, pero quiero aparcar mejor el coche.

De pie frente al bullicioso restaurante, dejamos que nuestro cicerone llevara su Beetle hasta un descampado cercano. Dirigí a Sarah una mirada de complicidad antes de

declarar:

—No sé qué pensaría la familia Bellaiche si nos viera tan ociosos. Parece que, en lugar de investigar los pasos de Marcel, estemos aquí para divertirnos y escuchar fábulas amables.

—Estamos trabajando —murmuró ella mientras se acercaba el dedo índice a los labios—, aunque no lo parezca. Sospecho que Liwei sabe mucho más sobre Marcel de lo que está contando. Por eso nos entretiene con historias espirituales sencillas. Esta noche hay que emborracharle.

—¿Qué te hace pensar que sabe más de lo que quiere contar?

—Para empezar, estoy convencida de que él y Marcel eran amantes.

—¿Cómo puedes estar tan segura?
—le pregunté perplejo.

—Lo he notado al tomarle la mano en su balcón. Simplemente ha dejado que se la coja. No me la ha estrechado ni ha acariciado la mía con los dedos. Era una mano muerta, sin emoción alguna.

—Eso no significa nada —repuse para provocarla—. Quizás simplemente no le gustas porque no eres su tipo.

El aludido regresó en aquel instante. Caminaba tranquilo mientras con los dedos se desordenaba un poco más el

pelo crespado.

Sarah había bebido lo suficiente para que se produjera la transformación que ya había vivido en nuestra anterior aventura. La mujer contenida y distante dejaba paso a una *femme fatale* imprevisible que exhibía abiertamente su sensualidad.

Tomó al chino por la cintura y le pidió:

—Está muy bien eso del hacedor de lluvia, pero tal vez no volvamos nunca más a Beirut. Llévanos a conocer el vicio, anda.

La era de los iluminados

Seguimos la noche en la calle Gemmayzeh, colapsada por hordas de cristianos árabes que entraban y salían de los bares y clubes. Las chicas llevaban modelitos de infarto y melenas sueltas hasta la cintura, en contraste con

el estricto código de vestimenta de los colindantes barrios chiitas controlados por Hezbollah.

Tras escuchar en directo un par de canciones de una banda de punk libanesa, Liwei nos llevó a su local favorito, el Torino Express. Era un bar diminuto donde se congregaba el «ambiente» de Beirut con los más modernos de la colonia foránea.

La hora de las bebidas suaves había pasado, así que pedimos tres Jameson con hielo, la única manera de tragar un whisky *blend* para el gran público.

A mi lado, un afroamericano dejó sobre la barra la guía Lonely Planet de

Siria y Líbano. Antes de preguntarle qué quería, el amanerado camarero tapó con un posavasos la palabra «Siria» de la portada.

Ante la sorpresa del estadounidense, el barman le explicó en un correcto inglés:

—Estamos hartos de que el país vecino se meta en nuestros asuntos. El ejército sirio estuvo muchos años en Líbano, como si fuera su casa, hasta que el asesinato de Hariri les puso en evidencia y tuvieron que largarse.

Devolví la atención a nuestro anfitrión, al cual Sarah prodigaba constantes mimos. Tal como ella había

remarcado, Liwei respondía con educada distancia. Se dejaba hacer sin más entusiasmo, lo cual no demostraba que tuviera una relación íntima con Marcel Bellaiche.

Sin embargo, siguiendo el plan de mi compañera, había tragado suficiente alcohol para interrogarle sin demasiados miramientos.

Tampoco yo andaba muy fino, así que me limité a retomar torpemente la primera conversación que habíamos tenido en el coche aquella mañana. Parecía que hubiera pasado una eternidad.

—Entonces nunca ha existido ese

disco de plomo que recoge la esencia de los siete grandes maestros de la Antigüedad.

—Marcel llegó a considerar que fuera cierto, pero yo creo que es un bulo. No existe tal cosa. Entre otros motivos porque entre el primer y el último maestro hay al menos tres mil años de distancia, aunque tuvieran mucho en común.

—¿Quién inventó entonces lo del disco de plomo y los Hijos de la Luz que lo ocultan? —preguntó Sarah anclando su mirada azul a la del chino.

Liwei se quedó un rato pensativo, mientras el minúsculo bar parecía no

tener límite a la hora de llenarse. Un grupo de chicas con vestidos ajustados y espectaculares melenas se abrieron paso a empujones hasta la barra. Finalmente el chino se decidió a hablar:

—Hay discos de plomo con versiones al árabe de la Biblia algo diferentes de la cristiana, eso es cierto. Los codicólogos se dedican a trabajar con esos soportes. Sin embargo, no es eso lo que estudiaba Bellaiche.

—Buscaba algo común a los siete maestros —intervine—, eso comentaste. Una misma mentira que afecta a todos ellos.

—Eso mismo. Poco más puedo

decir.

Demasiado borracha para mantener la compostura, Sarah Brunet besó el cuello de nuestro cicerone antes de preguntarle:

—¿Puedes decirnos al menos quiénes son esos maestros?

—Tenemos constancia de dos —la ayudé—. Hermes Trimegisto y el autor o los autores del *I Ching*. Supongo que podríamos añadir a los tres fundadores de las religiones chinas: Buda, Lao Tsé para el taoísmo y Confucio. Ya tenemos a cinco.

—Hay algo muy especial que une a esos tres —apuntó Liwei mientras

encendía un cigarrillo para que se lo fumara todo el local—. Y no sólo a ellos, también habría que añadir algún filósofo griego de la misma época, ya que sucedió todo al mismo tiempo.

—¿Qué quieres decir? —pregunté mientras trataba de esquivar la expulsión de humo de tabaco.

Liwei se pidió un segundo whisky irlandés con hielo y encendió otro cigarrillo. A continuación prosiguió:

—Ya veo que no os habéis preparado para lo que venís a buscar.

Crucé con Sarah una mirada de estupor. Era la primera vez que Liwei abandonaba su oriental humildad para

ponernos en evidencia. Más orgullosa —y con más recursos— que yo, la francesa acudió al rescate:

—¿Cómo sabes tú lo que venimos a buscar?

—Sólo sé que vais más perdidos que un cristiano en Beirut oeste —dijo el chino tras aspirar su cigarrillo con ansiedad.

Entendí que aquella parte a la que se refería era la musulmana y que el Beirut este era donde nos encontrábamos en aquel momento.

—Pues orientanos entonces —le rogué—. ¿Qué es lo que une a Buda, Lao Tsé y Confucio, además de esos

filósofos griegos que dices?

—La era axial.

Nuestro cicerone hizo una pausa, un truco de profesor que quiere imprimir dramatismo a su ponencia, antes de explicar:

—Después del *I Ching* y del *Kybalion*, tras miles de años de oscuridad, aparecieron en cuatro lugares distintos del mundo una serie de maestros que cambiarían la conciencia de la humanidad. ¿No es asombroso que surgieran casi al mismo tiempo? De hecho, todavía hoy vivimos de lo que sucedió en ese momento iluminado de la historia.

—Vamos, ilústranos —le instó Sarah con algo de sorna.

—En un período muy limitado de tiempo brotaron el confucianismo y el taoísmo en China, el budismo y el hinduismo en la India. En Oriente Medio surgió el monoteísmo, y en Grecia, los grandes filósofos: primero Sócrates, al que siguieron Platón y Aristóteles. Todo eso fue la era axial: un momento sublime de la evolución humana.

Madrugada y ocaso

Tras aquella breve clase magistral, de repente Liwei tuvo urgencia de abandonar el Torino Express. Su expresión plácida había mutado en una preocupación que tensionaba todos los músculos de su cara.

—Ha entrado alguien que no forma

parte de este bar —se disculpó al salir a la calle Gemmayzeh—. Cuando uno vive en Beirut, aprende a oler el peligro.

—¿Te refieres a alguien de Beirut oeste? —pregunté mientras esquivábamos una legión de borrachos, camino del coche—. ¿Se producen atentados en antros de pecado como éste?

Liwei no contestó.

Veinte minutos después, tras otra conducción suicida, nos descargó precipitadamente frente a la entrada del Intercontinental Fenicia. Parecía que la borrachera se le hubiera pasado de golpe.

—Pero ¿qué sucede? —pregunté alarmado—. ¿A quién has visto ahí dentro?

—Nadie. Ha sido sólo una sensación. Hace días que el *I Ching* me advierte, pero no he sabido verlo. Yo de vosotros saldría de la ciudad mañana mismo, amigos. Id a divertirlos a otro lugar.

Ya en la décima planta, aquel abrupto final de la noche —aunque eran las dos de la madrugada— parecía haber quitado el sueño a la misma Sarah, que para mi sorpresa propuso:

—¿Me haces un poco de compañía? Me ha entrado muy mal rollo con todo esto de Liwei.

—Se le veía muy afectado —añadí mientras la seguía al interior de la habitación—, aunque no sé por qué. Supongo que cuando vives en una ciudad tan problemática como ésta, te acabas volviendo paranoico y ves terroristas a punto de inmolarsse por todas partes.

—¿Crees que se trataba de eso?

La habitación de Sarah era aún más grande que la mía. Junto a la cama de matrimonio había una chaise-longue y una lámpara de pie de estilo neocolonial. Al fondo, un balconcito se

asomaba sobre la rutilante noche beirutí, una fiesta de tintes apocalípticos que sólo finiquitaría la llegada del sol.

Aprovechando que la francesa se había encerrado en el baño —todo un clásico—, me dejé caer sobre aquel cómodo asiento sin idea alguna de cómo podía terminar la noche.

«Vamos a sacar conclusiones», pronostiqué, «Sarah querrá que le demos vueltas a todo eso de la era axial para ver adónde nos lleva en relación con la muerte de Marcel».

Como no tenía yo la cabeza para hablar de maestros que coinciden en el tiempo, alargué el brazo para abrir el

minibar. Casi sin mirar, saqué un botellín de Chivas Regal. Otro *blend* que atacaba mis principios como bebedor, pero no tuve inconveniente en desenroscar aquella miniatura para dar un traguito que me alejara de mí mismo.

Flotando en esta nube de pensamientos inútiles, volví a recordar el asunto del pozo que había salido en el *I Ching*. Si ya me encontraba dentro de uno, en ese momento no era consciente, puesto que aquella madrugada en Beirut las cosas marchaban bastante bien. Una idea que se vio reforzada cuando, al abrirse la puerta del baño, apareció Sarah cubierta sólo por un fino kimono

de seda. Las puntas prominentes de sus pechos revelaban que no llevaba nada debajo.

Como si el año largo que habíamos estado sin vernos no hubiera existido, se sentó al borde de la chaise-longue y me miró con malicia.

—No te veo muy animado con el plan.

—¿Con el plan? —repetí—. ¿Qué plan?

—Sigues siendo lento de reflejos —rió mientras sus dedos acariciaban mi pelo—. Es obvio: una chica te ha invitado a su habitación en el hotel más lujoso de Beirut. Mientras desvalijas su

minibar, se ha metido en el baño y ha dejado su ropa dentro. Ahora sólo lleva este kimono de seda que no dejas de mirar. ¿Necesitas más señales?

Ante la posibilidad de que se tratara de otro de sus juegos, me limité a capturar su mano y me la llevé a los labios. Tras depositar un suave beso en ella, continué jugando a la defensiva.

—Yo también me he vuelto paranoico en Beirut. No sé cuáles son tus intenciones. Quizás sólo quieres encenderme para luego pararme los pies y burlarte de mí. Como estoy muy cómodo en este sofá, no pienso moverme ni un milímetro. Eso es lo que

haré.

—Como quieras, Javier —dijo mientras se inclinaba lentamente sobre mí—. Puesto que te has metido en mi habitación, puedo hacer contigo lo que quiera.

Antes de que pudiera tragar saliva, sus labios atraparon los míos con un leve y vibrante roce. Como si yo fuera una damisela romántica, cerré los ojos ante aquel paraíso que se abría para mí *after hours* y contra todo pronóstico.

El beso primero insinuado se volvió más vigoroso y profundo. Una descarga de excitación azotó mi cuerpo de pies a cabeza. Cuando abrí los ojos para

entender qué estaba pasando, vi que el kimono de Sarah se había abierto, dejando a la vista aquellos pechos que, a sus treinta y tres años, aún desafiaban la ley de la gravedad.

Sin desvestirme todavía, la estreché entre mis brazos mientras hundía mi nariz en su melena oscura. Su aroma jazminado hizo que me mareara de pura felicidad y deseo.

—¿Seguimos charlando en la cama?
—me susurró mientras se desprendía el kimono—. Ya es madrugada en Beirut.

—Me encanta charlar contigo, ya lo sabes.

Mientras me desvestía rápidamente,

la francesa dejó caer su cuerpo sobre la cama y adoptó la postura de Marilyn en uno de sus desnudos más célebres.

Dispuesto a saciar mi deseo en aquella mullida balsa, me disponía a subir a la cama cuando un golpe seco en la puerta me detuvo.

—¿Qué ha sido eso? —dije inquieto.

—Será algún borracho que se equivoca de habitación. ¡Salta, tigre!

Antes de que pudiera hacerlo, un golpe más suave, aunque claramente audible, sonó al otro lado de la puerta.

—Voy a mandar a paseo a quien sea. No te muevas de ahí.

Sarah emitió un suspiro como

respuesta.

Tras cubrirme escasamente con el kimono de Sarah, fui hasta la puerta y la abrí de golpe para hacerme valer.

Para mi asombro, al otro lado me esperaba Liwei con la frente perlada de sudor.

—Pero... —farfullé—. ¿Cómo es que...?

Me interrumpí de nuevo al ver que el chino se cubría la boca del estómago con la mano. Luego la apartó lentamente, como movido por un secreto control remoto, mostrando la palma bañada en sangre.

Su voz sonó ahogada al decir:

—Han disparado sobre mí.

—Voy a llamar una ambulancia —
repuse muy asustado, pero con la otra
mano Liwei me sujetó para que no
pudiera ir hasta el teléfono.

—Demasiado tarde.

Sarah se incorporó en la cama,
olvidando incluso que estaba desnuda.
Justo entonces el profesor se plegó hacia
delante hasta caer sobre la moqueta, casi
sin hacer ruido.

Antes de exhalar su último suspiro,
dijo con un hilo de voz:

—Los Hijos de la Luz.

EL TERCER FARO

BUDA



LAS CUATRO NOBLES VERDADES

I

El sufrimiento es inherente a la vida.

II

El origen del sufrimiento está en los deseos, que provienen del ego.

III

El sufrimiento puede ser aplacado.

IV

Para extinguir el sufrimiento, debemos seguir el sendero óctuple:

- 1) Conocer y comprender las cuatro nobles verdades.
- 2) No ceder a los deseos o al odio.
- 3) Controlar las pasiones, alejar el odio y otros venenos.

- 4) No hablar en exceso ni mentir.
- 5) Evitar acciones incorrectas como matar, robar o herir.
- 6) Ganarse la vida dignamente sin perjudicar a otros.
- 7) Reprimir los malos instintos y alimentar los buenos.
- 8) Meditar con aplicación.

LA MENTE ES LA CLAVE

Todos los estados encuentran su origen en la mente.

La mente es su fundamento y son creaciones de la mente.

Si uno habla o actúa con un pensamiento

impuro,

entonces el sufrimiento le sigue de la
misma manera
que la rueda sigue la pezuña del buey.

CUARTA PARTE

El maestro Kong

Los hijos de la Luz

El sufrimiento del que hablaba Buda — había sido fácil encender el tercer faro en la página web de Marcel— se manifestó de forma velada en los días siguientes. El asesinato por arma de fuego de Liwei se ventiló con mayor facilidad de la esperada. Antes, sin

embargo, tuvimos que cumplir con dos largos interrogatorios en los que detallamos cada minuto que habíamos pasado con el profesor de la Universidad Americana.

A petición de Sarah, en ningún momento mencionamos el nombre de Marcel Bellaiche. Un muerto anterior en extrañas circunstancias habría desatado una investigación policial de mayor envergadura, cuando los agentes trabajaban con la hipótesis de un asalto con el móvil de robo, ya que la cartera del chino había desaparecido.

Para evitar que nos retuvieran en Beirut, nuestra versión de los hechos era

que nuestra visita a Liwei tenía sólo un interés académico en relación con el *I Ching*. De algún modo era así, aunque luego las cosas se hubieran ido de madre.

A nuestro favor teníamos que el personal de recepción nos había entregado las llaves y nos había visto subir una hora antes del crimen. Por su parte, un botones testificó que había visto entrar al chino de forma titubeante, pero lo había confundido con un cliente ebrio del hotel.

En cualquier caso, no nos relacionaron directamente con el suceso, con lo que dos días más tarde obtuvimos

el permiso para salir del país. El único enigma que inquietaba a la policía era por qué el muerto había ido en busca de sus amigos, en lugar de llamar a una ambulancia.

Al parecer, su coche había sido asaltado muy cerca del hotel. Eso era todo lo que habíamos podido saber.

Por el mismo motivo que no mencionamos a Marcel, también había pactado con Sarah no revelar las últimas palabras de Liwei: «Los Hijos de la Luz», ya que hubiera implicado revelar muchas cosas para las que no teníamos explicación, además de dejar al descubierto la investigación encargada

por los Bellaiche.

No fue hasta tomar el avión a Doha, para seguir desde allí a Katmandú, que decidimos hablar del tema. Era poco probable que la policía de Beirut infiltrara un agente secreto en un vuelo de larga distancia para espiarnos. Tenían problemas más urgentes que atender la muerte de un extranjero borracho a las tres de la madrugada.

Antes del salto a Oriente, siguiendo el itinerario del cuaderno, habíamos encendido una tercera antorcha en la página web de Marcel y comprobado

que necesitaríamos al menos una semana para obtener un visado a China, mientras que el trámite para entrar en Nepal era inmediato y podía realizarse en cualquier frontera.

El Airbus 380 ya surcaba el cielo de Qatar en dirección al este cuando la francesa llamó mi atención con una leve caricia en mi brazo. Emocionalmente bipolar, era el primer gesto cariñoso que me prodigaba desde que nos habíamos intentado acostar aquella siniestra madrugada.

—¿No te parece extraño que Liwei insistiera tanto en desmentir lo del disco de plomo para luego advertirnos contra

los Hijos de la Luz? Porque fue eso: un aviso de que íbamos a seguir el mismo camino que él... y que Marcel.

Levanté la mirada de los folios que había impreso en el Fenicia para discutir aquella hipótesis que también yo había barajado.

—Eso arrojaría una luz nueva sobre este asunto —opiné—. Como mínimo tendríamos un sospechoso del asesinato en Fisterra, aunque no sepamos quién es ni qué había descubierto Marcel para ser ajusticiado. Algo que sin duda había conocido Liwei, ni que sea en parte, para terminar del mismo modo.

—Veo que el movimiento activa tus

neuronas —dijo ella admirada—. Apoyo tu deducción, sólo que yo no hablaría de uno, sino de un colectivo de sospechosos. Los Hijos de la Luz.

—La intuición me dice que, en este caso, el asesino trabaja en solitario. Otra cosa es que los Hijos de la Luz englobe a una secta new age o cualquier otro delirio colectivo. Pero el ejecutor es uno solo que trabaja totalmente por su cuenta sin informar a nadie. Ésa es mi impresión. Al pie del faro, junto al muerto encontraron las pisadas de un solo hombre, y la lógica me lleva a pensar que es el mismo que ha liquidado a nuestro anfitrión en Beirut.

Sarah se quedó pensativa. Luego suspiró y sus ojos azules se fundieron con el cielo radiante que atravesaba aquella nave con más de quinientos pasajeros.

Aproveché la pausa para terminar de leer un artículo que me había impreso de Karen Armstrong, una especialista en la era axial. En él sostenía que la sabiduría que emergió en varios focos simultáneos en aquella época no se ha superado aún, exceptuando la exclusión de las mujeres en la transmisión del conocimiento.

La visión de aquellos maestros supuso un rompimiento radical con la era preaxial. La vida pasaba a ser más

importante que las teorías. La ética sustituía a los rituales sin sentido. El acceso a Dios, al Nirvana o al Tao se conseguía a través de una vida recta y compasiva. El Creador ya no era un ser temible que exige sacrificios, sino que inspiraba empatía y paz. La guerra y violencia preconizada por antiguas creencias había dado paso al amor — amarás a tu prójimo como a ti mismo— y a la vida interior.

Karen Armstrong culminaba así su reflexión:

Los profetas, místicos, filósofos y poetas de la era axial estaban tan avanzados y su visión era tan radical que

las generaciones posteriores tendieron a diluirla. En ese proceso, a menudo se produjo precisamente el tipo de religiosidad que los reformadores de la era axial querían evitar.

Todas las tradiciones que se desarrollaron durante la era axial ampliaron enormemente las fronteras de la conciencia humana y descubrieron una dimensión trascendental en lo más hondo de su ser, pero no contemplaron ese hecho como sobrenatural, y la mayoría de ellas incluso se negaron a discutir ese asunto. Lo que importaba no era lo que uno creía sino cómo se comportaba. La religión consistía en hacer cosas que te cambiaban a un nivel profundo.

En aquel momento, Sarah dejó de

escrutar el azul del cielo para pedirme el cuaderno de Alejandría. Desde que seguíamos juntos aquella investigación, yo había decidido compartir con ella lo poco que sabía, incluyendo aquel cuaderno que llevaba siempre conmigo y que contenía alguna clave que no sabíamos interpretar. Tal vez la muerte de su dueño, el asalto a mi casa e incluso el asesinato de Liwei guardarán relación con aquella libreta de tapas de tela.

Lo más frustrante de todo era que, aparte de seguir temerariamente el itinerario del muerto, como me había pedido Simón, estábamos lejos de

entender qué era lo que había desatado la tragedia.

—Después de Nicosia y Beirut —comentó Sarah—, antes del trayecto final a Galicia, nuestro hombre estuvo en Katmandú, Pekín, Shanghái y Hong Kong.

—Así es.

—Sin embargo, no hay una sola pista de lo que hizo en Katmandú... ni siquiera el nombre de un hotel. Todas las notas crípticas que quedan están destinadas a China. ¿Qué haremos en Nepal?

—De momento, solicitar nuestros visados a China.

Un mal presentimiento cruzó de repente por mi cabeza.

—¿Crees que los Hijos de la Luz, o quien actúe en nombre de ellos, conocen la ruta que estamos siguiendo?

—No tengo ninguna duda —aseveró muy seria—. Vamos tras los pasos de un hombre que fue ajusticiado en la casilla final de este itinerario. Y algo me dice que sólo estaremos a salvo mientras se nos escape el descubrimiento de Marcel. Es más...

Sarah se había interrumpido para echar un vistazo circular a los pasajeros, aunque desde nuestros asientos sólo podíamos ver una parte. Finalmente

concluyó:

—Estoy convencida de que el asesino de Marcel y de Liwei viaja en este mismo avión.

La otra orilla

Aquella ciega pesquisa que ahora nos llevaba a Oriente iba a costar a los Bellaiche una buena minuta en hoteles, ya que Sarah había reservado dos dobles en el Hyatt Regency. Era un lujoso hotel de cinco estrellas cerca de la estupa Boudhanath, el lugar más

sagrado para los tibetanos fuera del Tíbet.

La bulliciosa y comercial Katmandú se encontraba sólo a seis kilómetros de aquel palacio, rodeado de bucólicos paisajes que recordaban más a la campiña inglesa que a uno de los países más pobres del mundo.

Después de entregar nuestros equipajes en recepción y de inscribirnos en el hotel, pasamos la mañana del martes en la embajada China, donde se comprometieron a agilizar un visado para aquel mismo jueves. Era una buena noticia, me dije, ya que cuanto menos alargáramos aquella odisea, mayores

serían nuestras probabilidades de salir con vida.

De vuelta al Hyatt, almorzamos algo ligero en el hotel y desfilamos cada uno a su habitación. La noche loca de Beirut quedaba muy atrás en el ánimo de mi compañera francesa, que dijo ceremoniosa:

—Nos veremos mañana pronto para desayunar y pasear un poco por Katmandú. Tengo tanto sueño atrasado que voy a meterme ahora en la cama y empalmaré ya con la noche.

Después de un par de besos en las mejillas, me encontré en una suite que doblaba el tamaño de mi piso en

Barcelona. Un amplio ventanal daba a la famosa estupa de los tibetanos, con la capital nepalí en un fondo acotado por dos altas montañas.

Traté de mitigar el sentimiento de culpa de quien está gozando de placeres que no le corresponden haciendo algo útil. Antes o después el abogado Simón reclamaría un dossier que justificara todos aquellos gastos, más allá del dinero que me había legado el difunto.

Para redactarlo contaba por ahora con datos concretos sobre la estancia de Marcel en Chipre, con el *highlight* de su visita al Maulana y aquel informe sobre la biblioteca de Alejandría que se

arrugaba entre los calcetines de mi maleta. En Beirut había asistido al último día de quien le había alojado y quizás había sido su amante. Podía hablar de Liwei, así como del mito del disco de plomo y de los misteriosos Hijos de la Luz. También podía ampliar el dossier con los resúmenes que el propio Marcel había colgado en la página web, aunque por sí solos no tenían más interés que el educativo.

Después de un fugaz vistazo sobre Hermes Trimegisto y el *I Ching*, lo cierto era que habíamos aterrizado en el país de Buda, y sabía poca cosa de él aparte de su origen principesco y de las

cuatro nobles verdades, así que decidí tomar un librito en inglés de una estantería de la suite.

Sabía que los adivinos del rey Suddhodana, su padre, le habían advertido que su hijo elegiría la vía espiritual, motivo por el que lo confinó hasta los veintinueve años dentro de los muros de palacio, lejos de cualquier signo de dolor, enfermedad o mortalidad.

Su despertar en el lado sombrío del mundo le llegó a esa edad, tras pedir a un cochero que le procurara un paseo por el campo. Lo que para cualquier persona habría sido una excursión como

cualquier otra, para Siddhartha, nombre del futuro Buda, fue toda una revelación, ya que se asombró al encontrar en el camino un hombre de edad avanzada, un enfermo y finalmente un cadáver.

Tras abandonarlo todo para dedicarse a buscar, como asceta mendicante, la liberación del sufrimiento, decidió vestir una túnica azafrán porque era el color de la ropa que vestían los condenados el día de su ejecución.

El librito incluía una selección de sus discursos más célebres, así como algunos aforismos contenidos en el *Dhammapada*, obra fundamental del

budismo.

Entre todos los textos me llamó la atención el relato de cómo el Buda explicaba a sus monjes la utilidad del *dharma* —las enseñanzas—, y cómo debían desprenderse también de eso una vez hubieran ascendido en su nivel de consciencia.

—¡Oh, monjes!, os enseñaré el *dharma* para cruzar a la otra orilla, no para conservarlo; escuchad, prestad atención, y hablaré.

—¡Sí, Señor! —asintieron los monjes.

—¡Oh, monjes!, si un hombre que va de camino se encuentra con una gran extensión de agua, y ve que la orilla que

él sigue es peligrosa y causa espanto, y que la otra orilla no es peligrosa ni causa espanto, pero que no hay ninguna barca ni ningún puente para poder cruzar de ésta a la otra orilla, tal hombre podría pensar: «Ésta es una gran extensión de agua, esta orilla es peligrosa y causa espanto, la otra orilla no es peligrosa y no causa espanto, pero no hay ninguna barca ni ningún puente para cruzar de ésta a la otra orilla. ¿Y si, después de haber recogido hierbas, palos, ramas y hojas y haber construido una balsa, sirviéndome de esta balsa y esforzándome con pies y manos, pudiera cruzar sano y salvo a la otra orilla?». Entonces, ¡oh, monjes!, este hombre, después de haber recogido hierbas, palos, ramas y hojas y haber construido una balsa, sirviéndose de

esta balsa y esforzándose con pies y manos, podrá cruzar sano y salvo a la otra orilla. Una vez cruzado y llegado a la otra orilla, este hombre podría pensar: «Esta balsa me ha sido muy útil. Sirviéndome de esta balsa y esforzándome con pies y manos, he podido cruzar sano y salvo a esta otra orilla. ¿Y si ahora, cargando la balsa sobre mi cabeza o llevándola a hombros, prosiguiera mi camino según mi deseo?». ¿Qué pensáis de ello, ¡oh, monjes!? ¿Está haciendo este hombre con la balsa lo que habría que hacer?

—¡No, Señor!

—¿Cómo ha de actuar, pues, ¡oh, monjes!, este hombre para hacer con la balsa lo que habría que hacer? En este caso, ¡oh, monjes!, este hombre que ha cruzado y alcanzado la otra orilla podría

pensar: «Esta balsa me ha sido muy útil. Sirviéndome de esta balsa y esforzándome con pies y manos, he podido cruzar sano y salvo a esta otra orilla. ¿Y si ahora, después de haber dejado la balsa en tierra firme o haberla hundido en el agua, prosiguiera mi camino según mi deseo?». Actuando así, ¡oh, monjes!, este hombre estaría haciendo con la balsa lo que habría que hacer. Esto mismo, ¡oh, monjes!, es lo que se ha de hacer con el *dharma* enseñado por mí para cruzar, no para conservar.

Tras leer este discurso me dije que tal vez Marcel había cruzado a la otra orilla, descubriendo algo esencial en aquellos siete maestros espirituales,

pero no había conservado siquiera la vida para contarlo.

Seguí leyendo aquella antología de textos mientras la tarde se iba desplomando sobre la estupa de Boudhanath. Desde mi ventanal podía distinguir algunos de los cincuenta monasterios tibetanos construidos a su alrededor por exiliados.

Al parecer, allí estaban enterrados los restos del sabio Kasyapa, también venerado por los hinduistas.

Imbuido por una aletargada calma, me serví del minibar una cerveza Gorkha que me supo a néctar de los dioses. Decidido a redactar un dossier

que, por ahora, no me valdría la recompensa de 180 000 euros, conecté mi portátil al wifi del hotel.

Un correo electrónico de Yvette me anunciaba que llevaba dos días de retraso con mi entrega y que me jugaba el puesto si no redactaba el guión semanal aquel mismo día.

«Dimito», fue toda mi respuesta antes de cerrar el Outlook y entrar de nuevo en la página web del difunto. Tras mi iniciación express en el budismo, quería repasar las cuatro nobles verdades y el sendero óctuple.

Para mi asombro, además de los siete faros había un elemento nuevo en

la arquitectura de la página. A la derecha se había añadido una estantería virtual donde relucía un PDF con el título «EMDLMT». Aquella novedad era de lo más inquietante, habida cuenta de que aquella página era obra de alguien que llevaba más de una semana muerto.

Cliqué sobre aquellas siglas con la seguridad de que la búdica placidez que acaba de conocer estaba a punto de esfumarse.

El misterio de los lamas tibetanos

En un país misterioso sobre el techo del mundo, con majestuosos monasterios rodeados por vientos furiosos y tempestades, donde se escuchan en la noche cantos guturales y trompetas sagradas, viven hombres capaces de

vencer la gravedad, el frío extremo y el agotamiento. Un país de nieve donde las leyendas hablan de un paraíso perdido poblado de seres perfectos que guardan la fuente de la sabiduría eterna.

Las enseñanzas espirituales del Tíbet proceden del budismo esotérico, el cual se ha transmitido de boca en boca durante generaciones por los más sabios de los lamas, aquellos que guardan el secreto.

Para los lamas, el apego a las relaciones y creencias terrenas es lo que nos separa de la intuición, de la verdad sutil, dejando sólo a los niños, a los iniciados y a aquellos ancianos que ya

rozan la muerte la capacidad de entrever más allá. De cualquier modo, todo ser humano lleva una vida doble, la vigilia y el sueño, cuando el alma se escapa y viaja sin límites espacio-temporales, motivo por el que es necesario un entrenamiento durante la vigilia para eliminar la confusión y la incoherencia del subconsciente.

CAMINAR SIN DESCANSO

¿Es posible entonces controlar la materia, la mente y el espíritu? Los lamas realizan ejercicios físicos y espirituales para adiestrar la

respiración, la concentración y adquirir ligereza y velocidad. A través de la técnica del *Lung-gon* y sus meditaciones, los monjes logran desarrollar sus capacidades hasta límites insospechados, eliminando el peso corporal, desarrollando la energía vital e incluso haciendo posible viajar a pie a lo largo de cientos de kilómetros con una marcha constante y rápida, como si no tocaran el suelo, sin detenerse ni descansar, en pleno trance.

La primera occidental en narrar una experiencia semejante fue Alexandra David-Néel, una de las pocas personas que vivió en el Tíbet durante catorce

años entre los lamas. Ella se cruzó con uno de estos viajeros y fue advertida por su guía para que no hablara con el lama, puesto que durante el trance están poseídos por un Dios al que se dirigen con unas fórmulas mágicas, las cuales deben continuar hasta finalizar el camino, pues si se detienen, el monje puede llegar a morir.

LEVITAR MEDITANDO

Se ha hablado también de los lamas voladores, quienes se concentran en neutralizar el peso del cuerpo. Algunos son capaces de sentarse sobre una brizna

de hierba sin doblarla siquiera.

El primer descubrimiento de uno de ellos fue a principios del siglo XX, durante una expedición británica por la ruta de Gangtok, cuando los soldados vieron una figura inmóvil sobre el tronco de un árbol seco y, al mirar por un binóculo, descubrieron a un hombre de vestimenta clara y cabello largo que no llegaba a rozar el árbol y que, al percatarse de que era observado, saltó y desapareció.

Decimos que un cuerpo levita cuando es capaz de flotar sin que ningún otro objeto esté en contacto con él, y la ciencia comprende distintas causas que

pueden desencadenar dicho fenómeno:

—La electrostática, es decir, que el cuerpo en cuestión esté cargado de energía eléctrica y se produzca una fuerza igual opuesta a la gravedad;

—la aerodinámica, cuando un objeto se mantiene en el aire por la presión ejercida a causa de la variación de los gases;

—el electromagnetismo, como en la repulsión de dos imanes con la misma polaridad;

—la óptica, cuando objetos de poca masa levitan mediante la presión de la radiación;

—la acústica, relativo a los objetos

de poca masa que se mantienen a flote por ondas sonoras intensas;

—la antigravedad, una hipótesis física que abre la posibilidad de que en ciertas condiciones los objetos se repelan en lugar de atraerse por la intensidad del campo gravitatorio.

¿Es posible que alguna de estas leyes físicas afecte a los lamas? Lo cierto es que cuando han sido interrogados sobre tales experiencias aseguran que mientras corren, ya sea por montaña o camino, durante el día o la noche, se sienten leves y como si fluctuaran, y que, en ocasiones, la forma física de algunos monjes llega a hacerse

tan leve que han de atarlos con cadenas durante sus meditaciones para que no floten.

UNA GUÍA DE VIAJES PARA LOS MUERTOS

El mundo en el que viven los monjes tibetanos, así como sus creencias, es muy distinto al que nos han enseñado en Occidente, pues no temen a la muerte porque conocen sus caminos y entresijos.

El *Libro tibetano de los muertos* o *Bardo Thodol* es un antiguo códice que enseña los secretos de la reencarnación. Se trata de un libro escrito a partir de

los conocimientos que han dictado a lo largo de los siglos los lamas durante el proceso en que el cuerpo y el alma se separan. De esta experiencia se han sacado tres claras fases que acompañan a la muerte:

1. Una sensación de presión, como si nos hundiéramos.

2. Seguida de una sensación de frío y humedad, como si nos hubiéramos sumergido en aguas frías que lentamente se convierten en llamas.

3. Finalmente la sensación inequívoca de que nuestro cuerpo desaparece convirtiéndonos en aire.

Los *delogs* son los monjes

encargados de estudiar los secretos del libro y son capaces de entrar en un trance conocido como *Kumbhak*, el cual les sumerge en un estado cataléptico durante días e incluso años.

Estos monjes poseen las técnicas necesarias para guiar a aquellos que se encuentran en el umbral de la muerte y liberarlos de su envoltura física a través de palabras sagradas. En muchas ocasiones, realizan presión en determinadas arterias, así como en el cráneo, para liberar lentamente y en paz el alma.

Según este libro sagrado, cuando morimos entramos en una especie de

sueño de nuestra anterior vida, donde creemos aún estar vivos y continuamos realizando nuestras rutinas. Por ello existen ritos para persuadir a los difuntos de que sigan en sus hogares, y los monjes les guían para que no pierdan el camino y emprendan su viaje.

Siguiendo estos rituales, el cuerpo del difunto es llevado por la familia dentro de un gran caldero lejos de Lhasa, a una zona destinada sólo a los ritos funerarios. Allí los monjes *ragyalpas*, que se encargan de los difuntos, colocan el cuerpo sobre un altar de piedra y, entonando unos cánticos que sirven para alejar del todo

el espíritu y devolver la materia a la tierra, despedazan el cuerpo y lo ofrecen a un grupo de cuervos y mastines sagrados.

¿Y qué ocurre con nuestro espíritu cuando morimos? El alma, que ha sido guiada por los monjes hacia su camino, ve un relámpago, una luz cegadora que representa la posibilidad de liberarse de la rueda de la existencia, la cual sólo es posible ver una vez por reencarnación.

En ese instante las acciones cometidas durante la vida son las que deciden el siguiente paso. Si son demasiado pesadas para el alma, ésta no podrá alcanzar la luz y empezará a vagar

a lo largo de su camino hasta detenerse. En este punto comprende que para volver a ver la luz necesita reencarnarse y así lo desea; el deseo se cristaliza en materia y nace un nuevo cuerpo.

Pero, según los sabios, no existe sólo una «Tierra» y un «hombre»: la reencarnación puede producirse en infinitos mundos y formas, algunas de ellas tan sutiles que nuestros sentidos no podrían llegar a percibir.

EL REINO PERDIDO DE SHAMBHALA

Los antiguos mitos budistas hablan de un reino oculto, fuente del *Kalachakra*, que

hasta Hitler quiso conquistar, un paraíso perdido más allá del Tíbet.

Los escritos sagrados dicen que el reino de Shambhala está dividido en ocho regiones en forma de loto, cada una rodeada por un anillo de montañas de hielo y en el centro la capital, Kalapa. Según explican los textos, sus habitantes no están sujetos a las leyes físicas, pueden materializarse, volar y desaparecer a voluntad, y disponen de una tecnología mucho más avanzada que la nuestra.

Algunos sostienen que cuando el gran desierto de Gobi era parte del mar existía un inmenso continente que

empezaba en el Himalaya y se extendía por la India. Fue en ese gran continente donde nacieron todas las ciencias y artes de las grandes civilizaciones antiguas.

Allí se originó después el oasis inaccesible de Chang Shambhala, una búsqueda que muchos han emprendido y para la que «no es preciso mapa o guías, sólo es necesario estar preparado íntimamente. Entonces lo inefable aparecerá».

Hitler y sus seguidores quisieron encontrar este reino perdido. Pero ¿qué ocultaban las tierras del Tíbet que pudiera resultar tan importante para ellos?

LA SOCIEDAD DE THULE Y LA EXPEDICIÓN AL TÍBET

Estas creencias nazis estaban basadas en la mitología ocultista, es decir, en una serie de leyendas, relatos e historias que fueron uniéndose a lo largo de las décadas hasta construir un nuevo universo místico. Junto con esta serie de leyendas y relatos, y el superhombre de la filosofía nietzscheana, nació la ariosofía y, años después, la creencia de que los habitantes de Thule eran los antepasados de la raza aria.

Fue de este modo como en 1910 nacería en Alemania la Sociedad Thule,

para fusionarse en 1918 con el sufismo esotérico y la francmasonería, convirtiéndose en una sociedad secreta.

El joven Hitler fue iniciado en la Sociedad Thule y, durante su mandato en el Partido, y más adelante como el Führer, sería influenciado por hombres como Himmler en relación con las culturas japonesa, india y tibetana. Por ese motivo, la bandera del nazismo sería la *Hakenkreuz* o cruz gamada, adoptada por el movimiento neopagano alemán a partir de la esvástica hindú, un símbolo milenario para la buena suerte y el bienestar, existente en la mayoría de las culturas antiguas.

El Partido Nazi eliminó cualquier posible rival ocultista y acabó con sus grupos y logias secretas. Con la creación de la Oficina para el Estudio de la Herencia Ancestral o Ahnenerbe, encargada de estudiar el origen de la raza aria, finalmente emprendieron varias expediciones al Tíbet.

Fue en 1938 cuando el gobierno del Tíbet, sintiéndose amenazado por la alianza británica y china, invitó a la celebración del Año Nuevo a Alemania y su recién estrenada alianza con los japoneses, quienes apoyaban al Tíbet.

El grupo Ahnenerbe fue el encargado de las expediciones y las

investigaciones realizadas entre el pueblo tibetano, mediante pruebas físicas, para encontrar el origen ario de sus habitantes.

Eso sí, jamás encontraron el reino perdido de Shambhala.

Adivina quién te invita a cenar

Cuando cerré el PDF, necesité un buen rato para recuperar el juicio. ¿Cuál era el sentido de aquel popurrí misterico sobre los lamas junto al mensaje, puro y cribado, de cada maestro?

No parecía obra de Marcel

Bellaiche, si es que aquel informe sobre la biblioteca de Alejandría era suyo. Y no sólo porque estuviera muerto y ya no pudiera implementar su página web. Ese documento podía haber sido cargado tiempo atrás en el servidor, con una fecha establecida para su publicación. De ser ése el caso, tal vez hubiera otros documentos en camino con revelaciones similares.

Parecía obra de una mente mucho más fantasiosa y alejada del conocimiento ortodoxo.

De repente, sentí el deseo de salir del hotel para perderme por el casco viejo de Katmandú. Sin embargo, los

últimos acontecimientos aconsejaban no aventurarse en una ciudad desconocida, y mucho menos a solas. Si de aquel avión había desembarcado alguien dispuesto a ir tras nuestros pasos, lo más seguro era quedarse en esa jaula de oro.

Miré la hora en mi reloj: casi las nueve de la noche.

Al pensar en Sarah sentí una dolorosa punzada en el vientre, como un adolescente enamorado, y estuve tentado de llamar a su puerta para que bajáramos juntos a cenar. Sin embargo, me frené al recordar que me había citado de manera expresa para el desayuno.

Tenía hambre y no me apetecía cenar solo en el restaurante del Hyatt, así que decidí mirar la carta del servicio de habitaciones. Elegí que como primer plato tomaría patata asada con ajo de elefante —a saber qué era— y salsa de mostaza. Como segundo, unos fideos vegetales hakka.

Ya estaba marcando la extensión del restaurante cuando dos suaves zumbidos en mi móvil me alertaron de la entrada de un WhatsApp.

Por tercera vez era el tal Deep Light. Aquella mente enferma volvía a insistir en lo que en la última ocasión había contestado, insulto incluido, al

preguntarle por el idioma
incomprensible del mensaje:

Es gílgico.

Dejé la carta del servicio de
habitaciones a un lado y escribí por
puras ganas de matar el tiempo:

¿A qué familia de lenguas
pertenece?

Recibí respuesta pocos segundos
después:

A ninguna. Es un idioma creado por
Julio Cortázar. ¿Cómo estás, viejo?

Pocas cosas resultan tan desasosegantes como que alguien demuestre que te conoce, por ejemplo, en la calle, cuando tú no recuerdas quién es. En este caso, de golpe tuve la certeza de que no se trataba de un error. El tipo del gíglico me conocía, aunque no tenía su número en mis contactos ni relacionaba con nada su *nickname*.

Contraataqué:

¿Quién es Deep Light?

En la parte superior de la aplicación se mantuvo el aviso *typing* un buen rato, lo que significaba que mi interlocutor

estaba preparando una respuesta larga. De vez en cuando se detenía, para luego volver a teclear un mensaje que sólo apareció cuando Deep Light le dio salida definitivamente:

Es alguien que te conoce mejor que tú mismo.

Alguien que te salvó la vida en el pasado.

Alguien que puede volver a salvarla.

Acto seguido, adjuntó una fotografía que confirmó mis sospechas. Al ver aquella veinteañera de coletas azules — a juego con sus ojos— y cara algo demacrada recordé, como en el túnel

final de la muerte, todos los líos que me había causado durante mi investigación sobre Einstein.

La hermana —y rival— de Sarah se hallaba al acecho para ocasionar nuevos problemas:

¿Lorelei?

Dime, cielo.

¿Desde cuándo tienes mi número?

¿Qué diablos quieres?

Tras unos segundos en suspenso, volvió a la carga:

Busco la luz. Igual que Marcel. Igual que tú. Igual que todos.

Estoy aburrida en Katmandú, por extraño que suene.

¿Tienes planes para esta noche?

¿Cómo es que conoces a Marcel?
¿Qué diablos haces aquí? ¿Sabe Sarah
que vas tras nuestros pasos?

Como toda respuesta, Lorelei envió una foto en la que se acercaba el índice a su nariz respingona. Aquello quería decir chitón, no digas nada. Para aumentar mi estupor, la hermanastra doce años más joven que mi compañera lanzó el mazazo definitivo:

Trabajo directamente para Marcel, no como vosotros.

No digas tonterías, Lore. ¿Qué sabes tú de este asunto? Marcel Bellaiche está muerto.

¿Cómo puedes estar tan seguro?

¿Has visto el cuerpo?

Un escalofrío me atravesó el espinazo. Aunque había leído en Barcelona la noticia de su muerte, la posibilidad de que Sarah y yo hubiéramos sido engañados desde el principio se abrió como un precipicio ante mis pies.

Como si pudiera contemplar de algún modo su triunfo, Lorelei escribió a continuación:

Seguro que ahora quieres salir conmigo esta noche, ¿verdad, cielito? Sé muchas cosas que tú desearías conocer, pero sólo te las contaré si haces méritos para ello. Te espero aquí en una hora: Yak Café, Thamel,

Katmandú.

El día que te mueras

La cita se había fijado en un restaurante de Kwa Bahal, en el extremo sur del céntrico barrio de Thamel. Eran las diez de la noche cuando atravesé una verja verde para entrar en un local oscuro y concurrido.

Busqué a Lorelei entre las mesas

llenas de nepalís quemados por el sol, occidentales barbudos y chicas atléticas con aspecto de alpinistas, lo que me hizo pensar que aquél era un punto de encuentro de trekkers y sherpas. Entre el humo que llenaba el Yak Café y la escasa iluminación, tardé un rato en descubrir a «Deep Light» en una mesa bajo un gran retrato del Dalai Lama.

—*Tashi delek* —dijo con una sonrisa pícar—. Es el saludo tibetano, aunque significa «Buena suerte».

Mientras tomaba asiento, me fijé en los cambios que se habían producido en la hermana de Sarah desde la última vez que la había visto, más de un año atrás,

en Cadaqués. Seguía llevando las coletas azules tiesas, a lo Pippi, y una camiseta de Joy Division con el lema *Unknown Pleasures* bajo lo que parecía una temblorosa cordillera.

—¿Me estás mirando las tetas?

—Miro la portada de Joy Division —dije sin ceder a su provocación—. Parecen montañas superpuestas.

—Es un pulsar, imbécil. Esta imagen la eligió para el disco el guitarrista de la banda. La sacó de una enciclopedia de astronomía.

—No estoy doctorado en rock alternativo, listilla. Y tampoco he salido de un hotel de cinco estrellas para que

un petardo como tú me insulte. ¿Qué diablos quieres? Deberías seguir leyendo a Cortázar y dejarme en paz.

Lorelei exhibió una sonrisa beatífica que dejó a la vista una dentadura perfecta. Bajo aquella imagen de muñeca punk, yo sabía que se ocultaba una psicópata capaz de liquidar a cualquiera que le estorbara. Era el resultado de una familia suiza —el padre de Sarah se había vuelto a casar en Lausana— demasiado mayor y acomodada para querer enterarse de las tropelías de su hija. Preferían mantenerla alejada, procurándole los fondos necesarios, y recibir noticias

falsamente tranquilizadoras de vez en cuando.

—¿Qué edad tienes ahora? ¿Veinte? ¿Veintiuno?

—Eso no es asunto tuyo.

Antes de que pudiera pedir nada, un pequeño camarero puso una fuente de *momos* —los raviolis tradicionales tibetanos— y un brebaje que luego supe que era *tongba*, cerveza caliente de mijo.

El sabor no era tan horrible como me esperaba, y encontré aquellas empanaditas fritas ciertamente deliciosas. Tras dar buena cuenta de ellas, empecé mi interrogatorio.

—Así que trabajas para Marcel Bellaiche. ¿Puedo saber dónde y cuándo le conociste?

—No le he visto nunca.

—Ajá, ya sabía yo que tu mensaje era un farol. ¿Cómo puedes decir que está vivo alguien a quien ni siquiera conoces?

—Hay muchas maneras de estar vivo.

Dijo eso con media sonrisa enigmática, antes dar un buen trago a su vaso de *tongba*. Luego se limpió los labios con la servilleta de tela y prosiguió:

—El mundo virtual ha complicado

tanto las cosas que uno ya no puede ni morir, porque sigue existiendo en la red. A no ser que contrates una empresa para que borre tu rastro, tu fantasma te sobrevivirá en Facebook o en la red social de moda el día que te mueras.

—¿Me estás diciendo entonces que éste es tu trabajo? —pregunté asombrado—. No sabía que Marcel tuviera un Facebook. ¿Quién te ha pedido que...?

De repente se encendió en mi cabeza la estantería virtual que había aparecido, de un día para otro, en la página web creada por Bellaiche. Tuve la certeza de que la loca del pelo azul era la autora de

«El misterio de los lamas tibetanos».

—¿Has visto levitar a algún lama?
—le pregunté socarrón.

—Todavía no, pero no dudo de que eso sea posible —dijo ofendida—. Pienso viajar al Tíbet después de hacer el trekking del campo base del Everest. Diez largos días de marcha entre precipicios. Salgo mañana con un grupo de austriacos, así que sólo tenemos esta noche para acostarnos. Mi hotel está en esta misma calle, aunque no me importaría que rompiéramos tu cama del Hyatt Regency.

Tuve que contener un ataque de risa, a la vez que me proponía sacarle toda la

información posible a aquella chiflada. El exceso de tiempo y dinero, junto con la rivalidad con su hermana, la habían llevado a enterarse de aquel fúnebre proyecto.

—Ya hablaremos de eso. Antes quiero saber cómo has conseguido las claves para meterte en la página web de un tipo que murió a miles de kilómetros de aquí. También me dirás cómo has sabido de nuestra llegada a Katmandú.

—Simón me tiene informada de todo.

Aquel nombre cayó sobre la mesa del Yak Café como un mal fatuo. Lorelei notó que estaba ansioso y añadió:

—Casualmente estaba en casa de mi hermana, en París, el día que ese abogado llamó para liarla contigo a perder el tiempo. El número quedó grabado en el móvil de Sarah, así que sólo tuve que llamar para ofrecerme como «agente libre» o algo así. Le dije que en vuestra anterior desventura os había salvado la vida a ambos y podía haceros de guardaespaldas.

—Vas a sernos muy útil desde el Everest. —Reí—. Me siento protegido sólo con saber que estarás en el campo base.

—Cállate, imbécil. Me pidió que os dejara hacer vuestro trabajo y que le

informara de todo lo que fuera sucediendo. A cambio, yo podría estar al corriente de vuestros desplazamientos y estancias siguiendo el rastro de la tarjeta de crédito que él entregó a Sarah. Ése es un mapa de ruta que nunca falla.

Tragué con dificultad el poso de cerveza de mijo y pedí otra, mientras una fuente de *momos*, ahora con vegetales, aterrizaba sobre nuestra mesa.

—Me parece estúpido por su parte que te haya permitido ser nuestra sombra. ¿Y qué aportas tú a esta misión suicida?

—Simón me ha puesto al cargo de la página web. Es un trabajo no

remunerado, eso sí. Incluso pago de mi bolsillo los viajes y hoteles. También esta taberna, así que ya me puedes dar las gracias: *To chi chié* en tibetano.

—Vamos a ver... —traté de aclararme—, Marcel Bellaiche creó esta página web con los siete faros espirituales, un juego de niños donde hay que escribir cada nombre para recibir su mensaje. Tú has añadido un artículo de motu proprio, sin que nadie te lo haya pedido, ¿verdad?

—Correcto, tengo alma de guionista, igual que tú. Esta página web me parecía demasiado sosa, necesitaba un poco de magia. Simón no se ha quejado

en ningún momento —dijo orgullosa.

—Dudo que entre nunca. Y puesto que no te ha encargado que redactes nuevos contenidos, sigo sin saber por qué te ha pasado las claves.

Lorelei se metió la camiseta de Joy Division dentro de los tejanos para que dibujara mejor sus pechos, libres de cualquier sujetador. Luego se retocó el carmín de los labios y dijo:

—La página web de la luz de Alejandría no está cerrada. Los siete faros son sólo la presentación de lo que va a ser el verdadero mensaje. Algo gordo. Mi misión como webmaster es instalar esa novedad cuando llegue la

hora. Entonces se liará parda.

Respiré hondo ante las nuevas complicaciones que se perfilaban en el horizonte.

—¿Y tienes fecha para lanzar ese mensaje? ¿Sabes ya cuál es? Supongo que es algo que dejó escrito el muerto antes de terminar sus conclusiones sobre los iluminados.

Los ojos azules de Lorelei brillaron en la penumbra de la taberna antes de decir:

—No tengo aún esa revelación. Te corresponde a ti entregármela.

Los hijos de Kong

Continuamos la noche en su habitación ya que, terminada la cena, Lorelei se negaba a hablar en otro lugar. Tras subir las estrechísimas escaleras de un Youth Hostel del Thamel, la chica de las coletas azules abrió la única puerta del ático de la finca.

—Me encantan los hoteles baratos por toda la basura humana que atesoran en forma de recuerdos.

—No es una manera muy poética de decirlo —comenté mientras miraba inquieto una cama estrecha, tras la cual había un pequeño escritorio con un portátil desplegado y una silla arrimada a la ventana.

La noche de Katmandú llegaba con olor a incienso, junto con los cantos de pequeños templos que adquirirían por la noche su máxima actividad. Oriente se colaba por la ventana para envolvernos en un halo de ritual y mística humanidad.

Decidido a no mandar ningún signo

equivoco, ocupé la silla mientras Lorelei se arrancaba los pantalones sin ningún pudor. Acto seguido, ocupó el centro de la cama con una estudiada posición de loto.

Ahora que estábamos solos, su tono era más dulce que insolente, como si estuviera libre de la amenaza exterior que la impulsaba a marcar territorio.

—¿Ya has adivinado qué maestro se oculta detrás de cada faro? Vamos, es un juego de niños, tú mismo lo has dicho.

—Puedo imaginar quiénes son, pero ése es ahora mismo el menor de mis problemas. Ya he leído la síntesis del *Kybalion*, el *I Ching* y las cuatro nobles

verdades. El resto puede esperar. Tenemos que seguir buscando en China. ¿Te veré por allí?

—Ya te he dicho que no. Quiero hacer el trekking al campo base. Me comunicaré con vosotros desde el Everest con ese ordenador y la conexión wifi de mi móvil. Vamos, te voy a decir quién hay en el cuarto faro. Corresponde al maestro Kong.

—No lo conozco —reconocí avergonzado—. ¿Es ése uno de los siete iluminados del mundo antiguo?

—Es el que menos me gusta, ya que me cargan los moralistas, pero en China es un maestro de primer rango. ¿Cómo

puede ser que no lo conozcas? Acércate y te cuento sobre su vida.

Me trasladé junto a su cama con la silla.

En medio de aquel edredón raído, Lorelei parecía una Nina Hagen juvenil, una adolescente psicodélica que se resiste a madurar. Sus piernas desnudas en tijera, blancas y delgadas, no parecían capaces de soportar una marcha de diez días por el Everest, pero en cualquier caso era una buena noticia que no nos pisara los talones en China, me dije. Siguiendo unas notas incomprensibles, allí debíamos encontrar la revelación de Bellaiche,

algo «gordo» que Lorelei publicaría en la página del muerto y que supondría un cataclismo.

Así era, al menos, como lo había presentado la hermanastra de Sarah, que empezó a hablar:

—El futuro maestro nació en el siglo VI antes de Cristo. Era hijo de un militar que le dejó huérfano a los tres años, aunque dicen que ello no afectó a su educación. Kong era adicto a ser abandonado, ya que a los diecinueve años se casó y su mujer le dejó tras darle un hijo. Inmune al desánimo, nuestro hombre empezó a ocupar cargos de responsabilidad hasta ser nombrado

ministro de Justicia. Sin embargo, dimitió por diferencias de opinión con el príncipe regente en la provincia de Lu, de donde se acabó yendo.

—Como las galletas —intervine achispado por la cerveza tibetana—. Esta historia me suena.

—A los cincuenta años, Kong empezó a viajar a lo largo de China para instruir a los que quisieran oírle. Al principio eran pocos, pero pronto empezó a ganar fama de sabio y le reclamaban de todas partes. Era un gran defensor de las ideas y costumbres tradicionales que aún hoy perviven en la China más rural.

Mientras asistía a aquella inesperada clase introductoria, finalmente caí en la cuenta de quién era el maestro Kong.

—¿Estamos hablando de Confucio?

—Bingo, eres un poco lento de reflejos. *Kung-fu-tzu* significa «maestro Kong», y en Occidente derivó en Confucio.

Me fastidiaba que utilizara exactamente la misma expresión que su hermana para humillarme. No obstante, mientras repasáramos la vida del sabio chino, sin duda el cuarto faro, estaría a salvo de sus imprevisibles juegos.

—¿Quieres oír algo cachondo? —

dijo Lorelei mientras se tensaba las coletas—. No sé si Confucio tuvo más hijos que el que te he dicho, pero hace poco se ha hecho un árbol genealógico para contabilizar a sus descendientes después de setenta y siete generaciones. ¡Dos millones de chinos proceden del padre Kong! ¿Qué te parece? Es como si toda la población de Barcelona procediera de un mismo tío, ¿no es gracioso?

—Debe de haber sido un trabajo descomunal realizar ese árbol — comenté sorprendido.

—Un trabajo de chinos, puesto que han averiguado el nombre y la fecha de

nacimiento y defunción de cada uno de los dos millones de descendientes. El registro ha ocupado cuarenta y tres mil páginas repartidas en ochenta volúmenes.

—¿Y todo eso para qué?

—Bueno, a los chinos les gusta descubrir sus orígenes y fortalecer sus vínculos familiares.

Un cansancio repentino, fruto del *jet lag*, empezó a apoderarse de mis miembros. Miré la hora en mi móvil: con tanta cháchara nos habían dado la una de la madrugada.

Lorelei me miró interrogativa. Trataba de adivinar lo que me disponía

a hacer, ya que mi experiencia me decía que una mujer nunca tolera bien que se rechace su invitación sexual.

Más allá de que el decoro me impidiese acostarme con una chica tan joven, en lo más profundo de mí aún tenía esperanzas de amar a Sarah, y sabía que jamás perdonaría un resbalón con su hermana.

—Tengo que irme —anuncié.

—Eres un aburrido —dijo con resentimiento.

—Seguro, pero he prometido venir a tu habitación y he cumplido. Por cierto —acababa de darme cuenta de que había pasado por alto lo más importante—,

¿puedo hacerte una pregunta?

—Puedes, pero si es algo como «¿quieres que nos acostemos sin compromiso?» mi respuesta es que te puedes ir a la mierda. Hace un buen rato que tendrías que haberme abrazado.

—No va por ahí la cosa —dije perplejo una vez más—. Tiene que ver con las actividades a las que se dedicó tu cliente antes de morir. ¿Sabes algo de los Hijos de la Luz?

Como toda respuesta, Lorelei abandonó la posición de loto y se dejó caer sobre el colchón. Luego se tapó la cabeza con la almohada.

Un sollozo apenas ahogado me dijo

que era hora de largarme.

EL CUARTO FARO

CONFUCIO



DIEZ ANALECTAS DEL MAESTRO KONG

I

Si ya sabes lo que tienes que hacer y no

lo haces, entonces estás peor que antes.

II

Debes tener siempre fría la cabeza,
caliente el corazón y larga la mano.

III

Saber que se sabe lo que se sabe y que
no se sabe lo que no se sabe; he aquí el
verdadero saber.

IV

El silencio es el único amigo que jamás
traiciona.

V

Cada cosa tiene su belleza, pero no

todos pueden verla.

VI

El mal no está en tener faltas, sino en no tratar de enmendarlas.

VII

Nuestra mayor gloria no está en no caer jamás, sino en levantarnos cada vez que caigamos.

VIII

Los que respetan a los padres no se atreven a odiar a los demás.

IX

Exígete mucho a ti mismo y espera poco

de los demás. Así te ahorrarás disgustos.

X

Raras veces los hombres reconocen los defectos de aquellos a quienes aman, y no acostumbran tampoco a valorar las virtudes de aquellos a quienes odian.

QUINTA PARTE

Las aguas del Tao

Pekín

Después de hacer escala en Guangzhou —incomprensiblemente no había vuelos directos entre la capital nepalí y la china—, aterrizamos a las ocho de la tarde en Pekín.

El control fronterizo se efectuaba en unas modernas instalaciones con

abundancia de personal para que no se formaran largas colas, a diferencia de lo que sucede en los aeropuertos de Londres o Nueva York. La limpieza y el silencio eran turbadores.

Mientras aguardaba mi turno, eché un vistazo al visado que había obtenido en Katmandú el día antes. Sobre el adhesivo con la gran muralla china constaba que teníamos treinta días como máximo para realizar dos entradas en el país.

La segunda era para Hong Kong, una isla dentro del gigante asiático donde los mismos chinos necesitan un visado.

Llegó mi turno y un oficial

impecablemente trajeado me saludó gentilmente con la cabeza, miró mi pasaporte y activó una minúscula cámara para hacerme una foto. Tras aquella operación que no duró más de quince segundos en total, bajo el mostrador se encendieron tres botones para que valorara la atención recibida. Debía elegir una de las opciones descritas en inglés.

Sorprendido con aquella evaluación continua de los empleados, mientras caminábamos hacia la terminal de salida me dije que, tras convertirse en la fábrica del mundo, China aspiraba ahora a la perfección en sus servicios y

superar incluso a sus vecinos japoneses.

Acto seguido, saqué 2000 yuanes de un cajero —unos 250 euros— y salimos a una ordenada fila de taxis verdes y amarillos.

—Vas a ver ahora cómo nos van a timar como pardillos —dije cargado de prejuicios.

Sarah no contestó a mi comentario. Se limitó a entrar en el coche y entregar nuestra dirección al chófer. La había impreso en caracteres chinos, ya que, al parecer, era muy difícil encontrar un taxista que leyera el alfabeto latino.

El taxista murmuró afirmativamente y devolvió el impreso a mi

acompañante, que pegó la cara a la ventanilla con una expresión de serena melancolía.

Para calmar los latidos de mi incorregible corazón —aún se me disparaba al contemplarla—, tomé de un revistero una publicación en inglés destinada a los visitantes extranjeros. En la portada salía Lang Lang, como no. Lo que para cualquier occidental hubiera sido un encuentro simpático con el pianista de moda para mí era la tarjeta de visita de la muerte.

A fin de olvidarme de Liwei, me sumergí en la biografía de aquella estrella del rock de los auditorios

clásicos.

Nacido en una ciudad industrial, su padre, un policía y músico frustrado, detectó en Lang Lang un talento único para el piano. Eso le decidió a sacrificarlo todo por la formación de su hijo, que se había interesado por el instrumento a los veintiún meses de vida, al ver unos dibujos animados de Tom y Jerry en los que aporreaban a toda velocidad las teclas.

Con cuatro años empezó a recibir clases y a los cinco ganaría su primer concurso como pianista prodigio. Pero su progresión meteórica se truncó a la edad de siete años, al perder su primer

concurso. Lejos de hundirse, Lang Lang decidió aumentar las horas de estudio hasta romper los pedales de su humilde piano.

Satisfecho con aquella devoción, su padre decidió entonces llevarse al niño a Pekín. El objetivo era entrar en el conservatorio de la capital, que contaba con escasas plazas para miles de candidatos. Separado de su madre, el joven pianista se helaba en un piso de suburbio sin calefacción en invierno — la temperatura a menudo bajaba de los -10° — y plagado de cucarachas en verano. Pero cuando sus dedos se posaban sobre las teclas era feliz.

La relación de Lang Lang con su padre fue siempre de amor y de odio, ya que su progenitor se ensañaba con él cuando no conseguía ser el número uno, llegando a sufrir una depresión que le obligó a estar meses sin tocar.

Tras una infancia llena de pasión y sufrimiento, la gloria le llegaría a la edad de doce años, cuando ganó un premio internacional en Alemania y luego el concurso Tchaikovsky en Japón. Sus padres se endeudaron hasta la miseria para seguir pagándole los viajes, convencidos de que su vida no volvería a ser la misma. Y así fue.

El artículo se cerraba con una

sencilla reflexión de quien, a día de hoy, es considerado por muchos el mejor pianista del mundo: «Sigo amando trabajar con el piano, que es como un ser vivo. Cuando toco es siempre un momento precioso en el que jamás me siento solo».

Dejé aquella publicación para turistas en el revistero. Quedaban atrás tétricos barrios dormitorio, lo cual había ralentizado la marcha del taxi por el centro de Pekín. Pese a ser la nueva capital del mundo, la funcionalidad de los edificios estaba por encima del diseño, a diferencia de lo que sucedía en la más glamurosa Shanghái.

Después de atravesar una plaza de proporciones gigantescas, el taxista torció por un *hutong*, uno de los callejones del casco antiguo alrededor de la Ciudad Prohibida. Me impresionó que en la moderna capital china aún perviviera aquel trazado de las viejas dinastías.

—Se acabaron los hoteles grandes, supongo —comenté a Sarah al ver que nos adentrábamos por calles cada vez más insalubres—. ¿Te ha dicho Simón que controlemos el presupuesto?

—No me ha dicho nada —repuso muy seria—. He elegido un hotel muy pequeño con patio. Vamos a pagar en

efectivo para que esta vez nadie sepa dónde estamos.

—¿Lo dices por Lorelei?

En el largo vuelo nocturno le había contado nuestro encuentro en el Yak Café, sin decirle que habíamos proseguido la conversación en su pensión.

—Esa niñata me trae sin cuidado. Además, no pongo en duda que va a ponerse en camino hacia el Everest, aunque no esté preparada. Lore funciona a base de adrenalina.

—Entonces, ¿desconfías de Simón?

—Desconfío de la red. Por eso ni siquiera he hecho reserva. Espero que

en la Linterna Roja tengan una habitación para nosotros. —Sarah giró la cabeza para asegurarse de que no nos seguía ningún vehículo—. A partir de ahora debemos extremar las precauciones. Creo que estamos muy cerca del descubrimiento que sentenció a Marcel.

La linterna roja

El hostel elegido por Sarah para nuestra fase clandestina era una preciosa casa tradicional, con un patio del que colgaban faroles rojos. Los habían encendido al caer la noche. Desde aquel remanso exterior, con mesitas entre plantas y estatuas de piedra, se accedía

a las diferentes habitaciones, todas ellas con puertas y ventanales de madera roja.

Salió a recibirnos un joven de veintipocos años que, pese a ser chino, lucía una teñida melena rubia.

El encanto de aquel lugar me hizo temer que estuviera completo, con el engorro de tener que buscar alojamiento por aquellos callejones en plena noche. Sin embargo, tras mirar en una polvorienta carpeta llena de reservas, el informal recepcionista dijo en un inglés básico:

—Tengo sólo una habitación pequeña con cama pequeña. No estarán cómodos. Mejor busquen otro hotel.

—Yo dormiré en el suelo —dije. El chico levantó las cejas perplejo al oírme —. Si tiene un colchón extra, para mí es suficiente.

El rubio oriental miró admirativamente a Sarah y luego a mí con estupor. Su expresión parecía decir: ¿por qué querrá dormir en el suelo este pobre diablo, con una mujer de bandera como ésta?

—De acuerdo. Voy a preparar la habitación. Serán 300 yuanes por día. ¿Cuántas noches?

—No lo sabemos aún —intervino Sarah.

El recepcionista levantó levemente

las cejas y desapareció por una de las puertas rojas bajo un farol encendido.

Una hora después se repitió una escena cotidiana de la que yo jamás me cansaba. Ella se duchaba mientras yo fantaseaba con la idea de que éramos una pareja en viaje romántico, en lugar de dos pringados que siguen el camino al cadalso de un infeliz.

Además del colchón sobre el suelo y de la cama de Sarah, había un pequeño sofá que quizás fuera mejor opción para dormir. Enfundado en un pijama ligero, con el rumor del agua como adecuada

música de fondo, me dediqué a leer un poema del *Tao Te Ching* bellamente enmarcado. Junto a los ideogramas chinos, había la traducción al inglés.

El cielo y la tierra deben su eterna duración

a que no hacen de sí mismos
la razón de su existencia.

Por ello son eternos.

El sabio se mantiene rezagado
y así es antepuesto.

Excluye su persona
y su persona se conserva.

Porque es desinteresado
obtiene su propio bien.

Más allá de su significado, había una

honda belleza en aquellos versos de Lao Tsé, sin duda el quinto faro elegido por Bellaiche. Tras Buda y Confucio, era el último sabio oriental de la época que faltaba.

Mientras esperaba mi turno para pasar por agua, medité sobre el sentido de aquel texto, que a mi entender versaba sobre la humildad. El cielo y la tierra son desconocedores de su grandeza, pese a que todo lo albergan. En cambio, cualquier miserable ego humano se cree más allá del bien y del mal. Defiende su identidad frente a la de otros, compite por sobresalir, aplasta a la competencia si puede.

Como el cielo y la tierra, el sabio del que hablaba Lao Tsé no reclama honores ni atención —«se mantiene rezagado»— pero su utilidad lo pone en primer lugar y gana sin quererlo la consideración de los demás. Se borra cualquier mérito y eso refuerza el valor de lo que hace.

«Esto lo puede entender un niño», me dije mientras se abría la puerta del baño. «Ahí radica el problema. El adulto ha acumulado tantos filtros en forma de prejuicios, comparaciones, anhelos y revanchas que es incapaz de *estar sin estar*».

—¿Qué haces ahí embobado? —

preguntó Sarah envuelta en una toalla.

—Pienso en el *Tao*, en el vacío que todo lo llena, en el no ser que lo es todo.

—Eres muy gracioso, Javier. ¿Puedes pasarme el camisón rojo de mi maleta?

Feliz de compartir aquel gesto cotidiano, aunque no condujera a nada —puro *Tao*—, revolví en su maleta Mandarin Duck hasta dar con un finísimo camisón de seda encarnada. Parecía comprado ex profeso para aquel alojamiento en el viejo y romántico Pekín.

Se lo lancé con la calma y precisión de un arquero. Sarah lo cazó al vuelo y

me guiñó el ojo antes de encerrarse de nuevo en el baño.

Sabedor de que la cosa podía alargarse mucho más, tomé el cuaderno de Alejandría para revisar las notas de Bellaiche en Pekín. Para mi decepción, nada de aquello parecía conducir a ningún sitio.

No había señas del hotel donde se había alojado, lo cual siempre era un punto de partida, ni informaciones específicas sobre lo que había buscado en Pekín, como sí había encontrado en Chipre. Las notas en la página dedicada a la capital china eran un batiburrillo de horarios y precios del tren de alta

velocidad entre Pekín y Shanghái.

Marcel había subrayado la velocidad de la máquina, trescientos cincuenta kilómetros por hora, y la duración del viaje, cinco horas, señalando entre paréntesis que era la mitad de lo que hasta entonces había durado el trayecto en ferrocarril.

También había horarios y tarifas de los vuelos Shanghái Hong Kong en las dos compañías que realizaban el servicio.

«Y a mí qué diablos me importa si ahora estamos en Pekín», murmuré mientras miraba intrigado un número de tres cifras en medio de aquella página

inútil para nuestra investigación. El tamaño de aquellos dígitos era mucho mayor que el resto de los datos y estaba dentro de un cuadrado.

Mientras miraba hipnotizado aquella cifra, un soniquete familiar sacó mi móvil del letargo. No tuve que mirar el remitente para adivinar que Deep Light volvía al ataque:

¿Cómo es China?

Esa pregunta tan genérica me hizo reír, pero no me pareció mala idea chatear un poco con aquella loca mientras aguardaba mi turno de ducha:

No soy el más adecuado para decirlo. Aparte del trayecto en taxi sólo conozco un *hutong* y un patio lleno de fanales rojos.

Suena bien. Estás explorando la vena romántica de mi hermana para cepillártela a fondo. Eres un bribón.

Me arrepentí enseguida de haber entrado en el juego, más aún teniendo en cuenta el precio de internet en un país lejano como China. Aunque había consultado las tarifas y controlaba los megas de descarga, no podía olvidar una noticia que había leído en la prensa en una oportunidad.

Al parecer, un vecino de Lérida que

pasaba sus vacaciones en los Alpes recibió una factura de 3547 euros tras haberse descargado en su móvil un monólogo de Andreu Buenafuente. Maldito roaming.

Ante mi silencio, Deep Light cambió de tercio y escribió:

Mientras espero la salida del trekking, he colgado un nuevo documento en la estantería misteriosa. ¿Puedes decirme si está mejor que el de los lamas voladores?

Un bebé de largas barbas

El artículo sobre Lao Tsé estaba bastante mejor redactado que el de los lamas voladores. Versaba sobre el misterioso autor del *Tao Te Ching*, quien según la leyenda había sido concebido por una virgen que quedó

milagrosamente encinta, como María.

En este caso, el prodigio había tenido el *plus* de que la virgen era una anciana centenaria que vivía completamente sola y meditaba bajo un ciruelo. Así fue como había sido fecundada por un haz de luz matinal que entró por su boca.

De este modo quedó encinta del que sería Lao Tsé. Pero no sólo su concepción fue extraña, sino también su gestación y nacimiento, puesto que pasó en el vientre de su madre ochenta y un largos años antes de ver la luz a través de la axila izquierda de su único progenitor.

El autor del *Tao Te Ching* nació, por lo tanto, siendo ya un anciano de largas barbas blancas.

Desde su nacimiento era capaz de razonar y hablar y poseía una extraña sabiduría. Cuidó de su anciana madre a la vez que descubría el caos y el horror del mundo humano. A la muerte de ella, salió de viaje y cruzó China hacia los países de Oriente, visitó la India y meditó intensamente para encontrar respuestas a los males que contemplaba a su paso.

Mientras yo leía esta biografía legendaria, se abrió la puerta del baño y salió Sarah con el finísimo camisón rojo

pegado a su cuerpo.

—Ya puedes pasar —dijo señalando la breve ducha de la habitación.

—De aquí a un rato. Estoy terminando un artículo sobre Lao Tsé escrito por tu hermana.

—Fantástico —murmuró mientras se metía en la cama—. ¿Y qué dice?

—Bueno, ahora estoy leyendo sobre el largo viaje que realizó en busca de la sabiduría.

—Como nosotros.

—No seas cínica. Parece ser que, después de su peregrinación, regresó a China para trabajar como archivero de la Biblioteca Imperial de la dinastía

Zhou. Fue en ese puesto donde, tiempo después, conocería a Confucio, con quien discutía mucho.

—Es normal. —Sarah bostezó—. Eran el día y la noche. Lao Tsé defendía la espontaneidad y el libre fluir con la naturaleza. En cambio, Confucio era una moralista cascarrabias que tenía pánico al desorden.

—Por eso Lao Tsé acabó dejando la civilización —añadí para demostrar que había aprendido aquella historia—. Harto de tantas falsedades, abandonó su trabajo y decidió viajar al lugar más remoto posible para meditar en soledad. Cuando llegó a un paso fronterizo, el

guardián le reconoció y le suplicó que le transmitiera sus enseñanzas. El sabio se quedó un año en su casa para escribir ochenta y una máximas en verso, los mismos años que él mismo había tardado en nacer.

—Vaya gorrón —bromeó ella—. Seguro que ya se sabía esos versos de memoria y sólo quería coger fuerzas para el resto de su vida. *Wan shang hao*, Javier.

—¿*Wan shang hao*? ¿Qué significa eso?

—Quiere decir «Buenas noches».

A continuación, se cubrió con la sábana dando por finalizada, al menos

por su parte, aquella larga jornada. Yo me quedé con el portátil en el sofá donde dormiría mi primera noche en China, mientras mi emperatriz particular ya respiraba profundamente en su lecho.

Pese a que aquella situación era claramente mejorable, me resultaba agradable compartir aquel pequeño espacio bajo una luz tenue, cerca de aquella mujer a la que yo amaba a mi pesar.

Sudando de calor, acabé de leer el artículo de Lorelei, que no dejaba muy claro lo que era el *Tao*. Al parecer, englobaba el funcionamiento dual del universo, del ying y el yang, el cambio

permanente. El principio fundamental de su filosofía era el *Wu Wei*, o la acción a través de la noacción. No forzar nada, abrazar la espontaneidad para seguir el curso natural de los acontecimientos.

Mi espontaneidad me incitaba a tumbarme al lado de aquella dama con la que compartía habitación y aventuras, pero no estaba seguro de poder abrazar con ella el camino del *Tao*.

La parte final del artículo especulaba con la posibilidad de que Lao Tsé hubiera contribuido a la creación de las artes marciales a través de un sistema basado en los movimientos de orden natural.

Asimismo, barajaba la hipótesis de que, a su paso por la India, el sabio anciano se hubiera cruzado con un desorientado joven llamado Siddhartha Gautama, a quien le transmitió su filosofía antes de continuar su viaje hacia el Tíbet.

Tras cerrar el portátil, escribí un WhatsApp a Deep Light:

Artículo leído. Mucho mejor que el anterior, pero hay demasiadas especulaciones. Sería preferible que te ajustaras a lo que se sabe seguro de Lao Tsé.

Lorelei no tardó en contestar:

No se sabe nada seguro de Lao Tsé ni de nadie. Bueno, algo sí se sabe. Lo encontramos camuflado en muchas películas.

¿De verdad? ¿En qué películas?

En *La Guerra de las Galaxias*, George Lucas se basó en Lao Tsé para el maestro Yoda.

También inspiró al Duende Tortuga de la serie japonesa *Bola de Dragón*, e incluso al maestro de Uma Thurman en *Kill Bill*.

Lao Tsé is not dead.

Ya veo. Corto y cierro. Cuídate mucho y vigila los precipicios cuando empieces el trekking.

Terminada la comunicación, guardé el teléfono. Me daba cuenta de que no

tenía nada de sueño, en buena parte por el bochorno que envolvía la capital aquella noche.

Los fanales rojos del patio invitaban a salir, así que me dije que no era demasiado tarde para intentar tomar una cerveza fresca.

Después de cerrar con sigilo la puerta, atravesé aquel idílico espacio al aire libre —el único empleado dormía en una silla de plástico junto a la entrada— para ver qué me deparaba el viernes por la noche en Pekín.

La ceremonia del té

Anduve perdido más de una hora por un laberinto de callejones malolientes bajo un calor que no era de este mundo. Sobre mis pies pasaron un par de ratones que salían mareados de sus escondites. Por mi parte, estuve a punto de ser embestido por un pequeño

vehículo de carga tirado por un ciclomotor.

Un olor intenso a arroz hervido y cerdo frito impregnaba cada oscuro rincón. De las ventanas abiertas me llegaban voces gritonas y risas explosivas, lo cual demostraba que el pueblo chino es tan festivo como la mitificada cultura mediterránea.

Sólo había abierto algún tenebroso tugurio donde servían comidas a borrachos de aspecto amenazador, así que seguí zigzagueando hasta llegar a un *hutong* que era el reverso exacto, el yang del ying, de lo que acababa de conocer.

Generosamente iluminado, el pavimento lucía como los chorros del oro. Una interminable ristra de comercios atraía a un flujo continuo de paseantes. La mayoría eran jóvenes chinos con sus camisas impecablemente planchadas, acompañados por chicas que hacían malabarismos para caminar sobre vertiginosos tacones.

Entendí que había desembocado en una de las calles de la ciudad antigua reformada para el ocio de los pequineses.

Al ser viernes por la noche, los bares y restaurantes estaban a reventar. Algunos contaban con artistas locales

que, guitarra en ristre, entonaban canciones en mandarín con la pasión forzada de los cantautores italianos.

Me alejé un poco de la marabunta hasta llegar a una parte más sosegada del *hutong*. Allí sólo había tiendas de ropa, una churrería —aquello sí que era inesperado— y varios comercios de víveres.

Dos chicas de aspecto universitario me sonrieron antes de que una se atreviera a acercarse a mí con gráciles pasitos. Tendría poco más de veinte años y era notablemente alta. Para mi sorpresa, me habló en un inglés bastante correcto:

—Disculpe que le molestemos. Somos estudiantes de arquitectura y nos gustaría practicar un poco el inglés. ¿Lo habla usted? A cambio le mostraremos la ceremonia china del té.

—Me parece muy tarde para tomar el té —me excusé—. Otro día quizás.

Estaba a punto de irme cuando la otra estudiante se incorporó a la conversación con una vocecita propia de dibujos animados. El idioma le costaba bastante más que a su compañera, pese a tener un rico vocabulario.

—Es té blanco, no le va a desvelar. ¡Por favor! Tenemos un examen de conversación en un par de días y nos

conviene practicar mucho. Aquí en Pekín apenas hay oportunidades...

Decía todo esto juntando las manos, como si se encomendara a todos los santos. Aquello acabó venciendo mis resistencias y las acompañé escaleras arriba hasta un pequeño apartamento sobre una de las tiendas.

Siguiendo las indicaciones de la más alta, me senté a una mesa que ocupaba la mitad de una minúscula sala. En un bufet adjunto había un hervidor de agua y varios botes oxidados que debían de contener el té.

—¿Vivís aquí entonces? —pregunté explorando con la mirada aquel espacio

miserable—. ¿Dónde están las habitaciones?

—No, no. Esto es sólo nuestro salón de té —intervino la más torpe—. Nosotras trabajamos aquí.

—Me habéis dicho que sólo queréis conversación en inglés. ¿De qué va este juego?

La alta se apresuró a acercarme una cazuelita con un colador antes de que pudiera levantarme. Vertió en el interior dos cucharadas de hebras blanquecinas y luego lo anegó de agua hirviendo.

—Este té es de primerísima calidad. Se recolectan sólo las puntas de las hojas los tres primeros días de cosecha,

por eso es tan fragante. ¿Conoce usted la ceremonia del té?

Negué con la cabeza, enfadado conmigo mismo por haberme dejado atrapar como un turista incauto. Ahora ya estaba allí y no me quedaba más remedio que aguantar el rollo y pagar la consumición a precio sueco. O eso era lo que yo me temía.

Las dos supuestas universitarias se turnaron para explicarme los secretos de una ceremonia del té que no me podía interesar menos. Me hablaron de los utensilios que se utilizaban, de los movimientos que debía realizar el maestro de té, los temas de conversación

recomendables para los invitados...

—Nunca se debe hablar de política o de otros asuntos conflictivos que incomoden a los participantes. Sólo temas agradables como la calidad del té, la blancura de la taza, los grabados chinos o los paisajes de la provincia de Yunán en primavera.

—Entiendo —dije apurando la infusión, que me sabía a hierba del campo.

La más pequeña había dejado a mi lado un plato con frutos secos, pero ni siquiera lo toqué para que no me los cobraran.

—¿Le sirvo otra taza? —me instó—.

Usaremos las mismas hojas porque esta variedad de té se puede infusionar hasta tres veces. De hecho, se dice que la segunda es la mejor.

—No, gracias. Debo irme ya. ¿Dónde hay que pagar?

—El jefe le cobrará —repuso la alta—. Muchas gracias por su amable visita.

Un hombre con complexión de armario y las cejas muy pobladas había aparecido de la nada. Bloqueaba la salida y sostenía un papelito que debía de contener la cuenta.

Se lo acercó a los ojos, fingiendo desconocer lo que ponía, y anunció en un inglés macarrónico:

—Son 4000 yuanes.

Un rápido cálculo mental me alertó de que pretendían cobrarme el equivalente a 500 euros por una maldita taza de té.

—Ni hablar —dije sacando del bolsillo un billete de 50 yuanes—. Esto es lo máximo que pienso pagar por el té.

El matón me acercó un papel plastificado donde todo estaba en ideogramas chinos a excepción de aquella cifra desorbitada en yuanes. Luego se cruzó de brazos, apartándose lo justo para que las chicas se escurrieran escaleras abajo, como si aquello ya no fuera con ellas. Habían

cumplido sobradamente su misión de anzuelo.

Estaba claro que no saldría de allí por las buenas, así que dije:

—Llame a la policía ahora mismo y arreglamos este asunto.

—En este barrio no opera la policía. Nosotros arreglamos las cosas de otro modo.

—¿De qué modo? —pregunté aguantando el tipo.

Sus ojos entre las cejas pobladas me atravesaron antes de responder:

—No quiera saberlo. Le aconsejo que pague lo que debe y salga volando de aquí si no quiere perder algo más que

4000 yuanes.

Providencialmente, en aquel momento se abrió la puerta y reaparecieron las chicas. Iban acompañadas de tres jovenzuelos nórdicos con cara de merluzos. Aproveché la ocasión para zanjar el asunto, ya que sabía perfectamente que no dejarían escapar a tres presas.

Encasté el billete de 50 yuanes en la mano del hombre y dije bien alto:

—Ha sido un placer tomar el té en su hospitalaria casa.

Luego bajé los escalones sin que nadie me retuviera.

Numerología china

Amanecí el sábado durmiendo en el suelo, lo cual me hizo sospechar que alguna pelea en mis sueños me había tumbado del sofá. Antes de mirar en dirección a la cama de mi compañera, recordé la encerrona en aquel falso salón de té.

Tras apartar de mi mente aquel engaño patético, regresé mentalmente al artículo de Lao Tsé.

Si algo había entendido del *Tao* era que, fuera de evitar las ceremonias del té fraudulentas, en la vida muchas veces es mejor *no hacer* y dejar que todo siga su curso natural que *hacer* y meter la pata hasta el fondo. Se trata de nadar en la corriente, fluir con las desgracias que la vida pone en nuestro camino y celebrar el solo hecho de poder reírnos de ellas.

Con estos pensamientos estúpidos me puse en pie para cambiarme. La cama de Sarah estaba vacía, pero su

rastro se hallaba en toda la habitación en forma de piezas de ropa repartidas por todas partes. Un caos muy suyo que demostraba que, durante mi último sueño, había dudado sobre qué ponerse.

«Sí, pero ¿para ir adónde?», me dije mientras pasaba por el baño para luego vestirme a toda prisa. Si el balance de aquella etapa resultaba tan pobre como en Katmandú, donde lo único destacable había sido el encuentro con Deep Light, habríamos vuelto a gastar dinero inútilmente. Y, puesto que estábamos fuera del control de nuestro supuesto perseguidor, ni siquiera pagábamos con peligro nuestra estancia en la capital.

La visión de Sarah en una mesa del patio mitigó un poco el sentimiento de absurdidad que me había embargado aquel sábado. Su larga melena negra se desparramaba libre por sus hombros, escasamente cubiertos por un vestido naranja de tirantes. Unas zapatillas deportivas del mismo color le daban un toque aún más fresco e informal.

—Buenos días, ¿cuál es el plan? — preguntó.

—No hay plan —dije aplicando el principio de *Wu Wei*, la noacción—. Ya has visto el cuaderno. En Pekín sólo tenemos un montón de horarios de trenes y aviones, como si Marcel sólo pensara

en huir de aquí. Eso y...

—¿Y?

—Un número cualquiera recuadrado en medio de la página: 798.

Sarah se llevó a los labios un cuenco de té y entrecerró los ojos para protegerse del sol antes de declarar:

—Para los chinos no existen los números cualquiera. Son mucho más supersticiosos que nosotros, ¿sabes? Pero tienen sus propias manías. El número trece les trae sin cuidado, pero en cambio odian el cuatro, ya que en chino suena igual que «muerte». Por eso es el número de la mala suerte y en muchos hoteles y edificios de la planta

tercera se pasa directamente a la quinta. La cuarta no existe, lo cual es una manera simbólica de negar la muerte.

Me dejé caer sobre una de las sillas de plástico bajo el sol. El joven del pelo rubio, que parecía empleado allí veinticuatro horas al día, se apresuró a llevar un cuenco con té y un platito con pastas que no supe identificar.

—¿Cómo puedes saber tantas cosas?
—dije admirado antes de volver a nuestro enigma—. Entonces el 798 no te dice nada.

—El ocho es el número de la suerte en China, eso sí, porque se pronuncia de forma similar a «prosperidad». Por eso

los Juegos Olímpicos de Pekín empezaron el 8 del octavo mes de 2008, aunque en agosto hace un calor horrible en la capital y hubiera sido mejor otro mes.

Sumé mentalmente los tres números de la cifra misteriosa y me daba veinticuatro, lo cual tampoco me decía nada.

—Adquirir un piso en la planta octava de un edificio es notablemente más caro —siguió Sarah—, y los números de teléfono con varios ochos tienen también un precio superior. Dicen que en Hong Kong, que está lleno de banqueros, la pasión por el ocho es aún

mayor: en la década de 1990 se vendió la matrícula número ocho por cinco millones de dólares locales.

—Me dejas boquiabierto. Pensaba que la experta en conocimientos inútiles era tu hermana.

—Ya veremos si es inútil —respondió levemente ofendida—. Tengo mentalidad académica y me he documentado sobre la cultura china porque Simón me dijo que nuestra búsqueda pasaba por aquí. En un caso tan extraño como éste no hay que desechar ningún detalle.

A falta de algo por lo que empezar, decidimos tomar el metro hasta Tiananmen como haría cualquier turista recién llegado a la capital.

El medio de transporte había sido idea de Sarah, ya que a mí me aterraba quedar atrapado en una aglomeración en una ciudad con diecisiete millones de habitantes. Pero, para no parecer un cobarde, acepté bajar a las catacumbas, donde tras mucha prueba y error logramos comprar dos billetes de metro en la máquina. Cada uno costaba el equivalente a 10 céntimos de euro, lo

cual para mí no auguraba nada bueno.

Al llegar al modernísimo andén, sin embargo, se desmontaron todos mis prejuicios. El paso de trenes era constante y los vagones eran amplios y mucho más cómodos que el tortuoso metro de Londres o el de París. Aquél era el mejor sistema de metro que había conocido hasta la fecha.

Me hallaba entretenido con estos pensamientos banales cuando uno de los pasajeros llamó mi atención. Una joven china con el cabello teñido de rojo llevaba una camiseta sin mangas con un número en grandes caracteres plateados: «798».

—Mira eso —susurré a Sarah—. ¿No te parece una gran casualidad? Es el mismo número que hay encuadrado en el cuaderno de Alejandría.

—No es una casualidad... Vamos a hablar con ella.

La chica del pelo rojo, que llevaba mallas a juego y unas Converse rotas, se asustó al ver que una *laowai* —«guiri» en mandarín— se dirigía a ella. Levantó la mano para que Sarah se detuviera.

Yo me planté tras la francesa, sin entender por qué aquella estudiante de aspecto rockero parecía tan espantada. Negaba todo el rato con la cabeza mientras nos decía algo en su idioma.

Sarah intentó calmarla, explicando muy despacio en inglés que sólo quería saber de dónde había sacado aquella camiseta.

Finalmente, un ejecutivo con gafas de pasta se levantó para hablarnos en un inglés rudimentario:

—Ella no conoce su idioma. Eso es lo que quiere hacer entender.

Sarah le agradeció que intercediera con una sonrisa seductora. Luego señaló al ejecutivo la camiseta de la joven que, avergonzada, había ocupado su asiento.

—¿Qué pasa con esa camiseta? —preguntó él—. Es muy común.

—El número —insistió Sarah—. ¿Qué significa 798?

El ejecutivo se alisó la corbata mientras trataba de entender la pregunta. A sus ojos, debíamos de ser dos guiris idiotas más raros que un perro verde. Finalmente respondió:

—Todo el mundo lo sabe. 798 es un barrio de Pekín.

798 Art District

Dado que no conseguimos averiguar si se podía llegar hasta aquel lugar en metro, en la siguiente parada salimos a la superficie para tomar un taxi.

Aunque la mayoría de los chinos no conozcan los caracteres latinos, el hecho de que aquel lugar se representara con

tres cifras facilitó muchísimo las cosas. A fin de cuentas, a los chinos les encanta el juego y todo lo que tiene que ver con los números, también los nuestros.

El viejo chófer asintió y, a continuación, inició una lenta y tortuosa conducción para abandonar el centro de la ciudad en dirección al aeropuerto donde habíamos aterrizado la tarde anterior.

—¿Adónde nos está llevando? —me pregunté, alarmado, a medida que atravesábamos suburbios plagados de torres grises.

—Vamos bien —dijo Sarah conectando a la red su Galaxy Note—.

Es un barrio periférico que se llama 798. Según dice aquí, es un reducto de artistas plásticos.

—Déjame leer.

Llamado originalmente Factoría 798, este barrio singular ocupa el espacio de un complejo de estilo Bauhaus de principios de la década de los cincuenta dedicado a la industria militar. Compuesto por numerosos edificios, los artistas disponen de espacios de grandes dimensiones para dar luz a los proyectos y propuestas más radicales. Este distrito artístico cuenta además con cafeterías, restaurantes y tiendas de diseño que no pueden encontrarse en ningún otro lugar de China ni, probablemente, del mundo.

—No tengo ninguna duda de que Marcel Bellaiche estuvo aquí —comenté tras devolverle su smartphone.

—Yo tampoco.

Tras casi una hora de trayecto y unos 20 euros, el taxi nos dejó frente a una bocacalle que daba acceso al complejo 798.

Varios grupos con pinta de universitarios se internaban por aquella vía desangelada, entre edificios grises que no presagiaban lo que el visitante encontraría más adelante.

Al llegar a la factoría descubrimos,

una tras otra, galerías de arte que ocupaban inmensos lofts de iluminación futurista.

Esclavo de la imagen estereotipada de un país que sólo produce basura para bazares de a un euro, me asombraba aquella ciudad donde los artistas parecían gozar de una libertad absoluta. Me recordó a la eclosión de la movida madrileña, pero con dimensiones chinas.

Paseamos alucinados entre decenas de galerías, tiendas insólitas y restaurantes llenos de una bohemia incombustible que habían hecho suyo un mundo de posibilidades ilimitadas.

Al pasar junto a una pequeña tetería,

Sarah me propuso que nos detuviéramos un rato.

Tras pedir dos infusiones de Lung Ching, la francesa me miró desesperada y suspiró:

—Creo que estamos perdiendo el tiempo ¿Cómo podemos saber dónde estuvo Bellaiche o con quién habló? Hemos acotado un territorio de diecisiete millones de personas, pero aquí hay miles, y me temo que éste es un mundo muy cambiante. Si Marcel se interesó por algún artista o exposición, lo más probable es que ya no esté aquí. Además, ¿qué tiene todo esto que ver con los maestros espirituales?

—Bueno —dije tras soplar sobre mi taza de té—, en una plaza cerca de aquí he visto un Cristo crucificado que es un monigote multicolor. Y también está Mao por todas partes, eso es otra religión.

—Ya, pero no creo que a Marcel le interesara nada de todo esto. Por lo que sé de él, exploraba el contenido de las cosas, no la forma o la provocación a primera vista.

—Lo que está claro —deduje en voz alta— es que el único lugar de Pekín que tenía marcado en su cuaderno era éste. Y, puesto que no era un amante de las vanguardias artísticas, hay que

suponer que sabía exactamente qué o a quién quería ver.

—Elemental, querido Javier. El problema aquí es que no tenemos ni puñetera idea del lugar que visitó. Podemos rastrear hasta la última ratonera de esta fábrica sin llegar a saber por dónde pasó, a quién vio o por qué. ¿No es desesperante?

Mis manos parecieron cobrar vida propia y atraparon las suyas. Los ojos azules de Sarah me escrutaron intensamente, pero no logré saber qué estaba pensando.

—Desesperante es haber muerto —concluí— sin haber hecho lo que uno

tenía que hacer. Eso le sucedió a Marcel y nosotros estamos intentando enmendarlo, pero mi historia personal es otra.

La francesa abrió los ojos llena de curiosidad. No se esperaba una confidencia como aquélla en el 798 Art District. Y aún menos lo que yo iba a hacer a continuación.

Inclinándome sobre la mesa, la tomé por la nuca hasta que mis labios tomaron contacto con los suyos. Sarah se dejó besar sin resistencia, aunque tampoco participaba activamente de aquel arrebató.

Cuando finalmente me separé de

ella, rojo como un tomate, se limitó a decirme:

—Me gustas, Javier, pero no te hagas ilusiones conmigo. A mis treinta y tres años, estoy perdida en una confusión tan grande que soy incapaz de amar a nadie de forma coherente. —Me sujetó de la mano muy fuerte al concluir—. De hecho, si me mantengo distanciada de ti no es por falta de ganas, sino porque no quiero hacerte daño. Si no supiera que estás enamorado de mí, nos acostaríamos cada noche.

—Maldita sea mi suerte entonces —murmuré sin soltar aquella mano deliciosa—. En cualquier caso, me gusta

estar contigo, aunque sea sólo así. Como ahora.

—Eres un romántico incorregible. —Sonrió—. ¿No sabes que lo que atrae a las mujeres son los chicos duros?

—Soy un chico duro. He cruzado el mundo para esclarecer la muerte de un antiguo compañero de prácticas, además de indagar en sus investigaciones. Y todo eso al lado de un amor que me da calabazas, en un país donde nadie entiende una sola palabra de lo que hablo ni yo de lo que hablan ellos.

—Deja de lamentarte y vamos a ver qué hay de nuevo en la movida china, compi.

Tras pagar una cantidad ridícula por aquel té inolvidable, salimos a la calle para proseguir el paseo. Sin embargo, mis pies se habían quedado clavados en el asfalto. Al entrar en la tetería no me había percatado del nombre de la galería que teníamos justo delante.

El rótulo encendido, de un neón rosáceo, emitía un mensaje que era imposible pasar por alto:

**CHILDREN OF
LIGHT**

La gran ola

El nombre de aquella galería nos arrastró hacia su interior como una espiral cósmica que absorbe estrellas hacia el centro de la nada.

Podía tratarse de una casualidad, pero había aprendido a desconfiar de ellas. Más bien pensaba, como Carl

Gustav Jung, que se trataba de una causalidad por conocer.

El diáfano espacio donde tenía lugar la exposición, sin embargo, no guardaba relación alguna con discos de plomo ni con teorías conspiratorias. Obra de un artista de Hong Kong, de las paredes colgaban cuadros con siluetas casi indistinguibles sobre fondo blanco.

La muestra tenía un título que no dejaba indiferente:

LA SOMBRA REVELA UNA LUZ QUE
NO SE VE

La exposición se completaba, en la primera planta, con un trabajo

monográfico, también en blanco sobre blanco, sobre *La gran ola*. Un plafón en chino y en inglés explicaba la obra original junto a una reproducción de la misma.

En 1814 el maestro japonés Katsushika Hokusai empezó a publicar una amplia colección de xilografías a tres tintas con escenas cotidianas de la naturaleza, junto con otras que un siglo más tarde serían consideradas surrealistas.

La gran ola fue su obra más conocida y forma parte de la serie *Treinta y seis vistas del monte Fuji*. A partir del molde original se imprimieron miles de copias, algunas de las cuales llegaron a Europa y fueron

muy apreciadas por los coleccionistas franceses.

En la imagen pueden verse tres elementos: el mar agitado por una tormenta, tres barcos y el monte Fuji, además de la firma de Hokusai en la parte superior izquierda.

Pasé a contemplar el trabajo del pintor actual, que había trabajado distintas versiones de aquel cuadro con tonos superpuestos de blanco. Me pareció una obra muy decorativa para una vivienda amplia y moderna, pero de poco contenido artístico.

Mientras miraba con escepticismo aquellas telas, no me había dado cuenta

de que una elegante joven de aspecto japonés me aguardaba en la retaguardia. Sarah se había quedado en la planta baja.

—¿Desea el señor conocer los precios?

—No creo que pueda permitírmelo —me disculpé—. Además, estoy de paso por la ciudad y no puedo cargar con obras de esta envergadura.

Ciertamente, aunque el original tenía unas dimensiones bastante reducidas, 33 × 48 centímetros, las «versiones» de Raymond Liu, el artista local, hacían al menos un metro por cada lado.

—Podemos enviarle la obra a casa

—sonrió servicialmente la japonesa—. Incluso aceptamos el pago a plazos si el cliente está muy interesado por la obra.

Al rehusar nuevamente el ofrecimiento, me percaté de que no había hecho la pregunta fundamental, el motivo por el que habíamos entrado en aquella galería antes que en ninguna otra.

—¿Por qué se llama este centro Children of Light?

—Es el nombre de nuestra fundación. El artista que expone esta semana, el señor Liu, es su presidente. Se trata de una solución de urgencia para cubrir una vacante, ya que nos

dedicamos justamente al mecenazgo de otros artistas.

—Esto es interesante —repuse sin saber por qué lo decía—. Me gustaría mucho conocer al presidente de la fundación. Trabajo en Europa en proyectos de arte y creo que podríamos establecer una fructífera colaboración.

—Debo consultar esta petición —repuso nerviosa—. Raymond Liu no acostumbra a recibir visitas individuales.

«¿Por qué no?», pensé mientras la japonesa se alejaba meneando su escueto trasero. «Tal vez preferiría que le visite con un autocar de

domingueros».

En aquel momento subió Sarah, sorprendida de que pasara tanto rato entre olas blancas casi invisibles.

—¿Qué diablos haces aquí?

—Acabo de pedir una cita con el propietario de este chiringuito.

Justo entonces emergió de nuevo la japonesa con una tarjeta entre las manos. Me la entregó con una pronunciada reverencia, y yo me disculpé por no tener conmigo una tarjeta de visita, algo muy grosero en la cultura oriental.

—Estaremos encantados de valorar sus propuestas.

Vi en el cartoncito que sólo venía la

dirección de aquella galería en el 798 y una dirección general de correo electrónico. Aquello no llevaba a ningún sitio, así que opté por ser directo:

—No es con la galería con quien deseo hablar, sino con el señor Liu. ¿Me puede decir dónde encontrarle?

—Vive lejos de aquí —repuso muy tensa—. En Hong Kong. Y no le es posible desplazarse a menudo hasta la capital. De hecho, ahora mismo está abriendo otra galería en Shanghái. En cualquier caso, si me permite sus señas, el señor Liu se pondrá en contacto con usted cuanto antes.

Sarah se quedó boquiabierta ante mi

salida:

—El problema es que soy peor que él, voy de aquí para allá sin residencia fija. Pero tengo entendido que un colega nuestro, Marcel Bellaiche, sí habló con él, ya que trajo noticias de vuelta sobre los Hijos de la Luz.

El farol funcionó a la perfección, ya que la japonesa se quedó paralizada al oír aquel nombre relacionado con su organización.

—Espere un momento aquí. Voy a buscar a alguien que pueda serle de ayuda en este asunto.

—Demasiado tarde —dije—. Tenemos que irnos. Ahora mismo.

Mientras bajábamos las escaleras, pude oír a mis espaldas como la oriental hablaba por teléfono en un tono apremiante.

EL QUINTO FARO

LAO TSÉ



EL POEMA DE LA UTILIDAD DEL VACÍO

Treinta radios convergen en el
centro

de una rueda,
pero es su vacío
lo que hace útil al carro.
Se moldea la arcilla para hacer la
vasija,
pero de su vacío
depende el uso de la vasija.
Se abren puertas y ventanas
en los muros de una casa,
y es el vacío
lo que permite habitarla.
En el ser centramos nuestro interés,
pero del no-ser depende la utilidad.

TAO TE CHING

SEXTA PARTE

Metafísica

Shanghái

La estación de trenes de alta velocidad era un lujoso hangar surcado por hombres con traje y ejecutivas a la moda de las grandes marcas europeas. La ausencia de ciudadanos de aspecto más humilde indicaba que los 50 euros, al cambio, que costaba el pasaje a

Shanghái aún era prohibitivo para la mayor parte de la población.

Tras la visita a la galería, habíamos tomado un taxi hacia la Linterna Roja para, una vez cargadas las maletas, seguir el trayecto hasta la estación. Había que evitar más riesgos de los que ya estábamos corriendo.

—La inauguración de la sede de Children of Light en Shanghái es mañana domingo a las doce del mediodía —había descubierto Sarah navegando en su smartphone—. Pero lo curioso es que no especifica que sea otra galería de arte. De hecho, esta noticia sólo dice que el acto constará de una introducción

de Elisabeth Mist y el discurso de Raymond Liu, ambos en inglés para el público más cosmopolita de la ciudad.

—A saber qué entienden por cosmopolita —comenté, tenso, ante la certeza de que nos acercábamos a una pista significativa y peligrosa—. ¿Crees que son los mismos Hijos de la Luz que mencionó Liwei antes de morir? Aparte del nombre, no veo la relación entre *La gran ola* y una mentira común a los siete maestros que Marcel pudiera haber descubierto. ¿No será una coincidencia?

—Imposible —había concluido Sarah, intranquila—. No hay que olvidar que Liwei mantenía lazos con su país y

que Marcel había anotado el 798 de forma destacada en su cuaderno. Todo esto está conectado de una manera que todavía no podemos imaginar.

—Mañana saldremos de dudas, si no nos interceptan antes.

El tren de alta velocidad penetró, como un imparable dragón de acero, en los primeros barrios de Shanghái. Más estrecho y sencillo que el AVE español, el convoy había cumplido con el horario previsto mientras los empleados del propio ferrocarril comían o dormían en el vagón restaurante.

A diferencia de Pekín, en el *skyline* de la ciudad más poblada de China se percibía el gusto por el diseño y la ostentación. A un lado del río Huangpu se conservaba el centro histórico, Puxi, con la elegante Concesión Francesa — un barrio colonial del siglo XIX— y los bloques señoriales del Bund que, a escala más reducida, recordaban a los primeros rascacielos de Nueva York.

Al otro lado del río se erigía el barrio financiero de Pudong, con sus cúpulas siderales insertadas en rascacielos futuristas.

—¿Nos alojaremos también en un hostel de incógnito? —pregunté a Sarah

mientras bajábamos del tren.

—Más que nunca. He anotado la dirección de un albergue de Nanjing Road, una calle céntrica pero poco atractiva para dos *laowai* como nosotros. A no ser que la organización, quienesquiera que sean, tengan acceso a los registros de la policía, nadie nos buscará en un lugar así.

El conocimiento del inglés tampoco era común en la capital financiera china. Para mi estupor, durante la media hora larga de trayecto en taxi, el chófer no dejó de hablarnos en su idioma, como si se resistiera a admitir que no le pudiéramos entender.

—No sabía que Lorelei se interesara por la espiritualidad —comenté a Sarah para que el taxista dejara de hablarnos en chino—. Casi cada día está colgando en la página web de Bellaiche algún artículo misterico sobre estos maestros.

—En realidad no hay nada que le interese, fuera de sí misma. Se ha metido en esto sólo porque yo estoy implicada... al igual que tú, por supuesto. A su manera psicópata, creo que está enamorada de ti.

—Bobadas. De ser así, la tendríamos siguiéndonos los talones, y no en una expedición al campo base del Everest.

—Eso lo hace también por ti, para impresionarte. Es su manera de llamar tu atención y demostrarte que es una chica intrépida que no conoce límites.

—No hace falta que me convenza de ello —dije recordando todo lo sucedido en Suiza y en Estados Unidos durante nuestra primera investigación—. El artículo que colgó ayer sobre Lao Tsé no estaba nada mal, la verdad —añadí para cambiar de tema.

—¿Ah, no? ¿Qué decía?

—Bueno, además del mito de su nacimiento y de las ideas del taoísmo, que pueden resultar muy abstractas, es un misterio adónde se fue el maestro tras

entregar el *Tao Te Ching* a un vigilante de la frontera. Parece ser que logró llegar a Occidente antes de regresar a China, tras pasar por la India.

—Todo un tour, teniendo en cuenta que en aquella época se viajaba a pie —apuntó ella—. El viejo Lao Tsé tuvo que vivir treinta años más para caminar tanto. Algunos sostienen que estuvo en Grecia, lo cual explicaría las afinidades que hay entre la filosofía de Sócrates, Platón y Aristóteles y los maestros de Oriente. Pero es sólo una teoría.

El taxi nos dejó en el Nanjing Road Youth Hostel, que tenía una animada cafetería junto a la recepción a pie de

calle.

—Ya me encargo yo del *check-in* — dijo Sarah—. Así puedes seguir leyendo los trabajos de fin de curso de mi hermana. Por cierto, esta noche vas a cenar como si estuvieras en casa. ¿Te has fijado en la nota sobre Shanghái que hay en el cuaderno?

El Baladí

La página en el cuaderno de Marcel correspondiente a aquella etapa hablaba de un lugar muy alejado de la megalópolis. Concretamente, de una réplica del faro de Alejandría erigida en Changsha, en la región sureña de Yunán.

Tras recoger algunos datos sobre las

dimensiones del único faro de aquellas características en el mundo, finalmente había desestimado viajar hasta allí. Prueba de ello era que había tachado con una gran cruz todo el recuadro creado por su propia mano.

El motivo de la caída en desgracia de aquella réplica, como señalaba en una nota a pie de página, era que el nuevo faro de Alejandría se encontraba en el parque temático Window of the World, junto a otras «maravillas» falsificadas como la pirámide de cristal del Louvre, los jardines colgantes de Babilonia, una calle del lejano oeste o el centro —también de imitación— de

una ciudad de negocios.

Reí para mis adentros al imaginar la reacción de aquel místico cuando descubrió que un faro tan simbólico para él se hallaba junto a reproducciones propias de Port Aventura.

Mientras yo repasaba los apuntes de aquella decepción, los ojos felinos de Sarah escrutaban la vertiginosa noche de Shanghái desde el bar Cloud 9, en el piso 87 de la torre Jin Mao.

—Por cierto, ya es de noche —dije contemplando desde aquella atalaya los otros rascacielos de Pudong—. En el albergue me decías que vamos a cenar como si estuviéramos en casa. ¿Dónde?

—¿No lo has visto en el cuaderno?
Justo detrás de lo que estabas leyendo.

Pasé aquella página que Marcel había tachado con rabia. No le había prestado atención porque era sólo una lista de platos garabateados a lápiz, junto con sus precios y la suma total en yuanes. Lo único particular era que pertenecían a la gastronomía española.

—Bueno —musité—, sólo significa que tuvo nostalgia culinaria y acabó en algún negocio patrio. No es tan raro. Aquí hay centenares de restaurantes «étnicos» para los millonarios de Shanghái. Y éste es de los caros, desde luego —añadí mientras hacía una

conversión mental de lo que le había costado aquel menú.

—Es la única pista que tenemos de los movimientos de Bellaiche por esta ciudad. Y algunos platos incorporan elementos de fusión entre mediterráneo y oriental. Gracias a eso y al dios Google he podido saber el nombre del restaurante donde estuvo, Baladí, y he hecho reserva. De aquí a una hora nos espera una mesa ahí abajo.

El Baladí era un restaurante suntuoso en plena Concesión Francesa, el barrio romántico que aglutinaba la vida

nocturna de la ciudad. Accedimos a aquel templo de la cocina fusión española a través de un túnel que desembocaba en el idílico jardín de una mansión.

Un camarero ágil como un ciervo nos acompañó hasta una mesa bajo un fragante sauce.

La luna iluminaba aquel oasis en medio del asfalto, lleno de parejas locales que vestían con sofisticación. Los precios de la carta eran prohibitivos, por lo que deduje que pertenecían al «millón de millonarios» que se dice que viven en China, sobre todo en Shanghái.

Quizás porque aquella noche éramos los únicos occidentales, tras pedir una «paella dos continentes» apareció un sonriente chef con una botella de cava en la mano. Tendría unos treinta años pero sus rasgos infantiles, a los que contribuían los ojos claros y un cabello pelirrojo ensortijado, le hacían parecer más joven.

—Permitidme que os invite, amigos —dijo en castellano con acento barcelonés—. Siempre es un placer recibir a gente de casa.

—¿Vienen muchos por aquí? —abrí camino, aprovechando aquella oportunidad.

El cocinero se sentó a un extremo de la mesa, como un comensal más. Al notar la sorpresa en la expresión de Sarah, le guiñó el ojo y explicó:

—Ventajas de ser el dueño de este chiringuito. O del cincuenta por ciento, para ser precisos. Las leyes de aquí obligan a que al menos la mitad de cualquier negocio sea de un chino. Éste fue el primer restaurante que abrí y le tengo especial cariño, por eso estoy bastante en cocina.

—Entonces, ¿has abierto otros? — pregunté admirado de que un tipo tan joven hubiera prosperado en aquella ciudad frenética.

—Otros siete, aunque no todos en Shanghái. Actualmente tengo más de trescientos empleados. Los ricos de aquí se han cansado de los rollitos de primavera. Les encanta probar cosas de fuera, sobre todo los platos que incluyen cerdo o arroz.

En aquel momento, una camarera puso sobre nuestra mesa un plato de jamón de bellota y una bandejita de pan con tomate.

—Esto y la paella valenciana es lo que más triunfa.

Aunque no hacía tanto tiempo que estaba fuera de casa, mentalmente me sentía en las antípodas, así que me hice

un montadito de jamón con pan con tomate. Tras este bocado celestial, recordé que estábamos allí por un motivo concreto, así que aproveché la camaradería que nos ofrecía Luismi, tal como se había presentado.

—Estamos de viaje de novios — mentí para ver qué cara ponía Sarah—. Un amigo de Barcelona nos recomendó que viniéramos aquí. Se llama Marcel. ¿Te acuerdas de él?

Hice una rápida descripción del tipo mientras Luismi se acariciaba el mentón, pensativo. Finalmente chasqueó los dedos y dijo:

—¡Ya sé quién es! Un tipo raro.

Estuvo leyendo un libro durante toda la cena, y se dejó incluso la mitad de una ración de jamón como ésta. Era gentileza de la casa, así que puse cara de ofendido cuando el camarero se lo llevó. Vuestro amigo entonces se disculpó. Dijo que había tenido un mal día pero que agradecía mucho mi hospitalidad. Cuando salí para traerle un licor de nuestra tierra ya se había ido. Dejó un propinón, eso sí.

Crucé una mirada expectante con Sarah, quien finalmente se atrevió a hablar:

—Vaya, eso no nos lo dijo. Esta ciudad es espectacular. ¿Cómo pudo

tener un mal día?

—Eso mismo me preguntaba yo — dijo Luismi—. En Shanghái se come de maravilla, el dinero corre a raudales y existen las mujeres más bellas de China. Hay que ser tonto para pasarlo mal aquí.

—Igual lo que leía le puso de mal humor —traté de enderezar la conversación—. ¿Cómo era el libro?

—No acostumbro a fijarme en esas cosas, me falta tiempo para leer. Creo que era un libro de tapas blancas, pequeño y muy bien encuadernado. Como estas biblias que hay para niños.

Respiré hondo, excitado con aquella pista que podía ser crucial. Traté de

fingir despreocupación.

—Tal vez le afectaba el calor de Shanghái. ¿Recuerdas el título de ese librito?

—No llego a tanto —repuso sorprendido ante aquel interrogatorio—. En cualquier caso, si es amigo vuestro sólo tenéis que preguntárselo.

La magnificencia de los años pasa como las flores

Desconocedores de que estábamos sentados sobre una bomba a punto de estallar, pasamos el sábado por la noche como un matrimonio europeo cualquiera.

De esos que eligen un hotelito de Shanghái para sentirse en una película de Wong Kar Wai cuando el director tenía poco presupuesto.

Mientras regresábamos en taxi a Nanjing Road, recordé que había visto *Deseando amar* en una de mis primeras citas con mi ex mujer tras habernos conocido en Rusia. Aquella película de imágenes sobrecogedoramente bellas era tan lenta que invitaba a las parejas del cine a evadirse haciendo cualquier otra cosa.

Me había sorprendido que, traducido literalmente del original, se titulase *La magnificencia de los años pasa como*

las flores.

Entre besos, achuchones y toqueteos, recordé que la cosa iba de un periodista que se echa una amante, a la que va leyendo sus primeros escauceos como escritor. Me había producido angustia ver el estoicismo con el que aquella dama esbelta y de una elegancia sin límites aguantaba el tostón del novelista en ciernes. Impecablemente trajeado, el hombre leía tediosamente un folio tras otro en lugar de arrancarle el vestido de seda y hacer lo que un amante debería hacer.

De vuelta a nuestra habitación de camas separadas, me dije que Sarah y yo

tampoco éramos tan distintos de aquellos dos. La diferencia era que, en lugar de leerle escritos de mi cosecha, le comentaba los artículos mistericos que su hermana iba colgando en la página de Marcel de forma incansable.

Esta vez el damnificado había sido Sócrates.

Jenofonte escribió sobre él: «No hablaba como la mayoría de los otros, acerca de la naturaleza entera, de cómo está dispuesto eso que los sabios llaman cosmos y de las necesidades en virtud de las cuales acontece cada uno de los sucesos del cielo, sino que, por el contrario, hacía ver que los que se rompían la cabeza con estas cuestiones

eran unos locos».

Quienes conocieron a Sócrates decían que era un hombre sencillo y alegre, de estatura baja, rellenito y con tripa prominente, labios gruesos, nariz respingona y ojos saltones, algo que hacía que la gente se mofara de su aspecto. No ayudaba a embellecerlo el hecho de que siempre fuera desaliñado y su indiferencia por las comodidades. Siempre vestía lo mismo: una túnica con un manto de tela sin sandalias, abrigo o adornos.

Según cuentan, en una ocasión, paseando con uno de sus discípulos por el mercado, observó toda la clase de objetos y manjares que allí había y dijo: «Me encanta ver tantas cosas que no necesito para ser feliz», puesto que era austero consigo mismo hasta en temas

de comida y bebida.

Con una familiaridad que me había sorprendido, ante la escasa potencia de nuestro aire acondicionado, Sarah leía sobre su cama vestida sólo con camiseta y bragas. Aprovechando que estaba concentrada en la biografía novelada de una adolescente china, *La muñeca de Pekín*, de vez en cuando yo admiraba de reojo sus largas piernas, que flexionaba con la gracia de una antigua actriz de cine.

Luego volvía la vista a aquella reseña sobre el maestro ateniense. Estaba convencido de que Lorelei sabía

ya el nombre de los siete faros y que, por lo tanto, aquél era el número seis.

En su atribulada existencia había algunos datos curiosos, como su participación heroica en varias batallas, y su capacidad de soportar el frío intenso y el hambre como si su cuerpo no necesitara lo mismo que el resto de los mortales. En las campañas militares por el norte, podía pasear descalzo sobre el hielo sin mostrar signo alguno de sufrimiento.

Aquello me hizo pensar en los lamas voladores y en otros milagros atribuidos a santos y santones. Pese a estar separados por siglos y continentes, sin

duda había algo en común entre ellos.

Buscando pistas que me permitieran extraer alguna conclusión general sobre la investigación suicida de Bellaiche, traté de apartar los sentidos de mi bella compañera para centrarme en la ironía que hizo célebre al sexto faro de la humanidad.

A partir de una respuesta del oráculo de Delfos, que dijo que Sócrates era el hombre más sabio de Atenas, el filósofo decidió buscar realmente al hombre más sabio, pues en absoluto se consideraba de tal modo a sí mismo. Por mucho que buscó, lo único que encontró fueron hombres que creían saber más de lo que sabían. Todos ellos

creían poseer alguna clase de gran verdad que nadie más conocía, así que Sócrates intentó abrirles los ojos a la realidad, haciéndoles ver su propia ignorancia a través de lo que posteriormente se llamaría *ironía socrática*.

Una de sus anécdotas irónicas más conocidas es la del triple filtro. Dicen que, en una ocasión, se le acercó un conocido para contarle lo último que había oído acerca de uno de sus amigos y Sócrates le detuvo en el acto diciéndole: «Antes de decirme nada quisiera que pasaras por un pequeño examen que llamo el triple filtro»; a lo que el otro accedió y el filósofo pasó a preguntar: «¿Estás absolutamente seguro de que lo que vas a decirme es cierto?»; su interlocutor pensó y dijo:

«No», a lo que Sócrates añadió: «¿Es algo bueno lo que vas a decirme de mi amigo?»; el hombre negó con la cabeza y dijo: «No, por el contrario...», y el filósofo continuó: «¿Me servirá de algo saber lo que vas a decirme de mi amigo?». Su conocido se encogió de hombros y respondió: «La verdad es que no», a lo que Sócrates concluyó: «Bien, si lo que deseas decirme no es cierto, ni bueno, e incluso no me es útil, ¿para qué querría yo saberlo?».

—¿Cómo progresa mi hermanita? — preguntó Sarah, socarrona, sin apartar los ojos de la novela.

—Progresa adecuadamente, cada vez escribe mejor. Pero me parece inútil

su intento de hallar la dimensión misteriosa de cada maestro. Lo leo para tratar de encontrar una pauta, esa mentira que condenó a Marcel. Aún no he logrado dar con ella.

—Yo de ti no prestaría tanta atención a los trabajos de mi hermana. Lo hace sólo para impresionarte. Sabe que estás conmigo y eso la corroe por dentro. Siempre ha luchado por tener lo que yo tengo. Incluso camino del Everest sigue compitiendo.

—¿Crees que es eso? —pregunté sorprendido—. Por otra parte... ¿qué significa que estás conmigo? Después de aquella noche en Beirut no hemos vuelto

a... bueno, ya sabes.

—Yo sólo sé que no sé nada, como Sócrates. —Sonrió irónica—. Aunque la verdad es que tampoco haces grandes intentos.

—¿Quieres ponerme a prueba?

—Vamos, juguemos a algo. Las andanzas de esta colegiala china metida a punk me están poniendo enferma. Quizás porque me recuerda demasiado a Lorelei.

Tras repasar mentalmente lo que acababa de leer, le lancé el desafío:

—Voy a examinarte de filosofía y, si suspendes, esta noche podré hacer contigo lo que yo decida.

—De acuerdo —dijo, divertida, mientras se abrazaba las piernas.

—Ahí va la pregunta... ¿por qué un hombre patriota como Sócrates, fiel a Atenas y a sus amigos, fue condenado a tomar cicuta?

Sarah apoyó la barbilla sobre las rodillas desnudas antes de decir:

—Creo que se negó a colaborar con el régimen de los veinte tiranos.

—Eran treinta —la corregí.

—Eso no es importante.

—¿Cómo que no? Diez tiranos más pueden hacer mucho daño. Dado que tu respuesta no ha sido del todo correcta, tendrás que responder a una pregunta

suplementaria: ¿cuáles fueron las últimas palabras de Sócrates antes de morir? Una pista: se las dijo a su discípulo Critón.

Sarah se puso de pie, indignada, y se plantó ante mí.

—¿Cómo quieres que lo sepa? Eso no entra en un examen de filosofía.

Ocultando la excitación que me producía tenerla tan cerca y con tan poca ropa, imposté una voz autoritaria al declarar:

—Aquí lo que entra y lo que no entra lo decido yo. Sócrates dijo a Critón: «Le debemos un gallo a Asclepio. Así que págaselo y no lo descuides».

El simposio

Tras otra noche sin cumplir mis deseos, el domingo bajamos a las diez y media para desayunar en la cafetería del albergue. Luego el recepcionista nos transcribió en ideogramas chinos la dirección del local que sería inaugurado por Raymond Liu al mediodía.

Aunque la nota publicada en prensa especificaba que había que inscribirse para tomar parte en la inauguración —no especificaba de qué—, habíamos decidido presentarnos sin avisar.

El tráfico aquel domingo era tan infernal como cualquier otro día en China, supuse, pero una hábil conductora logró escapar de la maraña rodada para desembarcarnos en menos de media hora en el Bund.

Aquel noble paseo frente al río, con los rascacielos de Pudong al otro lado, debía de ser el lugar más caro de todo Shanghái para abrir una galería o cualquier otra cosa. De ello se deducía

que el pintor de *La gran ola* era un potentado, además de tener los contactos para encontrar un espacio en una zona tan privilegiada como ésta.

El local se hallaba en el octavo piso —cómo no— de un edificio art nouveau de principios del siglo XX con una lujosa oficina bancaria en la planta baja.

—Pasan diez minutos de la hora — comenté a Sarah mientras subíamos en un ascensor forrado de maderas nobles y remaches dorados.

—Es mejor así. Puesto que no hemos anunciado nuestra presencia, nos conviene entrar cuando la inauguración haya empezado y no se fijen en nosotros.

—Si el ambiente es como en el Baladí —bromeé—, va a ser imposible pasar inadvertidos. Es igual que cuando pillaron al corrupto jefe de la Guardia Civil en Laos y él no entendía cómo lo habían detectado.

—Deja de contar batallitas y abre bien los ojos.

Al llegar al octavo piso, vimos que no había un solo cuadro ni nada que hiciera pensar en una exposición. Salimos a una sala donde charlaban una docena de fumadores, la mayoría de aspecto occidental. Unos biombos de caoba separaban aquel improvisado recibidor de un amplio auditorio con

espectaculares vistas sobre el río y sobre Pudong.

Un detalle sobre el estrado donde se iba a dar la charla llamó, no obstante, mi atención. Era algo parecido a un disco de plomo en el que siete rayos divinos convergían en una ola que se alzaba furiosa, como si quisiera escapar del pesado marco que la contenía.

Recordé el mito del disco con las revelaciones rescatado de la biblioteca de Alejandría, pero aquella pieza que lucía sobre el estrado tenía un aspecto moderno. No dudé de que guardaba relación con los Hijos de la Luz y que no tardaríamos en destapar más de lo

que deseábamos saber.

Casi todos los asientos de la diáfana sala, frente a una tarima vacía, estaban ocupados por un público elegantemente vestido. A lado y lado del paso entre los biombos había dos azafatas que marcaban cada ingreso en la lista de invitados.

Como si tuviera experiencia en colarse en fiestas donde no ha sido invitada, Sarah avanzó con decisión hacia una de ellas y le dijo en inglés:

—Este caballero es el comisario de la exposición de la galería 798 de Pekín. No nos hemos inscrito en la lista, pero mister Liu nos ha rogado que asistamos

al acto.

—Pero... no me han comunicado nada —dijo la azafata con expresión perpleja—. Si espera aquí un momento, voy a hablar con...

Antes de que pudiera terminar la frase nos metimos en el auditorio y ocupamos dos sillas libres en la primera fila. Un lugar engorroso para un desalojo, ya que estábamos a la vista de todo el mundo.

En cada asiento había un librito de tapa dura. La portada era blanca con una gran ola superpuesta de un blanco más oscuro. Miré de reojo a Sarah, que había reconocido uno de los cuadros de Liu

que habíamos visto en Pekín.

El título en inglés, también blanco, se distinguía por el relieve brillante con el que estaba impreso:

LA NUEVA ERA AXIAL
—Doctor Raymond Liu—

Antes de que pudiera abrir el libro —sin duda se trataba de la «pequeña Biblia» que había llevado Marcel al restaurante—, una mujer esbelta vestida con traje chaqueta subió a la palestra entre una nube de aplausos.

Tenía aspecto de inglesa de buena familia, rubia y con la piel tan blanca

que casi parecía transparente. Aún no había conocido al misterioso Raymond Liu, pero algo me decía que había elegido a aquella presentadora —o lo que fuera— por su palidez.

—Distinguidas señoras y señores —empezó—, mi nombre es Elisabeth Mist y tengo el honor de inaugurar este centro de estudios que, con la ayuda de todos, sacará al mundo de las tinieblas.

Tuve que respirar hondo mientras la ponente se deshacía en elogios hacia el autor del libro que, casi a mi pesar, tenía en mis manos. Finalmente dio inicio a su discurso.

—Empezaré mi humilde aportación

con una pregunta: ¿es posible que los grandes pensadores que han marcado nuestra sociedad y pensamiento, tanto el oriental como el occidental, hayan nacido de la misma fuente, más allá de religiones ni procedencias?

El público contuvo la respiración. Elisabeth Mist exhibió una sonrisa triunfal antes de entrar en el discurso propiamente dicho.

—Si analizamos los personajes clave de nuestra historia espiritual, nos daremos cuenta de que muchos de ellos se cruzan y, filosóficamente, van en un mismo sentido. Empezaremos por Lao Tsé, autor del *Tao Te Ching*, quien sirvió

durante años como archivero de la corte imperial donde conoció a un joven e impetuoso Confucio con quien mantendría largas discusiones. Confucio pasó a ser discípulo de Lao Tsé, a pesar de no estar conforme con su pensamiento demasiado libre y natural. Lao Tsé, cansado de los oídos sordos del gobierno y de su incapacidad para cambiar al hombre, decidió entonces viajar lejos, donde pudiera meditar en soledad.

—Este discursillo lo podría hacer tu hermana —susurré a Sarah, que me calló con un golpe de codo en el costado.

—En su camino, Lao Tsé pasó por la

India, donde se cruzó con otro personaje importante de nuestra historia en un momento en el que estaba perdido, el príncipe Siddhartha Gautama. Lao Tsé lo tomó bajo su ala y le explicó su filosofía y sus descubrimientos a partir de la observación del orden natural. Después, el anciano reemprendió su camino hacia las misteriosas tierras del Tíbet, donde se perdería su rastro, y el príncipe desorientado se convertiría en Buda.

Un aplauso entusiasta sirvió de punto y aparte a aquella versión de los hechos lejana al rigor histórico.

—Buda transmitió a sus discípulos una serie de enseñanzas conocidas como

el *Kalachakra*. A su muerte, estos conocimientos se perdieron durante medio milenio. Hasta que un joven que buscaba el reino oculto de Shambhala se cruzó en su camino con un anciano que lo inició en las enseñanzas del *Kalachakra*. Era Jesús de Nazaret, que como Lao Tsé y también Sócrates cinco siglos antes, viajaron a la India para volver con conocimientos y leyendas extraños para su pueblo.

El público acogió con otro gran aplauso aquella integración de maestros, en aras de algún propósito que no alcanzaba a comprender. Sarah me miró escandalizada. Esta vez fui yo quien le

pidió calma en silencio. Quería ver adónde conducía todo aquello.

—No nos es desconocido el intenso entrenamiento físico, mental y espiritual al que se someten los lamas para llegar a dominar su propio cuerpo, hasta extremos sobrehumanos. Al finalizar su iniciación, un monje tibetano es capaz de dormir en la nieve sólo cubierto por su túnica sin pasar un ápice de frío, como Sócrates en sus campañas militares en territorios helados. Y ahora, damas y caballeros, os pido que os interroguéis igual que yo.

Un silencio tenso precedió a la batería de preguntas de Elisabeth Mist:

—¿Es posible que el conocimiento que durante tanto tiempo nos ha parecido fruto de distintas mentes proceda del mismo origen? ¿Y si existiera realmente ese reino oculto de seres inmortales que guardan la fuente de la sabiduría eterna? ¿Es casualidad que de Lao Tsé sólo se conozca su nacimiento como anciano y que fuera concebido a través de un haz de luz en una mujer virgen, del mismo modo que la Virgen María quedó en estado de Jesús de Nazaret con un mensaje angélico?

En medio de esta metrallera interrogadora que había dejado al público sin aliento, me giré en dirección

a la salida. Entonces le vi. Un hombre de unos sesenta años, vestido de blanco y con rasgos ligeramente orientales, contemplaba satisfecho aquel simposio.

Sin duda era Raymond Liu, investido como doctor para aquel libro del que empezaba a conocer su contenido.

—Uno de los milagros de Jesús de Nazaret era su capacidad para sanar con la imposición de manos. Hace relativamente poco, a finales del siglo XIX, un monje japonés llamado Mikao Usui se vio inmerso en una búsqueda de años a partir de una pregunta que no era capaz de responder: si Jesús dijo al sanar con sus manos que nosotros

también seríamos capaces de tales milagros, ¿por qué no sabemos cómo hacerlo? Tras un largo periplo por los monasterios del Tíbet, nació el reiki. Pero ¿qué señalan todas estas coincidencias?

—Está aquí, le he visto —susurré a Sarah al oído.

—Lo sé —dijo sin mover la cabeza ni un ápice—. Y él nos ha visto a nosotros.

El maestro axial

Tras el calentamiento llevado a cabo por su telonera, la entrada de Raymond Liu fue recibida con un estallido de júbilo. Al pasar cerca de nosotros, calculé que tendría un veinticinco por ciento de oriental, un rasgo localizado sobre todo en la forma demasiado almendrada de

sus ojos.

Inmaculadamente blanco, levantó las manos con suavidad para contener el entusiasmo del público. Luego habló con una voz nítida y profunda, en un inglés peculiar que atribuí a los naturales de Hong Kong.

—Como bien ha dicho la señorita Mist, la sabiduría ancestral regresa a nosotros una y otra vez por boca de distintos maestros. Son seres abiertos de mente y corazón que viajaron a los mismos puntos, que comprendieron que existe una fuerza que es el origen de todo, una esencia que fluye por nosotros, un orden natural de cambio y

crecimiento, una diversidad en el uno. Podemos llamar a estos maestros de la primera era axial de muchas maneras: Lao Tsé, Buda, Sócrates, Jesús... Al final, todos canalizaron las mismas enseñanzas, pensamientos y filosofías que han sido deformadas por los años y por aquellos que les han dado letra.

El discurso del supuesto doctor atacó a continuación el cisma entre las innumerables iglesias, comunidades y sectas que no habían sido capaces de poner todo aquel conocimiento al servicio de la humanidad.

Tras recibir una sentida ovación, Raymond Liu volvió a bajar la voz para

que el público tuviera que incrementar así su atención. Parecía que no se atrevieran siquiera a respirar.

—La era axial que la mayor parte de la humanidad desconoce tuvo sólo una carencia. —El ponente calló unos segundos para añadir dramatismo a su discurso—. Faltó un líder que uniera los puntos. Alguien que cogiera los hilos ancestrales del conocimiento para que la humanidad abrace la iluminación colectiva con una sola voz.

Una mujer exaltada se atrevió a interrumpirle con el grito:

—¡Ahora ya lo tenemos!

Una explosión de aplausos, gritos y

lágrimas llenaron el auditorio de una tensión insoportable. Las mejillas de la racional Sarah ardían de indignación. Aun así, aguardamos hasta el final del discurso, en el que el doctor Raymond Liu se erigía en heredero de dos milenios y medio de sabiduría.

El final mesiánico del acto provocó el delirio del público a la vez que disparaba todas mis alertas.

—Ha llegado el momento de pasar a la ofensiva, hijos de la luz. Permitidme que os llame así. Los próximos meses vamos a abrir una docena de centros como éste en Asia y Europa, que son las madres de la nueva era axial. Luego

llegarán al resto de continentes. En un mundo a punto de naufragar, nosotros navegamos en la gran ola que nos lleva a la otra orilla. Para siempre.

Sarah tiró de mí durante la aclamación final, que llevó al público a abandonar sus asientos para arremolinarse alrededor de su líder unificador, el maestro axial.

Mientras esquivábamos la marea humana en nuestro intento de ganar la salida, distinguí claramente entre el barullo la voz profunda de Raymond Liu, que decía: «Esos dos. No dejéis que se marchen».

Cuando ya llegábamos al ascensor,

dos hombres asiáticos con traje nos cerraron el paso y otros dos se añadieron al cerco. El que parecía llevar la voz cantante —o tal vez era el único que hablaba inglés— dijo:

—Disculpen, está fuera de servicio. Si los señores me acompañan, les mostraremos un camino alternativo para salir de aquí.

—Encontraremos la salida solos, muchas gracias —repuse cogiendo de la cintura a Sarah para salir del cerco, que se cerró aún más.

—Ni hablar —volvió a hablar el asiático—, sería una falta de hospitalidad imperdonable que se

perdieran en este edificio por nuestra culpa.

A continuación, fuimos empujados a toda velocidad por un pasillo que me pareció que llevaba a la escalera de emergencia, aunque los trajeados tapaban constantemente nuestra visión.

Un violento impulso final, seguido de un sonido metálico, nos hizo caer en una habitación sin ventanas que olía a lubricante y a basura confinada largo tiempo.

Ayudé a Sarah a levantarse, pero un pie en mi hombro me impidió hacer lo mismo.

El portavoz de aquellos gorilas se

había quedado dentro, mientras sus compañeros montaban guardia al otro lado. Estábamos perdidos. Por si tenía alguna esperanza de reducir a aquel tipo, al levantar la cabeza vi que me apuntaba con una pistola automática.

Aquel hombre estaba versado en el arte de la atención, ya que le bastó mirar de reojo a la francesa para detenerla antes de que gritara.

—Vamos a hacer las cosas bien — dijo muy sereno—. El maestro vendrá a hablar con vosotros cuando acabe de atender a los suyos. Como soy el responsable de su seguridad, tengo que pedirlos que os desnudéis. Cuando mis

hombres hayan comprobado cada pieza, os podréis volver a vestir.

—Ni hablar —repuso Sarah con un temblor de rabia en la voz.

El guardián tensó aún más el brazo con el que me encañonaba y amenazó:

—Contaré sólo hasta tres.

La fiesta de los condenados

Dos minutos después estábamos desnudos y, encogidos, apoyábamos la espalda contra la pared. Una situación que no podía ser menos erótica. Con la mirada clavada en el suelo, entreví como el guarda pateaba la ropa fuera de

aquel zulo para que la inspeccionaran sus hombres.

En aquella situación lamentable, me sorprendió que Sarah dijera:

—Tranquilo, no nos pueden hacer nada.

No pude evitar mirarla. Abrazada a sus rodillas para cubrirse, su rostro transmitía una incomprendible serenidad.

—Celebro que seas tan optimista. Yo veo más probabilidades de que terminemos en el fondo del río Huangpu. Y lo peor de todo es lo que sucederá antes de ese final.

—Los chinos son buenos

torturadores, pero dicen que los verdaderos maestros son los japoneses.

Los dos nos pusimos a reír estúpidamente. Tal vez por la convicción de que aquello sólo podía acabar mal, una reserva de alegría en nuestro cerebro nos empujaba a celebrar la última fiesta. Aunque durara apenas unos segundos. ¿Sería así con todos los condenados?

—Dado que es evidente que no vamos a salir de ésta —dije—, me voy a permitir ser cursi, romántico y patético. Todo a la vez. Te quiero, Sarah.

Una súbita carcajada por parte de la francesa hizo que el carcelero abriera la

puerta para mirar qué pasaba. A continuación, empujó la ropa con el pie y volvió a cerrar.

Frustré el intento de ella de apoderarse de la ropa atrayéndola hacia mí.

—No dejaré que te vistas si no me das una respuesta.

—¿Una respuesta? —dijo mientras seguía abrazada a sus rodillas—. No entiendo la pregunta.

—Pues es bien obvia. Acabo de declararme en este nido de ratas y quisiera conocer tus sentimientos hacia mí. Ahora o nunca.

—Ya te dije en Pekín que me gustas.

¿No es suficiente eso para ti?

Una algarabía de voces al otro lado de la puerta reveló que Liu había llegado y se preparaba para entrar. Sarah se puso de pie y, sin importarle que viera su desnudez a escasos centímetros, se vistió con total tranquilidad.

Yo no poseía la serenidad del condenado a muerte, así que me vestí a trompicones y cuando se abrió la puerta aún no había logrado calzarme.

El autoproclamado maestro axial levantó la mano a modo de saludo. Luego nos dirigió una mirada inerte y dijo:

—Me parece correcto que sigáis las huellas de vuestro depravado amigo, pero ha sido un movimiento estúpido venir hasta aquí. Seréis responsables de lo que os suceda, ya que habéis profanado nuestros buenos propósitos para provocar la ira del karma. Siempre es la misma historia.

—¿De qué coño hablas, Raymond?

Asombrado, me di cuenta de que, en aquella situación límite —por no decir terminal— Sarah se comportaba tal como lo habría hecho su hermanastra. La coletilla de llamarle por el nombre acabó de enfurecerle, pero su odio se expresaba como un veneno verbal

destilado gota a gota, frase por frase.

—El perro loco siempre muerde la mano del amo. Yo le tendí la mía a Marcel, le confié la revelación como a un hijo, pero en lugar de gratitud obtuve blasfemia y traición.

—No nos interesan tus delirios mesiánicos, Raymond —le cortó Sarah—. Déjanos salir ahora mismo o...

—¿O?

—O van a chapar tu puñetera iglesia unificadora antes de que puedas abrir otro centro. He dejado nota en nuestro alojamiento de dónde estamos y con quién, por si alguien pregunta por nosotros. En caso de que

desaparezcamos, con el equipaje en nuestras habitaciones, quien preguntará será la poli de Shanghái y vas a tener problemas de verdad. No eres aún lo bastante grande para callar bocas a ese nivel.

—Estás mintiendo.

La voz de Liu sonó firme, pero sus manos levemente agitadas mostraban inquietud.

—Haz la prueba, mamarracho — dijo Sarah ofreciendo su móvil al maestro.

—No quiero contagiarme de tus microbios de ramera —la detuvo—. Que alguien llamé a ese sitio. ¿Cómo

has dicho que se llama?

El que había liderado nuestra detención maniobró rápidamente sobre su smartphone hasta dar con el teléfono del albergue. Horrorizado y a la vez admirado por la iniciativa de Sarah, me dije que si aquello era un farol nos iban a quemar vivos.

Aunque el matón hablaba en chino, distinguí claramente nuestros nombres al comunicar con recepción. Tras unos segundos de tensa espera, movió la cabeza afirmativamente y se encogió de hombros ante su jefe, que contrajo la cara al reconocer:

—Parece que os esperan.

—¡Abre esa puerta ahora mismo! —
gritó Sarah.

—Calma, vamos a tener que pactar.
—Liu parecía haber recobrado la
templanza de las grandes ocasiones—.
Os podríamos liquidar aquí mismo y
deshacernos de vuestros cuerpos para
que jamás encuentren ni una brizna de
vosotros. La investigación policial se
zanjaría con un par de sobres bien
abultados. A fin de cuentas, sólo sois
dos estúpidos extranjeros que han
venido a incordiar.

—Dinos qué pacto propones —
intervine, sabiendo que Sarah era
demasiado orgullosa para negociar.

El capitoste me miró con falsa simpatía y declaró:

—Os deajo marchar con vida a cambio de esa libreta.

Mis ojos se desviaron hacia el cuaderno de Alejandría, que había apoyado contra la pared antes de entregar nuestra ropa a los esbirros. Me quedé mudo hasta que la francesa me acabó de descolocar.

—Dáselo.

—Pero... —balbuceé.

—Que se lo metan por donde les quepa. No hay nada que merezca la pena en ese maldito cuaderno. Vámonos a casa. —Una lágrima tembló en la

ventana azul de Sarah antes de iniciar su lento y salado descenso.

—Por fin dices algo razonable —
repuso Liu mientras señalaba el
cuaderno, que fue recogido con premura
por uno de los esbirros—. Eso, largaros
de una puta vez. Os doy veinticuatro
horas para abandonar esta ciudad y este
país. Si no lo hacéis, ateneos a las
consecuencias. No habrá otro aviso, así
que considerad que habéis vuelto a
nacer.

EL SEXTO FARO

SÓCRATES



DIEZ INSPIRACIONES PARA EL SENTIDO
COMÚN

I

La verdadera sabiduría está en
reconocer la propia ignorancia.

II

Desciende a las profundidades de ti
mismo para ver tu alma buena.
La felicidad la hace uno mismo con su
buena conducta.

III

Sé como deseas parecer.

IV

Emplea tú tiempo cultivándote a través
de los escritos de otros, así ganarás
fácilmente lo que para otros ha sido una
dura tarea.

V

Rico es aquel que se conforma con poco, pues saber conformarse es el tesoro de la naturaleza.

VI

No podemos estar orgullosos de nuestra prosperidad, hasta que se vea en qué la empleamos.

VII

Una vida que no se examina no merece la pena ser vivida.

VIII

La verdadera sabiduría nos llega cuando

nos damos cuenta de lo poco que sabemos sobre la vida, sobre nosotros y el mundo que nos rodea.

IX

La envidia es la úlcera del alma.

X

La vida nos plantea dos tragedias:
una es no alcanzar lo que anhela tu
corazón;
la otra es obtenerlo.

SÉPTIMA PARTE

Mesías

Jesús en la India

En consonancia con la aceleración que nos había impuesto aquel incidente casi fatal, tomamos el Maglev Transrapid para salir disparados hacia el aeropuerto de Pudong.

«Salir disparados» era la expresión correcta para definir el viaje en aquel

tren bala que, con sus cuatrocientos treinta kilómetros por hora, había sido en su inauguración el más rápido del mundo. Gracias a la levitación magnética, lograba cubrir los treinta kilómetros que separaban Shanghái del aeropuerto en sólo ocho minutos.

Ése fue el tiempo que empleé en terminar de leer el artículo de Lorelei dedicado al último faro, Jesús de Nazaret, quien no levitaba sobre las vías de un tren pero sí sobre el mar, según el relato bíblico.

Me leí muy por encima todo lo relativo a los Evangelios Apócrifos, ya que era un tema muy vago e impreciso

que nunca me había interesado.

Sí me fascinaba, en cambio, todo lo que tenía que ver con los años perdidos de Jesús, ya que en los cuatro Evangelios el relato salta desde la infancia del Mesías hasta los treinta años. ¿Qué había sucedido en medio?

La autora del artículo misterioso especulaba lo siguiente:

Existe la teoría de que Jesús, de los doce a los treinta años viajó por la India, donde fue instruido en el budismo, y predicó su sabiduría por Asia hasta regresar a su tierra natal. El periodista Nicolas Notovitch descubrió en 1887, en un monasterio del Himalaya, unos antiguos manuscritos en los que se

hablaba de un profeta llamado Isa —el nombre de Jesús en el islam— que llegó a la India a los catorce años para estudiar los preceptos del budismo.

Estas hipótesis que sitúan a Jesús lejos de casa, inmerso en sus estudios, también hacen comprensible que un joven de treinta años judío no estuviera casado y con hijos, pues la religión judía dice claramente «sed fértiles y reproducíos», e insta a todos los hombres sin excepción a casarse y a tener descendencia, mientras que Jesús no consta que estuviera casado cuando empezó a predicar.

Otro asunto que había suscitado mucha controversia entre los estudiosos era la posibilidad de que Jesús no

hubiera muerto en la cruz. Según algunos autores, el Mesías pudo haber sobrevivido, puesto que la muerte en la cruz conllevaba varios días y él fue bajado la misma tarde en que fue colgado, sólo un par de horas después.

De ser eso cierto, el interrogante sería: ¿adónde fue entonces?

En los minutos finales de nuestro vertiginoso trayecto pregunté a Sarah qué opinaba sobre el tema. Para mi sorpresa, sabía más del asunto que su propia hermana.

—Cuando yo estudiaba en la Complutense, un amante danés que tenía una revista esotérica me regaló un libro

descatalogado de Andreas Faber-Kaiser: *Jesús vivió y murió en Cachemira*.

—¿Y qué dice?

—Al parecer, en la ciudad de Srinagar existe una tumba donde se encuentran los verdaderos restos de Jesús de Nazaret. El nombre de Jesús en árabe, cachemir y urdu tiene múltiples variantes, como Isa o Yosuf, que aparecen en muchas historias tradicionales que hablan de la segunda venida de Jesús al Norte de la India.

—Luego está el engorroso asunto del Priorato de Sion... —dije recordando un documental que había visto de

pequeño—. Tras ser bajado de la cruz, acabara en Cachemira o en cualquier otro lugar, Jesús tuvo descendencia y los caballeros templarios serían los encargados de protegerla.

Todo aquello era demasiado legendario para darle crédito, así que conecté brevemente el internet de mi smartphone para buscar el libro de Faber-Kaiser.

La mayoría de los links hacían referencia a la muerte del periodista en extrañas circunstancias, tras publicar un ensayo que le había granjeado poderosos enemigos. Finalmente di con el libro que había mencionado Sarah.

Venía prologado por F. M. Hassnain, director de los departamentos estatales de Historia de Cachemira.

Mis siguientes investigaciones me llevaron hasta la tumba de Yuz-zasaf, situada en Srinagar, Cachemira, conocida como la tumba del profeta enviado a los cachemires hace cerca de dos mil años. El decreto real librado en favor de los celadores de la tumba habla del profeta Yuz-zasaf. En el interior de la tumba hallé una cruz de madera, cuyas fotografías aparecieron en el semanario alemán *Horzu* en diciembre de 1975 y enero de 1976, en la serie de artículos publicados por el mundialmente famoso autor Erich von Däniken.

En sucesivas investigaciones hallé

un bloque de piedra con las huellas de las plantas de los pies de Jesucristo, siendo lo más peculiar de estas huellas el que una muestre un agujero y la otra un vestigio de la herida causada a Jesús en la cruz. Descubrí igualmente las cruces grabadas en enormes rocas por los primeros cristianos refugiados en Ladakh.

También ha trascendido que la famosa tumba sagrada en Srinagar tiene una celda subterránea que alberga abundantes reliquias. Propuse por lo tanto abrir la celda y acabar así para siempre con esta polémica. Pero mi idea dio paso a una ola de oposición no sólo dentro del país sino también en el extranjero. Esto originó una discusión del tema en el *Weekend* de Londres, en julio de 1973, en el que dos obispos

apoyaron mi teoría mientras que otros dos se opusieron a ella. Estoy convencido de que si la tumba se abre, aparecerán huellas de clavos en las manos y en los pies del profeta allí enterrado.

El juego de la muerte

Déjate de especulaciones y borra los archivos mistericos de la página web. Seguro que habrá parte de verdad en todo ello, pero no eran esos mensajes los que quería dar Marcel Bellaiche. Un beso desde el aeropuerto de Shanghái.

P. D.: ¿Cómo va el trekking de altura? ¿Cuándo llegas al campo base?

Mandé el WhatsApp desde un concurrido café mientras Sarah sacaba nuestros billetes directamente en el mostrador de una compañía. Aunque tenía la impresión de haber cerrado la investigación en falso, no me parecía mala idea regresar de una vez a Barcelona.

No tenía pruebas para denunciar a nadie concreto, aunque estaba claro quién había ordenado el asesinato. Eso sí, el material recogido bastaba para redactar un informe para que los tentáculos de Bellaiche, si eran lo suficientemente largos, persiguieran a los culpables.

Pese al sabor agridulce que me producía no llegar hasta el final —había faltado una etapa y quedaba el enigma de la mano ejecutora—, era una buena noticia que regresáramos vivos.

Sarah volvió, sonriente, blandiendo en la mano nuestros pasajes. Sin embargo, el alivio que sentí al tomar mi carta de embarque se esfumó cuando vi que el destino no era Barcelona sino Hong Kong.

—Pero... ¿te has vuelto loca?

—Aunque ya conozcamos quién está detrás de las dos muertes —dijo la francesa muy decidida—, no quiero volver a casa sin explorar la última

pista. Ni siquiera sabemos qué profanación o traición llevó a cabo Marcel para que fuera ajusticiado.

—Eso si realmente tuvo tiempo de llevarlo a cabo. Justamente murió mientras redactaba las conclusiones finales sobre esa mentira... o mentiras que afectan a los profetas.

Sarah me miró desafiante y dijo:

—Que no pudiera redactar las conclusiones finales no significa que el trabajo no estuviera hecho. Y puesto que Hong Kong es una isla de libertad en esta parte del mundo, algo me dice que allí se encuentra lo que necesitamos. Habiendo llegado tan lejos, sería una

lástima no intentarlo al menos. ¿No te parece?

—Ya, pero ¿por dónde empezar? — resoplé desanimado—. El cuaderno de Alejandría era todo lo que teníamos para seguir el rastro de Marcel. Y ahora...

—Lo seguimos teniendo. —Sarah sacó triunfalmente de su bolso una hoja amarillenta con dos líneas garabateadas—. No necesitamos el resto.

Contemplé boquiabierto aquella hoja arrancada. Sin duda, pertenecía al cuaderno del que se había apoderado Raymond Liu. Ella había tomado la precaución de extirpar antes el último

capítulo de aquella aventura fatal.

No pude resistir besarla en los labios.

—Eres genial, Sarah.

—¡Qué va! El maestro axial no sólo es un falso iluminado, también es un ingenuo.

Una vez en el avión de Dragonair, pactamos que nuestra estancia en Hong Kong sería fugaz para no correr más riesgos. Puesto que Liu nos había amenazado de muerte si permanecíamos un día más en China, limitaríamos nuestra búsqueda a la única pista que

había dejado Marcel en la ex colonia británica.

Kai Projects
40 Shelley Street
Soho

—Parece el nombre de una empresa —dije relejendo aquellas señas—. Suena a agencia de publicidad o a productora de cine. ¿Aún se hacen tantas películas en Hong Kong?

—Ni idea —respondió Sarah mientras el avión ya rodaba por la pista de despegue—, pero antes de irnos quiero que nos hagamos un foto delante

de la estatua del Pequeño Dragón.

—¿El Pequeño Dragón? ¿Dónde está eso?

—Se trata de Bruce Lee, hombre. ¿No sabes que le llamaban así? Era de Hong Kong e hizo parte de su carrera allí. En la avenida de las Estrellas de Kowloon se encuentra su estatua. Mira, lo tienes delante tuyo.

Mientras nuestro avión atravesaba el cielo del sur de China, vi el careto del Pequeño Dragón en la revista de la compañía aérea. El reportaje estaba en inglés —para nuestro alivio—, junto al cantonés, un idioma habitual en Hong Kong, y versaba sobre la extraña muerte

de la estrella de las artes marciales.

Su muerte aconteció la noche del 20 de julio de 1973 en el piso de la actriz Betty Ting Pei. Lee había pasado la tarde repasando el guión de *Game of Death* con el director Raymond Chow, cuando ambos se despidieron hasta su cena con George Lazenby, actor de *007*.

Lee visitó a la actriz Betty Ting Pei para planear algunos cambios en el guión antes de la cena, cuando empezó a sentirse mal y a dolerle la cabeza. Preocupada, la actriz le ofreció un analgésico parecido a la aspirina, el Equagesic, y le ayudó a acostarse en su dormitorio. Cuando aquella noche Raymond Chow llamó preguntando por el actor, puesto que no había aparecido durante la cena, Betty descubrió

horrorizada que Bruce Lee no recuperaba la conciencia.

Una ambulancia lo llevó al hospital Reina Elizabeth y, a pesar de los intensivos cuidados a los que fue sometido, murió a los treinta y dos años de edad aquella misma noche.

Bruce Lee falleció tan inesperadamente que los productores de *Game of Death* tuvieron que reescribir el guión de modo que en la película, el personaje que interpretaba Bruce Lee, fingiera su propia muerte para huir de la mafia. De hecho, las imágenes del funeral pertenecen al verdadero velatorio y entierro del actor.

Podemos encontrar su lápida en el cementerio de Lake View en Capitol Hill de Seattle, aunque en realidad tuvo dos funerales. El primero se celebró en

Hong Kong, donde recibió un servicio budista tradicional y más de veinte mil personas se congregaron para despedir al difunto, causando tal calor y humedad que las gotas de condensación hicieron que el forro blanco del ataúd de Bruce Lee se tiñera de azul por el traje que llevaba puesto el difunto. Durante el posterior traslado a Seattle para la ceremonia privada con su familia tuvieron que cambiar de ataúd.

ELISABETH MIST

Encontrarme en aquella crónica siniestra a la telonera de un delirante mesías instigador de crímenes no era un buen augurio, pero no comuniqué a mi acompañante el hallazgo.

En lugar de eso, le comenté:

—Llegaremos sobre las ocho de la tarde a la ciudad. Me temo que esa productora o lo que sea estará cerrada. Además, es domingo.

—Bueno, pues cenaremos en Hong Kong y pasaremos la noche en un hotel. Juntos —especificó mientras me guiñaba el ojo y provocaba un martillazo en mi corazón—. Mañana averiguaremos qué diablos hizo allí Marcel, y para casa.

—¿Vendrás a Barcelona? —le pregunté esperanzado.

En lugar de responder, tomó mi mano y me acarició el dorso con el pulgar. No supe interpretar aquel gesto.

Soho HK

El aeropuerto de Hong Kong está conectado con la capital, en una de las doscientas islas que constituyen el archipiélago, con un modernísimo y económico tren de alta velocidad. En sólo veinticuatro minutos nos llevó a la capital financiera de Asia, que a la

caída de la noche era un hervidero de gentes diversas.

Chinos e hindúes se mezclaban con afroamericanos y británicos en un asfixiante caos entre los altos y estrechos rascacielos de la ciudad. Que fuera domingo parecía lo de menos.

Tras cargar las maletas en un taxi rojo con el techo gris, nos planteamos qué hacer aquella última noche.

—El Soho es justamente el barrio de los restaurantes y bares —apuntó Sarah—, así que podríamos echar un vistazo al edificio de Kai Projects antes de ir a cenar. Luego buscamos un hotel sobre la marcha.

Nos acomodamos en el asiento de atrás y la besé, puesto que aquella velada podíamos comportarnos como una pareja. Sarah se dejó llevar y reavivó el fuego mientras el taxi se metía por calles cada vez más empinadas.

El bullicio de música electrónica y gritos de borrachos era la prueba de que la impronta que habían dejado los ingleses tardaría en borrarse.

—Está abierto —dijo Sarah cuando el taxista nos dejó en la dirección exacta —, pero creo que te vas a llevar una

decepción.

Bajo el nombre de Kai Projects, lo que había imaginado como una agencia de publicidad o una productora de cine resultó ser un chiringuito de teléfonos móviles y revelado fotográfico. El local tendría menos de diez metros cuadrados.

Tras el mostrador, un indio joven sorbía un batido con los ojos clavados en un televisor tronado.

—Ése debe de ser Kai —murmuré—. Me pregunto por qué Bellaiche tomaría nota de un establecimiento tan cutre.

—Quizás ahora lo sabremos.

Entramos con nuestras maletas en

aquella tienda minúscula donde el calor era más sofocante incluso que en la calle. El dueño dejó el batido sobre el rajado mostrador de cristal y nos dio su particular bienvenida:

—Tengo las tabletas más baratas de toda Asia. ¿Y habéis visto el precio de las BlackBerry? ¡Es de risa!

—No queremos comprar nada, gracias —intervine.

El indio frunció el ceño y devolvió la mirada a lo que parecía una *sitcom* con un joven sij como protagonista. Sarah le mostró entonces el papel arrancado del cuaderno.

—Un amigo nuestro anotó su

dirección. ¿Le suena el nombre de Marcel Bellaiche?

—Por supuesto que sí. Me debe dinero.

Sarah y yo nos miramos atónitos. Aquello era lo último que esperábamos oír. El dueño de Kai Projects aclaró:

—Me trajo una cámara digital muy vieja, de las primeras de pequeño formato que filman y graban la voz.

—¿Y qué quería hacer con ella? — pregunté asombrado.

—Dijo que se había filmado a sí mismo dos minutos y medio, y no sabía cómo pasarlo a un formato que se pudiera mandar por correo electrónico.

Yo le dije: «No hay problema, deja aquí la cámara y yo te lo convierto en un archivo comprimido cuando tenga un momento. Luego te lo meto en un USB y tú me lo pagas junto con lo que tarde en hacer eso». Tras aceptar, dijo que vendría al día siguiente y aún lo estoy esperando.

Sarah me sujetó el brazo emocionada. Sin duda, aquellos dos minutos y medio contenían lo que había causado su muerte, la de Liwei y casi la nuestra. Algo que los Hijos de la Luz querían silenciar a toda costa.

—¿Y qué has hecho con ello? — pregunté preocupado.

—Como han pasado varias semanas, al final vendí la cámara a un cliente que buscaba piezas de recambio de ese mismo modelo.

Una dolorosa decepción cayó sobre nosotros. Desesperanzado, pregunté:

—¿Y el USB? Supongo que, al no recogerlo el cliente, has borrado su contenido para grabar otra cosa.

—Aún no. Sigue aquí, en el cajón.

Sarah puso un billete de 500 dólares hongkoneses sobre el mostrador y dijo:

—Nos lo llevamos.

El túnel

Aunque no sabíamos aún el contenido de aquella autograbación, subimos eufóricos por la empinada calle Shelley, llena de restaurantes de llamativo diseño.

—No puedo esperar a reproducir este vídeo en mi ordenador —dije.

—Lo haremos esta noche en el hotel, ahora vamos a celebrar que hemos llegado hasta el final —propuso Sarah tomándome de la cintura—. ¿Qué te apetece cenar?

—De momento sólo quiero tomar algo fresco. Este clima subtropical me está matando.

—Mira quién baja ahora por la calle... —La francesa señaló un occidental de cabellos rizados y expresión aniñada—. Seguro que puede recomendarnos un buen restaurante en el Soho.

El dueño del Baladí nos saludó efusivamente, sorprendido de

reencontrarnos en una ciudad con siete millones de habitantes.

—Todos los guiris acaban aquí —rió mientras nos abrazaba—. En esta calle hay los restaurantes más populares, lo cual no significa que sean los mejores.

—¿Cuál nos recomiendas entonces? —le pregunté.

—Por supuesto, el mío. Es el último que he abierto, pero funciona muy bien. Ofrecemos tapas de fusión. Aprovechando que he venido a introducir cambios en la carta, esta noche me meteré en cocina para vosotros. Invita la casa.

Encantados con aquel plan, seguimos al cocinero fuera de la calle principal. Caminamos junto a él montaña arriba un buen rato hasta dejar atrás el meollo de bares y restaurantes.

—Aunque estoy ganando mucho dinero en Shanghái —explicó—, no podéis imaginar lo desorbitados que son los alquileres en Hong Kong. Por eso he abierto un local un poco apartado de la ruta, aunque sigue siendo el Soho. Se entra por allí.

Luismi señaló un túnel que recordaba al que daba entrada a su restaurante en la Concesión Francesa, aunque el emplazamiento no podía ser

más distinto. Parecíamos ser los únicos clientes que se aventuraban en aquella calle desolada.

—Te gusta esconder tus restaurantes —dije, algo inquieto, mientras nos metíamos con él en las tinieblas de aquel pasaje—. ¿De verdad está abierto? No se oye un suspiro.

—Van a abrir para vosotros, no os preocupéis. De hecho, ya hemos llegado.

Dicho esto, encendió un mechero. Además de proyectar nuestras sombras en el túnel, la llama del Zippo iluminó en su otra mano una pistola con silenciador.

El cocinero apuntaba directamente al

corazón de Sarah.

—Creo que os vais a tener que desnudar por segunda vez, amigos. Pero ya no necesitaréis volver a vestiros. ¿No es una gran ventaja?

—Baja el arma y negociemos —dije intentando templar mis nervios—. Tal vez tengamos algo que puede interesar a tu gente.

—De eso no me cabe duda, pero va a ser mío de todos modos. No es necesario que me lo ofrezcas.

En un intento desesperado de ganar tiempo, le pregunté algo que había deducido demasiado tarde.

—Estás con Raymond, ¿verdad? Así

como te ha mandado a Hong Kong, fuiste su hombre en Galicia y en Beirut. ¿No te da reparo dejar tus restaurantes desatendidos tanto tiempo?

—Funcionan solos —replicó tras liberar una risa histérica—. Todo el personal, desde la recepcionista a quien limpia los váteres, sabe lo que tiene que hacer. No como otros. ¿Por qué os habéis emperrado en venir hasta aquí? Ahora podríais estar ingresando en el Mile High Club. Ya sabes: echar un polvo en pleno vuelo, camino de casita.

Para reforzar aquella imagen que le excitaba, hundió el silenciador de la pistola en el pecho de Sarah, como si

quisiera comprobar su consistencia.

—Eres un hijo de puta. —La voz de ella tembló—. Y un mediocre. De otro modo no habrías caído en las redes de esa estúpida iglesia.

—Le debo todo a Raymond —admitió mientras describía círculos con el arma alrededor de su pecho—. Cuando llegué a Shanghái no tenía nada, sólo un empleo malpagado en una empresa de importación de alimentos. Él puso el dinero para que pudiera abrir mi primer restaurante. Y es también mi socio en todos los demás. De bien nacido es ser agradecido, ¿no dice eso el refrán?

De repente se apagó la llama del mechero.

—Vaya, parece que se acabó la gasolina —habló desde la oscuridad—. Buenas noches, chicos.

Una detonación ahogada precedió al crujido de un cuerpo que se desplomaba en el suelo.

En el instante que necesité para comprender lo que había ocurrido, decidí que no quería seguir viviendo. No sin Sarah. Por eso, en lugar de atacarle en la oscuridad para intentar salvar mi pellejo, me quedé quieto, esperando mi tiro de gracia.

Pero nada sucedió.

Tras unos segundos de tensa espera de la muerte, alumbré aquel lugar miserable con la pantalla de mi móvil.

Lo que vi me dejó sin aliento.

Luismi yacía muerto en el suelo, mientras Sarah se abrazaba en silencio a su hermana. Sin entender cómo había aparecido allí, vi que Lorelei llevaba el pie enyesado.

Tras limpiar con un pañuelo la pistola del cocinero, la dejó caer sobre él. Luego se giró hacia mí y dijo:

—Un depravado menos en la nación china.

—¿Cómo has podido encontrarnos en este túnel? —pregunté en estado de

shock.

—El teléfono de mi herma lleva incorporado un localizador GPS para casos de robo. Cuando me lesioné el primer día de trekking, me dije que para estar sola en Nepal prefería reunirme con vosotros. Parece que he llegado en el momento álgido de la fiesta.

Sarah empezó a llorar a la vez que besaba en la frente a su hermanastra descarriada, que parecía molesta con aquellos mimos.

—Hay que largarse de aquí cuanto antes —dijo impaciente—. ¿Habéis encontrado la pieza del puzzle que falta?

—Supongo que te refieres a esto —

respondí alargándole el USB—. ¿Vas a colgarlo en la página de Marcel?

—Tengo instrucciones de subirlo a YouTube, en el canal de la facultad donde trabajaba Bellaiche. Luego lo linkaré a un listado de publicaciones que me ha dado Simón. Se va a liar parda.

EL SÉPTIMO FARO

JESÚS



SIETE INSPIRACIONES FINALES

I

Si alguien te obliga a acompañarle una

milla, ve con él dos.

II

Amaos los unos a los otros.

III

Sed como niños. El Reino de los Cielos pertenece a ellos.

IV

Hace más feliz dar que recibir.

V

Hay tres cosas que permanecen: la fe, la esperanza y el amor, pero la más importante es el amor.

VI

La verdad os hará libres.

VII

El reino de Dios no vendrá con señales
visibles;
tampoco dirán «¡está aquí!» o «¡allí!»,
porque el reino de Dios está en
vosotros.

La gran traición

Transcripción de un avance de la charla del profesor Marcel Bellaiche, que tendrá lugar en el auditorio de humanidades de la Sorbonne, sobre el peligro de los falsos iluminados en las religiones de nuevo cuño.

Más de 140 000 reproducciones por YouTube el primer día de emisión.

A lo largo de la historia, han aparecido maestros con la capacidad para mostrar el camino en medio de las tinieblas. Hermes, el Emperador Amarillo y sus continuadores, Buda, Lao Tsé, Confucio, Sócrates, Jesús. Cada uno de ellos ha aportado luz allí donde sólo había confusión y crueldad.

Sin embargo, como ya advirtió el príncipe Siddhartha en un célebre discurso, la barca de la espiritualidad sirve para pasar a la otra orilla, pero no tiene sentido seguir cargando con ella una vez allí.

En este sentido, el mensaje

fundamental de los iluminados que acabo de mencionar ha sido desatendido. Es más, la humanidad los ha traicionado cargando con pesadas naves que aún nos aplastan hoy día y no nos dejan explorar lo que hay en otra orilla.

Hermes nos enseñó que el universo es mental, pero sin duda repudiaría a todos los que explotan en beneficio propio la ley de la atracción.

Lao Tsé nos legó ochenta y un poemas para que cada cual reflexione y halle sus propias respuestas, pero no fundó el taoísmo.

Confucio daba sabios consejos, pero no hubiera querido estatuas en las calles ni que los niños chinos memoricen ciegamente mensajes lanzados hace dos mil quinientos años.

Sócrates no redactó una sola línea, porque corresponde a cada cual descubrir sus errores y escribir la propia historia. Seguro que le hubiera repugnado aparecer, sin su permiso, en los libros de filosofía.

Jesús inspiró a hombres y mujeres, les instruyó en la libertad y en la gramática del amor, pero no ordenó sacerdotes, enclaustró monjas ni erigió iglesia alguna.

Hemos traicionado el mensaje y la intención de todos estos faros espirituales, que nos mostraron un camino que debe recorrer cada uno, sin guías ni itinerarios prefijados.

Decía el pensador Jiddu Krishnamurti que mientras haya mediador no habrá mediación. Nadie puede erigirse en intérprete de una luz

que anida dentro de cada uno de nosotros. Dios habla a todos los hombres o a ninguno.

Las sectas de nuevo cuño, como los Hijos de la Luz, olvidan que la espiritualidad no puede encerrarse entre los muros de una iglesia, templo o auditorio. No puede enseñarse en las escuelas y oratorios. No puede ser transmitida ni compartida, al igual que nadie puede vivir por nosotros.

Por lo tanto, pido a todos los sacerdotes e intérpretes de la palabra divina que devuelvan a la humanidad la libertad que le han robado.

Es blasfemo adoctrinar en nombre de Dios, porque Dios se basta a sí mismo para hablar al oído de cada uno de sus hijos a través del milagro de la vida. No necesita teorías ni

intermediarios.

La verdad no puede ser enseñada, sólo puede ser descubierta.

Del mismo modo, la mejor manera de orar es que cada cual haga que su propia vida, sus actos, sus hechos, sean su oración. Así, con la manifestación singular de cada ser humano, de su capacidad de amor y de encarnar en esta tierra aquello que realmente es divino, es cómo podemos cambiar el destino de la humanidad. Porque, como dijo un novelista del siglo XX, si Dios no es amor, no vale la pena existir. ¿Para qué ser budistas si podemos ser Buda? ¿Para qué ser cristianos si podemos ser Cristo? Precisamente eso es lo que entiendo que los grandes avatares de la humanidad vinieron a revelar.

Terminaré con estas palabras de

Buda que resumen el secreto último de Alejandría: «Sé una luz para ti mismo». Y que la unión de luz de todos los seres humanos ilumine el destino de la humanidad.

Epílogo

Un barco lejano avanzaba de forma casi imperceptible por la línea del horizonte, mientras las gaviotas pendían sobre la playa de Barcelona como extraños vigías de nuestro último acto. Bajo ellas, una pareja adentraba sus pies desnudos en el límite entre la arena y la

espuma marina.

Sarah y yo.

La tomé de la mano, con la esperanza de que aquella escala imprevista en Barcelona significara que la historia de Marcel había terminado, pero la nuestra podía continuar.

—¿Qué crees que va a suceder ahora? —le pregunté.

Sus ojos intensamente azules se fundieron con el mar turbio y espeso antes de contestar.

—¿Te refieres a los Hijos de la Luz? No les pronostico mucho futuro. La última conferencia de Marcel se está propagando por todas las redes sociales.

Esto vacunará a muchos de unirse a la nueva era axial y al chiflado de Raymond Liu. Aunque tampoco creo que pueda mostrarse en público los próximos años. La familia Bellaiche está moviendo hilos para que la Interpol indague en las actividades delictivas de su organización.

Nos quedamos un rato en silencio mientras el mar rugía, constante e inexorable. No hacía tanto que la esfera solar había emergido del agua alumbrando las miserias y glorias de un nuevo día.

—No es eso a lo que me refería —
aclaré—. Completada nuestra

investigación, me trae sin cuidado lo que le suceda al maestro axial y a sus crédulos Hijos de la Luz. El mensaje de Marcel Bellaiche ya está en la red y los siete faros indican como uno solo el camino para los buscadores que se buscan a sí mismos.

—Estás muy poético esta mañana — dijo Sarah mientras apoyaba su cabeza en mi hombro—. ¿Qué es lo que te preocupa entonces?

—Quiero saber qué va a suceder a partir de ahora entre nosotros. Eso me importa mucho más que todos los gurús y sus interpretaciones sobre la existencia.

Sarah rodeó mi cintura y respiró hondo, como si no supiera aún qué contestar a esa pregunta. Luego dijo:

—Lo que vaya a suceder entre nosotros por suerte no está escrito. Aquí no hay oráculos que valgan. Lo decidiremos tú y yo minuto a minuto. Por cierto, ¿te pagó Simón la fortuna que te prometió por jugarte el pellejo por su cliente?

—Tengo que terminar el informe, luego reclamaré ese dinero —respondí pensando con escepticismo en los 180 000 euros—. Pero no te desvíes del tema. ¿Qué hay de nosotros?

Sarah se separó un poco y me tomó

las manos mientras, frente a frente, su mirada melancólica se sumergía en la mía.

—Ya te he contestado. Está todo por ver... De momento me tienes aquí, contigo, viendo el amanecer en la playa de tu ciudad. ¿Qué más quieres que suceda?

—No lo sé. Me gustaría quedarme junto a ti toda la eternidad. Te quiero, Sarah.

Sus ojos brillaron con una emoción contenida mientras sus labios se acercaban muy lentamente a los míos.

—No existe la eternidad —susurró—, al menos para nosotros. Eso es algo

reservado a los dioses y a los que creen que sus palabras son inmortales. Pero podemos apropiarnos del próximo minuto. Eso sí que es nuestro.

Mi corazón latió con la fuerza de un timbal en las inmediaciones del beso que ocuparía el próximo minuto. Antes de que eso sucediera, sin embargo, cuando nuestros labios ya casi se tocaban, Sarah se detuvo.

Me sonrió de una manera que no había visto antes en ella desde que dábamos extraños tumbos por el mundo.

No era una sonrisa de burla, ni de picardía. Ni siquiera de seducción o de juego. Había timidez en ella, incluso

cierta ingenuidad, como si una Sarah anterior hubiera regresado de la adolescencia, después de que la brisa marina hubiera apartado las brumas y los prejuicios de la edad madura.

Antes de que esa sonrisa se extinguiera, dijo:

—Por cierto, yo también te quiero.



ÁLEX ROVIRA, (Barcelona, 1 de marzo de 1969) es un emprendedor, escritor, economista, conferenciante internacional y consultor español. Es uno de los escritores españoles de más prestigio internacional y ha vendido cerca de cinco millones de copias de sus diferentes títulos, siendo algunos de

ellos número 1 de ventas en España y en otros países, tanto en lengua española como en otros idiomas. Asimismo, está considerado uno de los mayores expertos en Psicología del Liderazgo a nivel mundial.

Más en: http://es.wikipedia.org/wiki/Álex_Rovira

FRANCESC MIRALLES CONTIJOCH, escritor, ensayista, traductor y músico español, nació en Barcelona el 27 de agosto de 1968. Es autor de numerosos libros de autoayuda y de varias novelas,

entre ellas *Perdut a Bombai* (2001), *Un haiku per a l'Alicia* (2002), ganadora del premio Gran Angular, *El somni d'Occident* (2002), *Café balcanic* (2004), *Jet Lag* (2006), *Barcelona blues* (2004), *Amor en minúscula* (2006), *Interrail* (2007), con la que ganaría el premio Columna Jove, *El viaje de Índigo* (2007), *El cuarto reino* (2008), *La profecía 2013* (2008), *Ojalá estuvieras aquí* (2009) y *Retrum* (2009) ...

Más en:

http://es.wikipedia.org/wiki/Francesc_M

Notas

[1] Véase *La última respuesta*. <<

[2] En castellano, *El Nudo* <<